

NAZARENOS

REAL Y MUY ILUSTRE COFRADÍA DE NUESTRO PADRE JESÚS NAZARENO • MURCIA 2003 Nº 6





Editorial

Es el segundo año de esta segunda época en la que nos vemos con la ilusión renovada de sacar a la luz el número 6 de esta nuestra revista.

En primer lugar, nuestro agradecimiento a todos quienes nos han entregado sus sentimientos en forma de texto, autores de esta hermosa oración cuaresmal que quiere ser nuestra revista, y de forma muy especial a los que colaboran por vez primera, plumas insignes muchas de ellas, y sobre todo aquellos que nos han recordado que era el momento de empezar a trabajar dándonos de forma espontánea sus escritos.

Igualmente, agradecer a nuestro presidente, don Ricardo Martínez-Moya Asensio, y a nuestro secretario, don José Alarcón Ros, el seguir confiando en manos tan inexpertas esta honrosa misión de editar la revista "Nazarenos", y que no es más que una mínima expresión de la que sentimos, seguro junto a la gran mayoría de miembros de buena fe de esta institución, por su enorme dedicación, con sacrificio de sus obligaciones y afectos, y que, pese al cansancio que seguro experimentan, sacan fuerzas de donde quizás ya no queden.

Un año ya desde la aprobación de nuestras renovadas Constituciones, y aunque es poco tiempo para valorar su eficacia, no nos engañemos, nada deben ni pueden variar en lo esencial, el culto a Nuestro Padre Jesús y su Dolorosísima Madre. Se puede poner el acento en aquellas cuestiones más llamativas, como es la regulación del mandato temporal del presidente, el proceso electoral, la entrada

de mujeres en la condición de mayordomos, la consideración de cofrades a los estantes y nazarenos músicos, la participación de todos en los órganos asamblearios, pero ninguna, ni una sola de ellas, tiene entidad para afectar el provecho espiritual de nuestras almas, y quien no lo entienda así se quedó en lo accesorio.

El año anterior pasamos el doloroso trance de la suspensión de nuestra procesión de Viernes Santo, que con cuanto esmero y piedad se prepara por tantos devotos hijos de esta Cofradía, pero las decisiones difíciles en contra de los deseos inmediatos sólo las pueden tomar quienes son capaces de ese sacrificio en un ejercicio de responsabilidad que siempre entienden los que participan de esas mismas virtudes.

Confiemos en que esa nuestra máxima expresión del culto público a las imágenes que veneramos pueda desfilar por las calles de Murcia, acrecentando nuestra fe y despertando los mismos sentimientos de admiración que año tras año obra en nuestros corazones.

Finalmente, nuestro agradecimiento a todos quienes se acercan a esta revista, y en especial a aquellos que la esperan con impaciencia. De todos, vuestra benevolencia, pues sólo ella podrá excusar nuestros errores.

En puertas de imprenta, nos hemos sobrecogido con el fallecimiento de don José López Giménez, Nazareno del Año 2003, vinculado a diferentes cofradías de nuestra Semana Santa, y muy especialmente a su Cristo del Perdón, que lo habrá acogido en su seno. No os preocupéis, que desde el Cielo meterá el hombre junto a sus compañeros estantes, y aun con lágrimas será la mejor de las procesiones.



Índice

<i>Editorial</i>	1	<i>Tres sillas vacías</i>	
<i>In memoriam</i>	3	Juan José López Franco	56
<i>Exhortación pastoral del obispo de Cartagena a las Hermandades y Cofradías de la Diócesis</i>		<i>Anécdotas históricas de la procesión del Viernes Santo en Murcia</i>	
Manuel Ureña Pastor	4	Ricardo Montes Bernárdez	58
<i>La procesión al revés o una explicación conveniente</i>		<i>Salzillo, Juan Antonio Sierra y el primer paso del Prendimiento de la Cofradía de Jesús</i>	
Ricardo Martínez-Moya Asensio	6	Vicente Montojo Montojo	60
<i>Personajes de la Pasión</i>		<i>Vigor y belleza</i>	
Ramón Luis Valcárcel Siso	9	Joaquín Moya-Angeler Sánchez	62
<i>Murcia en Semana Santa</i>		<i>La restauración del Niño de Pasión</i>	
Miguel Ángel Cámara Botía	10	Amparo Muñoz Fernández	64
<i>Y cargó La Oración</i>		<i>Murcia: mañana de Viernes Santo de 2002</i>	
Francisco Javier Aliaga Meroño	11	Andrés Nortes Checa	67
<i>Viernes Santo “morao”</i>		<i>Memoria necesaria</i>	
Fernando Asensio Dexeus	13	Antonio Orenes Ortuño	69
<i>“He sentido el Décimo Paso”</i>		<i>¿Dónde está el Cireneo?</i>	
Antonio José Buendía Martínez	15	Luis Emilio Pascual Molina	70
<i>Autorizado para todos los públicos</i>		<i>Otros Salzillos: San Roque</i>	
José Cabañas Navarro	18	Antonio Pérez Crespo	73
<i>Aleluya por las mayordomas</i>		<i>La otra procesión</i>	
Jaime Campmany	19	Juan José Pérez Pérez	76
<i>La Cofradía y el Museo</i>		<i>Cuento de Semana Santa</i>	
Manuel Cuesta	21	José Ros Gonzalo	78
<i>Pequeña historia de la Cofradía</i>		<i>El “Otro” Salzillo</i>	
Esteban de la Peña Ruiz-Baquerín	24	José Ros Rosagro	81
<i>La cruz nuestra única esperanza</i>		<i>A los sones del “Abuelo”</i>	
Silvestre del Amor	29	José Emilio Rubio	84
<i>La víspera</i>		<i>Canto a los ojos</i>	
Antonio Díaz Bautista	31	Alfredo Francisco Salar Lumeras	86
<i>La procesión y Salzillo en 1899</i>		<i>La Música y las demás Bellas Artes</i>	
Francisco Javier Díez de Revenga	33	Antonio Salas Ortiz	88
<i>De paeres a hijos</i>		<i>Las luces de Viernes Santo</i>	
Frasquito Fernández Egea	36	Jesús Sánchez Blaya	91
<i>María en su cuarto dolor</i>		<i>Sentimiento por la Cofradía</i>	
Francisco Javier García Garrido	37	Jose Sánchez Sánchez	93
<i>El mayor castigo</i>		<i>Décimas para el belén de Salzillo</i>	
María Dolores García Martínez	38	Guillermo Sena Medina	95
<i>Viernes Santo murciano. La esquina de Sagasta</i>		<i>El cronista José Valverde Madrid y sus escritos murcianos</i>	
Francisco García Navarro	41	Guillermo Sena Medina	96
<i>Vivencias de las monjas agustinas con Nuestro Padre Jesús</i>		<i>La imagen de Jesús Nazareno</i>	
Carmen Giménez Iniesta	44	Juan Torres Fontes	103
<i>Mujeres de morado</i>		<i>Mis dos familias</i>	
Antonio Gómez Fayrén	47	Pedro Zamora Romero	107
<i>Nuestra Madre Dolorosa</i>		<i>¿Amor a la cofradía o... a uno mismo?</i>	
Juan Pedro Hernández González	48	Pedro Zamora García	109
<i>Sentimiento y amor por la Cofradía</i>			
José Iniesta Magán	49		
<i>La calle más larga</i>			
Antonio Jiménez Lacárcel	52		
<i>Carmelo toda bondad</i>			
Carlos López Franco	54		

In memoriam

José López Giménez
(Nazareno del Año 2003)

“No llores si me amas. ¡Si conocieras el don de Dios y lo que es en el Cielo! ¡Si pudieras oír el cántico de los ángeles y verme en medio de ellos! ¡Si por un instante pudieras contemplar como yo la belleza, ante la cual las bellezas palidecen! ¿Me has amado en el país de las sombras y no te resignas a verme en el de las inmutables realidades? Créeme, cuando llegue un día que Dios ha fijado y tu alma venga a este Cielo en que te ha precedido la mía, volverás a ver a aquél que siempre te ama y encontrarás su corazón con todas las ternuras purificadas. Transfigurado, feliz, no esperando la muerte, sino avanzando contigo por los senderos de la luz. Enjuga tu llanto y no me llores si me amas.”

SAN AGUSTÍN



Exhortación pastoral del obispo de Cartagena a las Hermandades y Cofradías de la Diócesis



Queridos hijos e hijas de la Cofradía de Nuestro Padre Jesús de Murcia: como bien sabéis, en las manifestaciones más auténticas de la piedad popular, de hecho, el mensaje cristiano asimila los modos de expresión de la cultura de vuestro pueblo, y vuestra Cofradía, como sujeto principal de esa piedad popular, con sus estatutos, sus insignias propias, sus imágenes, sus celebraciones litúrgicas: celebraciones eucarísticas y penitenciales, así como las obras de misericordia que lleva a cabo, está llamada a infundir los contenidos evangélicos en la concepción que vuestro pueblo tiene sobre la vida y la muerte, la libertad, la misión y el destino del hombre.

Yo sé que vuestra Cofradía, y en general las Cofradías y Hermandades, tienen a gala la transmisión de padres a hijos, de una generación a otra, de

las expresiones de la piedad popular, expresiones culturales y vivencias, que conlleva a su vez la transmisión de los principios cristianos. En consecuencia, es de vital importancia la piedad popular para la vida de fe del pueblo de Dios, para la conservación de la misma fe y para emprender nuevas iniciativas de evangelización.

Es por ello que la Iglesia reconoce a las Cofradías y les confiere personalidad jurídica, aprueba sus estatutos y aprecia sus fines y sus actividades de culto. Sin embargo, les pide que, evitando toda forma de contraposición y aislamiento, estén integradas de manera adecuada en la vida parroquial y diocesana.

A ello os ayudará el estudio y puesta en práctica del Plan Pastoral Diocesano.

Con todo afecto os bendice vuestro obispo.





La procesión al revés o una explicación conveniente

Por tercera vez en mi vida hube de pasar el pasado año 2002 por el trance de ver cómo nuestra procesión se tenía que quedar dentro de la iglesia, sin cumplir su expresión pública anual de la Pasión de Cristo ni su encuentro en la calle con el pueblo cristiano.

La primera vez tuvo para mí unas connotaciones personales de especial emoción; la segunda vez, no menos triste, carecía de aquella especialidad; pero como esta tercera ... ¡NINGUNA!

Aquí, me correspondió la responsabilidad de proponer el procedimiento de decisión, seguir su desarrollo, no por rápido más llevadero, y, en definitiva, asumir la responsabilidad de proclamar y comunicar la decisión adoptada. Sólo diré que no deseo que ningún mayordomo-presidente futuro se vea ante tal trance.

Ello no obstante, hubo algo, con lo que indudablemente nos obsequió N.P. Jesús, que reconfortó en parte nuestros corazones, al menos el mío, que yo vengo llamando a lo largo de este año “la procesión al revés”.

A hora muy temprana, las puertas de nuestra privativa iglesia se abrieron al pueblo de Murcia, que, en número superior a las nueve mil personas, desfiló, con absoluto orden, por ante los tronos inigualables de nuestro titular y los Salzillos. Lástima fue que el compromiso de devolver dos de nuestros “pasos” a Huellas, nos obligó a cerrar las puertas antes de lo que hubiéramos querido, cortando la numerosa “cola” que aún esperaba entrar al templo.

No voy a decir, porque mentiría, que lo ocurrido compensó el disgusto de no poder sacar la procesión, pero ver la calle San Andrés con una inmensa hilera

de personas, que en algunos momentos llegaba hasta la iglesia de San Antolín, esperando desfilan ante los tronos preparados para la procesión, introdujo una emoción desconocida en mi corazón y reconfortó en gran medida mi ánimo en aquel inolvidable Viernes Santo.

Y al hilo de tal día conviene una explicación.

Los cabos de andas hicieron constar, como informe previo al cabildo urgente y extraordinario que decidió que no salía la procesión, sus reservas sobre la seguridad si lo hacían en las condiciones que concurrían. Y ellos son los que más saben del asunto.

Comprobé, en los días siguientes al Viernes Santo, cómo era generalizado el comentario de “ya ves, al final salió el sol e hizo una mañana magnífica; podían haber salido un poco más tarde”.

No voy a contradecir la frase con el hecho de que es una tradición, a la que nunca se ha querido renunciar, que nuestra procesión sale a las seis solares del Viernes Santo o no sale en otro momento, que también.

Voy contradecirla con la evidencia de que el agua que cae se evita, en situaciones de emergencia, con plásticos, paraguas, etc., pero la que está en el suelo es inevitable pisarla sea cual sea el calzado que usemos, y si a las dificultades del suelo mojado en general, especialmente para paradas de emergencia, curvas, barro y demás inconvenientes, se añade que el piso del calzado de los estantes es vegetal (cáñamo o esparto) habremos de concluir que mojados, con esfuerzos inusuales y con un gran peso encima, su duración no llega más allá de unas decenas de metros.



VIERNES SANTO DE 2002. FACHADA DE LA COFRADÍA Y DE LA IGLESIA DE JESÚS

Todo ello hubiera supuesto un grave riesgo para la integridad de los estantes y del público que presenciara el desfile, sin entrar a valorar la integridad de las irrepetibles obras de arte que son nuestros “pasos”, que, otra vez, también.

Por ello, como alguien me enseñó, en estos casos valen más diez “por si acaso” que un “quien pensara”, y

nuestros cabos de andas dieron el informe más responsable que era de esperar y nuestro cabildo adoptó la decisión más adecuada, aun siendo la más dolorosa.

Sólo me queda esperar que nuestro Cristo Nazareno nos conceda la paz meteorológica el próximo Viernes Santo y la extienda cada vez con más intensidad al seno de esta Cofradía.





Personajes de la Pasión

La Pasión, de la que el Señor y su Madre son protagonistas principales, se completa con otros personajes secundarios en los que los cristianos de todo tiempo hemos querido vernos reflejados. La gran procesión de la mañana del Viernes Santo nos ofrece un amplio muestrario de ellos a través de los “pasos” que el genio de Salzillo esculpió en los años que van desde 1752, fecha de estreno de *La Caída*, hasta 1778, cuando salió por vez primera a las calles el grupo de *Los Azotes*.

Y en las calles de Murcia nos salen al encuentro los apóstoles, reunidos en el Cenáculo. Simón Pedro ocupa un lugar de privilegio en *La Cena*, próximo a Cristo, cercano al Maestro. Siempre dispuesto, arrojado, impetuoso... asegura que acompañará a Jesús hasta el final, duerme en Getsemaní con la mano presta sobre la espada, acomete a Malco, el criado del Sumo Sacerdote en la escena del Prendimiento... pero humano al fin, se muestra cobarde en el patio de la casa de Anás cuando tiene que dar testimonio de Cristo, incapaz de vencer sus miedos, niega al Señor. Como nos sucede a nosotros cuando llega el momento de ser fieles a Jesús de Nazaret y preferimos mirar hacia otra parte. Nos queda, como a Pedro, el arrepentimiento sincero, que se ve siempre correspondido por el perdón sin límites de Dios.

Verónica. Cuando nadie se atreve a dar un paso al frente, cuando todos han huido y se encuentran ocultos, cuando Jesús camina penosamente por la calle de la Amargura camino del lugar del suplicio,

una mujer se abre paso entre la muchedumbre y limpia el rostro de Jesús. Hermosa lección. ¿Damos nosotros esa respuesta cuando de veras se nos requiere?

Y nos queda San Juan. El Discípulo Amado es el mejor notario de la Pasión, Muerte y Resurrección del Redentor. Está presente en la Última Cena, cuando se recuesta sobre Jesús para escuchar sus palabras. Y en el Huerto de los Olivos, vencido por el cansancio y el sueño cuando el Cristo se desma-deja en su agonía y el Padre le envía un ángel para confortarle. Y siguió a Cristo hasta la casa de Anás. Y fue el único apóstol que, caminando en pos del Señor por la Vía Dolorosa, se llegó hasta el Gólgota, hasta el pie mismo de la cruz, para acompañar a la Madre de Jesús en los momentos más terribles y recibir del Crucificado el hermoso encargo de acogerla en su casa.

San Juan, a quien Salzillo supo retratar joven, animoso, en actitud de seguimiento fiel del Nazareno por las calles de Murcia, es también el primero de los discípulos que se llega hasta el sepulcro en la mañana de Pascua. Su evangelio es testimonio de la Verdad, de los hechos que acaecieron hace cerca de 2.000 años en Jerusalén. Por eso está presente en nuestra Semana Santa como fedatario de lo que sucedió. Por eso participa en las procesiones de todos nuestros pueblos y ciudades. En las de la Pasión y en las de Gloria. Por eso nos muestra, en la mañana luminosa del Viernes Santo, la senda que conduce a la Redención por los méritos de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús Nazareno.



Murcia en Semana Santa

Murcia, barroca y luminosa, la ciudad que despierta en la mañana del Viernes Santo teniendo sus perfiles tonos morados. Murcia, huertana y generosa, la patria bella, que ve cómo un río de sangre serpentea por sus calles en la noche “colorá” del Miércoles Santo. Murcia, monumental y acogedora, rico tesoro, que se emociona al paso silencioso del Señor del Refugio o de la Salud. Murcia, costumbrista y entrañable, devota del Cristo del Perdón y del Crucificado de la Esperanza. Murcia, creadora y emprendedora, siempre llena de azahar, que perfuma los tronos del Cristo de la Fe y del Rescate. Murcia, cuna del sol, que resplandece en la tarde por la que paseen su muerte el Cristo de la Misericordia o el Yacente. Murcia, la de los limpios cielos, que adquieren el color azul del Amparo. Murcia, reina de las matronas, que reafirma su fe y caridad en la tarde del Sábado de Pasión. Murcia, sagrado paraíso, excepcional mareo, para que María

muestre su angustia en la noche servita del Viernes Santo poco antes de que la señora se convierta en carmelitana Soledad. Murcia, fin y principio, fin con el

ceremonioso desfile procesional de la Cofradía del Santo Sepulcro, y principio, fundamento de nuestra fe, que a modo de reconfortante brisa nos llega desde el barrio de Santa Eulalia anunciando que Jesús ha resucitado.

Así es Murcia en Semana Santa. Así entiendo, como alcalde y murciano, que es la Murcia nazarena. Sinfonía de colores en donde palpitan, junto al corazón que luce el escudo de nuestra ciudad, el de miles de murcianos emocionados al paso de sus hermosos cristos y bellas vírgenes desde el Viernes de Dolores hasta el Domingo de Resurrección.

Mañanas, tardes y noches nazarenas en donde se

entremezclan fervor, costumbres y tradiciones, luz y oscuridad, tipismo y el arte sublime de nuestros artistas. No tendría razón de ser esta Semana Santa sin Murcia, ni Murcia sin esta Semana Santa.

Desde estas líneas, mi agradecimiento y abrazo a la Real y Muy Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús

Nazareno, por hacer grande a Murcia desde ese sentimiento nazareno que como pocos sabemos expresar y manifestar los murcianos.



MIÉRCOLES SANTO. PLAZA DE LAS AGUSTINAS



Y cargó *La Oración*

Mientras notaba el peso del trono sobre el hombro derecho pudo por fin tragar saliva a través del nudo de su garganta.

Desde el día anterior, cada minuto pasado había ido añadiendo un mal augurio al tiempo: primero amaneció una mañana gris y desapacible, siguió un viento fuerte, más adelante negros nubarrones cubrieron el cielo y a última hora comenzó a chispear.

Pero como buen nazareno, su fuero interno le prohibía incluso pensar en que podía llover en su procesión. Ni siquiera lo comentó con el resto de estantes de *La Oración en el Huerto* mientras confeccionaban la palmera la tarde del Jueves Santo frente a la iglesia de Jesús, a pesar de que algunas hojas de la misma llegaron volando hasta el Malecón por la fuerza del viento.

Toda la noche la había pasado en vela, asomándose cada cinco minutos a la ventana de su dormitorio para ver si dejaba de caer el maldito “calabobos” que se había adueñado de la ciudad a media noche.

Por eso, a las cinco de la mañana ya estaba poniéndose las enaguas, medias, esparteñas y resto del equipo como cada año, pero más despabilado que Daniel en el foso de los leones.

Noche cerrada y con todas las calles mojadas, esa mañana hacía fresco. Ese fresco murciano de Semana



IGLESIA DE JESÚS. “PASO” DE LA ORACIÓN EN EL HUERTO

Santa que te limpia los pulmones y que agradece una rebeca, un pastel de carne calentito o una mona con un huevo duro. Pues como decía hacía fresco y además se le mojaron las esparteñas en el camino hasta Jesús. Cuando llegó a la iglesia levantó la vista al cielo y contempló la amanecida más cerrada de nubes que recordaba, con infinitas tonalidades de grises que le dejaron el ánimo del mismo tono que el cielo: cetrino. Entró, y un año más le embargó la emoción al ver los tronos y sus imágenes engalanados, el intenso aroma a flores recién cortadas y la atmós-

fera tan especial que se respira dentro de la iglesia de Jesús en esos instantes previos a la procesión. Ató su almohadilla, cogió su estante y, como siempre, se colocó frente al trono de Nuestro Padre Jesús.

Mirando al Nazareno pasaron por su mente imágenes de todos sus años como estante, de sus esfuerzos, de sus ilusiones, de sus alegrías, de esas mañanas de luz espléndida, de esa calle San Nicolás, infierno y paraíso a un tiempo de todos los estantes, de viejos amigos cargando junto a él y que ya no lo hacían, de la música, del olor a primavera murciana...

Y alzando la vista, le pidió muy serio al Señor que no por él, sino por todos los que no habían podido sentir lo que él ya había sentido en tantas ocasiones, permitiera salir el cortejo esa mañana de Viernes Santo.



Y como se le formó un nudo en la garganta y no quería que nadie lo notase, se marchó con su socio Antón a tomarse un carajillo al bar de la esquina para ver si conseguía desatarlo.

Pero ni desató el nudo ni se tomó el carajillo, porque al salir a la calle el pequeño chispeo se había convertido en un auténtico chaparrón.

Sin cruzarse una palabra, porque poco había que decir, volvieron al trono a esperar a ver qué se decidía. Las caras de todos los nazarenos que habían en la iglesia expresaban el nerviosismo reinante en la Cofradía. Se convocó entonces a los cabos de andas en una de las capillas junto a su “paso” de *La Oración*, y él trató de leerles en los labios lo que hablaban, sin conseguirlo. Después se convocó el cabildo y la reunión se prolongó al igual que los nervios de todos los murcianos despiertos a esas horas. Y de pronto, como un cañonazo, sonó por la megafonía interna la amarga noticia que todos temíamos: “La procesión queda suspendida”.

Un sordo murmullo de dolor recorrió toda la iglesia y fueron muchos los estantes que no pudieron evitar el llanto. Viejos amigos se abrazaban para confortarse mutuamente en su dolor y la mayoría comenzó a desatar sus almohadillas con un hondo pesar. Nuestro amigo, con el corazón en un puño, volvió la vista hacia su “paso”, y al hacerlo se quedó de piedra: los treinta y ocho nazarenos de *La Oración* seguían en su sitio, obstinadamente inmóviles y sin ánimo de soltar su trono. Las caras de éstos, de un fatalismo abnegado, le recordaron a esos viejos veteranos de guerra cuya mirada se

pierde en el infinito, pero que no abandonan su puesto pase lo que pase.

Así lo debió entender su cabo de andas, Pedro Zamora, ya que pidió permiso para, al menos, levantar el “paso”, visto que ninguno de sus nazarenos tenía intención de moverse de su sitio sin una orden expresa. Y como la directiva de la Cofradía debió entender lo mismo que el cabo de andas, el permiso les fue concedido.

De manera que cuando los treinta y ocho nazarenos murcianos sintieron más que oyeron el trallazo de la vara del cabo de andas sobre el trono y notaron el peso del mismo sobre sus hombros, pudieron, por



PONIENDO LA ALMOHADILLA

fin, tragar saliva a través del nudo de sus gargantas. Se rezó un Padre Nuestro y un Ave María con el trono a hombros y el silencio dentro de la iglesia se podía haber cortado por su espesura. Creo que todos y cada uno de los estantes de Jesús levantaron sus tronos dentro de su alma mientras miraban *La Oración* y todos, repito, todos, desfilaron por las calles de nuestra amada Murcia con sus imágenes, en esos dos

eternos minutos que *La Oración* estuvo sobre los hombros de sus estantes.

Cuando llegó a su casa y comenzó a vaciar la *sená* de caramelos, huevos duros, panecillos, etc., su mujer le preguntó si es que no había salido la procesión. Él reflexionó unos segundos y entonces, con una enigmática sonrisa en los labios producida por el dulce y leve dolor de su hombro derecho, le contestó:

“No, cariño, no ha salido a la calle, pero hemos cargado *La Oración* en la procesión más corta y más hermosa de cuantas recuerdo”.



Viernes Santo “morao”

En castellano, “morado” es un adjetivo derivado del latín vulgar “mora” y éste del latín clásico “morum”: fruto del moral, de la morera y de la zarza. Aparece por primera vez en nuestro idioma en 1490 en el Diccionario latino-castellano de Alfonso Fernández de Palencia.

En la liturgia cristiana, durante los primeros siglos no parece que hubiera una norma general en cuanto a los colores. Lo único importante era elegir para los días festivos colores más vivos (en Oriente, sobre todo policromados; en Japón, el color más noble es el morado), y para tiempos penitenciales, colores más oscuros y austeros. A partir del Concilio de Trento, en el siglo XVI, se estableció un cierto código, bastante parecido al actual, para el uso de los colores litúrgicos. Como dice el Misal, cada Conferencia Episcopal “puede estudiar y proponer las adaptaciones que respondan mejor a las necesidades y modos de ser de los pueblos” (n. 308).

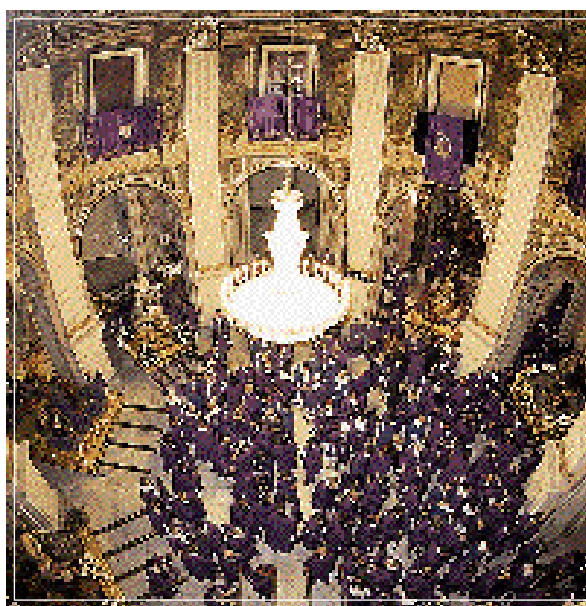
El Viernes Santo tiene todo el tono de tristeza y luto que se puede tener en este día cuando Jesucristo, “por nosotros los hombres y por nuestra salvación..., fue crucificado, muerto y sepultado”. La Cruz es la victoria del amor, la esperanza de la resurrección y el sufrimiento de Jesús antes de su muerte, el canto de la Pasión según

San Juan (Jn. 18,1-19,42). Es así como, además, los fieles cofrades, siguiendo las estaciones del magno Vía Crucis (“camino de la cruz”) de Salzillo, nos unimos al dolor y la Pasión de Cristo.

Este día no hay celebración eucarística. La Cuaresma terminó ayer, pero aquí en Murcia termina cuando *La Dolorosa* hace su entrada en la privativa iglesia de Jesús al recogerse la procesión.

En la liturgia, el negro había sido durante siglos el color del Adviento y la Cuaresma. Ahora ha quedado más relegado: quedó sólo como facultativo en las exequias y demás celebraciones de los difuntos, aunque cada vez se usa más el morado. Fue el Concilio el que quiso que en el lenguaje de las exequias cristianas tuviera un tono de esperanza pascual y de confianza cristiana en la resurrección del que muere. Esto se reflejó en las oraciones, los cantos y también en el cambio de color.

El morado, color penitencial, de espera y de humildad, se utiliza en las celebraciones de las fechas en que preparamos con un tono de mayor austeridad las fiestas de la Navidad y de la Pascua. Los luteranos, desde 1978, han decidido utilizar el color azul para el Adviento y se fundan, precisamente, en los documentos de nuestra antigua liturgia hispano-mozárabe. También podría ser un morado más suave, tirando a granate.



IGLESIA DE JESÚS



La variedad de los colores en nuestra liturgia tiene, según el Misal (n. 307), dos finalidades: en primer lugar ayudan a sintonizar mejor con los misterios que celebramos (“la diversidad de los colores en las vestiduras sagradas tienen como fin expresar con más eficacia, aun exteriormente, las características de los misterios que se celebran”); en segundo lugar, la dinámica de un Año Cristiano nos va conduciendo por misterios y actitudes graduales (“expresa también el sentido progresivo de la vida cristiana a lo largo del año litúrgico”).

El color como elemento visual sencillo, pero eficaz, uniéndose a otros más importantes, quiere ayudarnos a celebrar mejor nuestra fe.

Las asociaciones gremiales (de la seda, carpinteros, zapateros, etc.), semilla de las Cofradías, usan para marcar su patrimonio los colores litúrgicos, lo cual se puede ver en nuestra rica y colorista Semana Santa.

Antiguamente, el color púrpura, proveniente de un líquido amarillento segregado por una glándula del “múrice”, molusco gasterópodo marino que se da en el Mediterráneo, se utilizaba, principalmente, para teñir telas. Sus tonalidades iban, según las clases de moluscos y la adicción de otras materias colorante, desde el rosa claro hasta el violeta profundo (morado). Se consideraba el color de la realeza, se vestían de ese color los príncipes, reyes y soberanos.

Los romanos daban a sus emperadores un manto o capa púrpura sólo para el día de su entrada triunfal. La razón era que los tintes que se utilizaban para producir este color eran escasos y por lo tanto costosos; debido a esto, sólo cierta clase social podía pagarlos.

En el siglo XV sólo se utilizaba este color en España. Lo llamaron mixto, porque lo formaban con una composición de cuatro colores.

Actualmente se consigue más fácilmente con pigmentos orgánicos mezclando los colores azul cian y magenta.

Creo que por esta razón se adoptó este color de manto para “el Rey de reyes” y por consiguiente para nuestras túnicas, que representa, además, la caridad que debe envolver toda la vida de quien participa en la procesión: “Sobre todo revístanse del amor, que es el vínculo de la perfección” (Col. 3,14).

De las virtudes significa: la templanza y la devoción, y de las cualidades mundanas: la nobleza, la grandeza, la soberanía, la gravedad, la recompensa, el honor, la abundancia, la tranquilidad, la dignidad, la autoridad y la liberalidad con que se ha de ofrecer persona y vida en servicio de la religión católica y de su Rey.

No podemos pasar por alto el color de los complementos de nuestras túnicas, cíngulo amarillo para los cofrades y blanco para los mayordomos en consonancia con el resto de accesorios: puntillas, guantes, camisa, pajarita, zapatos y cintas del capuz.

El amarillo quiere representar el cíngulo de oro que porta *Nuestro Padre Jesús*, ya que los cofrades hacen penitencia rememorando la subida al Calvario no sólo con la cruz auestas, sino también con la vestimenta propia del *Nazareno*.

El blanco es un color alegre, que de entrada sugiere la limpieza, la fiesta y la luz. Por eso se ha convertido en símbolo de la inocencia, de la pureza y de la alegría. El ángel que aparece junto al sepulcro para anunciar que Jesús ha resucitado va vestido de blanco. Los vencedores del Apocalipsis están cubiertos de lino blanco y montados en caballos blancos. La gloria de Cristo se simboliza en la escena de la Transfiguración con unos vestidos blancos como la luz.

En definitiva, la mañana de Viernes Santo, en Murcia, se viste de color morado penitencial para acompañar a *Nuestro Padre Jesús Nazareno* y su madre Dolorosa en su Vía Crucis barroco. Con destellos blancos y amarillos, luz de la ciudad de Murcia en el día, para mí sin duda, más grande en el corazón de los murcianos y de toda la gente que sin serlo pone sus sorprendidos ojos sobre nuestra procesión.

A todos los hacemos rebosar de color “morao”.



“He sentido el Décimo Paso”

Aunque siempre me ha gustado leer los artículos que se han publicado en esta revista en años anteriores, hasta ahora no me había decidido a escribir. Pero en el pasado año 2002, aunque no haya salido la procesión en su “paseo” anual por la Murcia barroca, por el motivo que todos conocemos, he vuelto a sentir, como años anteriores, el “Décimo Paso” vestirse de “morao” y estar con nosotros en la iglesia de Nuestro Padre Jesús, aunque este año haya sentido su presencia de una forma más intensa y especial que la percibida en años anteriores.

Casi siempre, cuando hablamos de una procesión nos referimos a personas, hechos o anécdotas que han ocurrido en el desfile de ese año o en años anteriores. Pero hay un gran número de personas que, aunque no han desfilado nunca o muy pocas veces, se sienten tan nazarenos como el que más, y me estoy refiriendo a todas aquellas personas que nos han ayudado durante años

a preparar todo aquello que es necesario para que podamos desfilar el Viernes Santo por la mañana (camareros de los tronos, carpinteros, electricistas, empleados del museo, operarios de los tronos, cruces, organizadores del desfile, etc.), pero muy espe-

cialmente me refiero a todas aquellas personas, familiares o no, que viven el desfile de Viernes Santo desde casa, ayudando y preparando al nazareno que va a desfilar.

Quiero centrar este artículo, en este último grupo de personas representadas (si me permitís) en la figura de Jesús Buendía Huertes, mi padre, cómo vivió su último “desfile” en 2001 y cómo yo lo sentí en 2002, pues, aunque centre este artículo en él, creo que las sensaciones y sentimientos vividos por mí, no son nuevos para muchos de los que me estáis leyendo y que seguramente os identificaréis con ellos.

Mi padre murió en junio de 2001, estaba enfermo de cáncer, tras una enfermedad larga y dolorosa, que va debilitando a la persona poco a poco. Mi padre,



JESÚS BUENDÍA HUERTES, ESTANTE DE LA ORACIÓN. DESFILE DE 1984



había nacido en Madrid, pero vivía en Murcia ya cuarenta años, con la cual se veía identificada, y de todos los actos murcianos, lo que más le atraía era la procesión de los “moraos”. Él participaba en los actos religiosos y se encargaba de los preparativos para mi desfile (metía en bolsas las monas, huevos y caramelos, repasaba las esparteñas, túnica, cinturonés, etc.), algunos Jueves Santos acudió a “las migas de la Oración” y todos los años iba a ver cómo componíamos la palmera de *La Oración*, escuchar a los auroros del Rincón, etc., allí junto al Museo Salzillo.

Llegaba Viernes Santo y era el primero en levantarse para empezar a vestirme (se lanzaba al suelo para atarme las esparteñas, miraba si las puntillas de las enaguas se veían mucho, repasaba el capuz y el estante, etc., y siempre me decía: “Échate más caramelos, que no te falten”). Finalmente él se arreglaba con chaqueta y corbata (pues la ocasión lo requería), para acompañarme a la iglesia, donde me dejaba, saludaba a *La Oración* y nazarenos amigos, para irse con mi madre a “coger” las sillas para ver el desfile. En 1984, yo no pude desfilar debido a una enfermedad y mi padre me sustituyó. Para él fue su momento culminante, pues se vistió y desfiló por primera y única vez como nazareno “morao” de *La Oración*. A este acontecimiento corresponde la fotografía.

De esta manera, contada tan resumidamente, era su forma de vivir la procesión. Como anécdota quiero contaros lo que ocurrió el Viernes Santo de 2001, su última Semana Santa, pues encontrándose muy mal no pudo realizar muchas de las cosas que hubiese deseado, aunque, ayudado por su muleta, sacó fuerzas (no sé de dónde) para ayudarme a vestirme, acompañarme a la iglesia y entrar en ella a saludar a *La Oración* (quiero dar las gracias públicamente a D. Ricardo Martínez Moya, que le permitió el acceso a la iglesia, pues no le dejaban entrar este año). A primeras horas de la tarde sufrió un desfallecimiento, cayó en un coma profundo y tuvo que

ser ingresado. Nos dijeron que las constantes vitales eran muy bajas y que seguramente no saldría. Finalmente salió del coma transcurridas catorce horas y moriría dos meses después. Lo anecdótico fue ver cómo había sacado fuerzas de lo más profundo para cumplir con su “tradición y su deseo”, pues cuando despertó del coma (Sábado Santo) pudimos comprobar cómo su mente se había “detenido” en la mañana del Jueves Santo y a partir de ese momento no recordaba nada de lo que había ocurrido o hecho.

Este último año (2002), la procesión de los “moraos” no pudo desfilar por motivo de la lluvia, pero los preparativos de cada nazareno se tuvieron que hacer, y en mi caso, aunque hemos estado toda la familia con los preparativos, todos lo hemos echado de menos, pues cada gesto o acción nos lo recordaba, y aunque nadie dijo nada, la falta de su presencia se respiraba en el ambiente. El punto cumbre fue Viernes Santo cuando iba hacia la iglesia, por primera vez solo, sin mi padre, debido a lo cual se me hizo “un nudo en la garganta”... Todo fue llegar a la iglesia de Nuestro Padre Jesús y todo cambió. Allí estaban los nueve “pasos” (ya conocidos por todos) preparados para desfilar y el “Décimo Paso” adornado con sus iris y cuyos estantes son todas aquellas personas (estén o no con nosotros, pero que se han sentido o se sienten “moraos” de corazón), y que nos han ayudado durante años en los preparativos, nos han deseado suerte en la salida, nos han animado durante el desfile y nos han aplaudido a la llegada.

Este año, aunque no haya desfilado la procesión, lo he vuelto a sentir como en otros años (aunque de una forma muy especial), así que vaya este artículo, nazarenos estantes (bien conocidos por todos), para que sirva como homenaje hacia vosotros, pues vuestro “Décimo Paso” es tan importante como los nueve restantes. Seguir vistiendo de “morao” y desfilando con nosotros durante muchos años.





Autorizado para todos los públicos

Si nos detenemos a pensar, las cosas más maravillosas de este mundo son gratis. Por ejemplo: contemplar un amanecer, dar un beso, presenciar un nacimiento, la sonrisa de un niño, amar, adorar, rezar, venerar, la procesión de los Sazillos...

...la vida es bella. Y podríamos seguir: respirar, pasear, la fe, la esperanza, la caridad, las emociones, las ilusiones, los sueños –soñar no cuesta dinero–.

Y hasta incluso si cerramos los ojos, conseguiremos la visión perfecta: “La mirada del ciego”, potenciar los otros sentidos, el oído, el olfato, el gusto; es decir: los redobles de tambores, la primavera murciana, el sabor de los caramelos, las otras sensaciones del Viernes Santo.

A veces tengo pequeños flases en la memoria y retorno al pasado, siento emociones de antaño, navego mentalmente en los recuerdos: la niñez, la adolescencia, la juventud, el ecuador de la vida, los años maduros, algo de siempre, del río de la vida, son como recuerdos del futuro y regreso a la infancia, algo intemporal y constante, una cita anual.

Viernes Santo, ese día la savia fluye vitalmente en su vertiente más cotidiana, la procesión. Nazarenos de morado, fuera de lo corriente; las bocinas son como voces del mas allá.

Murcia, un lugar en el mundo.

Viernes Santo Murciano, –algo diferente en el universo–, más allá de las palabras.



BOCINAS

Con Jesús de Nazaret hubo un antes y un después. Él cambió el mundo.

La Pasión según Salzillo, lo mejor de la Semana Santa Murciana en estado puro.

Cada año observo el Viernes Santo.

Una mirada, un gesto, un suspiro...

...los Salzillos. Autorizado para todos los públicos.



Aleluya por las mayordomas

Aver, que alguien haga sonar en el órgano catedral una aleluya gregoriana para acabar con este destierro que sufren las mujeres desde los años fundacionales, apartadas de la orden mayor de nuestra Cofradía. Ha sido una discriminación injusta y prolongada. Los mayordomos de Jesús (quiero decir de la Real y Muy Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno) hemos mantenido a las mujeres fuera de la mayordomía sin permitirles compartir con nosotros las funciones de administración, gobierno y rectorado de la institución. Para recibirlas

como mayordomas hemos debido enmendar nuestras Constituciones. Ya están aquí. Aleluya.

Tampoco es cosa de rompernos el esternón con golpes de pecho por este pecado de desdén o de prepotencia. Desde siempre, un sinfín de instituciones civiles, políticas, culturales, religiosas y no digamos militares, han mantenido a la mujer fuera de sus muros y desde luego alejada de los puestos directivos. Hasta el siglo pasado, la mujer, que podía heredar la dignidad de reina, en cambio no tenía permitido votar ni ser representante en Cortes. Y hasta hace aproximadamente medio siglo no pudo entrar



MAYORDOMA DE JESÚS



una mujer en la Real Academia Española, y esa mujer académica inicial fue precisamente nuestra paisana Carmen Conde. Doña Emilia Pardo Bazán fue rechazada por los “varones inmortales”. También lo fue doña Concha Espina, a pesar de la terca porfía de su enamorado Emilio Cotarelo. Los ejemplos de discriminación serían infinitos.

Y la Iglesia Católica, a la que pertenecemos y a cuyo servicio y mayor gloria nació la Cofradía, nos ha dado el más severo e inexorable ejemplo de lo que hoy se llamaría “preferencia de género”. Sólo después del Vaticano II se le ha permitido a la mujer ejercer algunas funciones, siempre menores, en los servicios religiosos. Aún ahora, la Santa Madre se

resiste a ordenar sacerdotisas. No se concibe a una presbítera, obispa, cardenala ni mucho menos papisa. Está demostrado históricamente que la famosa papisa Juana es un personaje legendario e inexistente, casi mitológico. Si tenemos en cuenta la larga historia de exclusiones de la mujer y de exclusividades rectoras en beneficio del varón, este paso que ha dado la Cofradía de Jesús aparece como una anticipación. Por ello, otra vez aleluya.

Hasta ahora y entre nosotros, las mujeres podían ser cofrades, portar un grueso cirio para acompañar a la Virgen Dolorosa, cargar con una y hasta con dos o tres cruces de penitencia y cubrir la larga carrera de la procesión, tal vez andando descalzas por las calles de la ciudad, y cumplir con la función de camareras de los “pasos”, limpiando y embelleciendo las vestiduras, peinando la cabellera del nazareno y rodeando de flores del jardín murciano las escenas de la Pasión. Pero les estaba vedado compartir con nosotros gobernar la Cofradía y regir la procesión. Santa Teresa de Jesús podía escribir “Las moradas” y fundar conventos, pero no le era permitido ayudar a misa.

“Mayordomo” quiere decir “el mayor de la casa”. Hasta hoy, el mayor de nuestra casa podía ser un muchacho, un niño, incluso un mamoncillo recién llegado al valle de lágrimas, pero no una mujer. En el diccionario último de la Academia, la primera acepción de “mayordoma” se define como “mujer del mayordomo”. Eso es como si la alcaldesa fuese todavía, en primer lugar, la mujer del alcalde. Tal vez, esos sean vestigios de la larga convivencia del cristianismo con el judaísmo y el islamismo, no sé. Es curioso. En el catalán antiguo la palabra “majordom” fue entendida como derivada de hom=hombre y no de dom=casa. O sea, mayordomo, el mayor de los hombres, el jefe, en masculino, vamos. Naturalmente, lo primero que he hecho al conocer la consoladora noticia ha sido hacer mayordomas a mis hijas y a mis nietas. Han tenido que esperar siglos para serlo. Pues aleluya.



DETALLE DE CIRIOS



La Cofradía y el Museo

Desde el mismo momento de su creación y hasta nuestros días ha existido una confusión generalizada en la delimitación entre Cofradía de N° Padre Jesús Nazareno y Museo Salzillo, cuando existe una característica fundamental que los distingue: sus fines; unos religiosos y los otros artístico-culturales. Sin embargo, más importantes son los objetivos comunes, sobre todo el de la conservación y difusión de un importantísimo patrimonio artístico.

En este punto es donde ambas instituciones se ven más beneficiadas, ya que el Museo se nutre, en gran parte, del irrepetible patrimonio artístico de la Cofradía y ésta, a su vez, tiene asegurada la conservación, exposición y difusión del mismo de la mejor manera posible.

Tras la reciente remodelación y ampliación del Museo, la Cofradía tiene en él una presencia histórico-institucional como nunca tuvo hasta ahora. Se aprecia una mayor participación de la misma en el discurso museográfico actual, a través de la exhibición de un mayor número de piezas de esta corporación nazarena. Actualmente se expone la mayor parte del importante patrimonio suntuario de la misma, con obras que, siendo verdaderas y raras joyas en su género, eran prácticamente desconocidas por el público y por gran parte de los propios cofra-

des de Jesús. Pero es importante señalar que a través de estas piezas, que se verán revalorizadas con su exposición, se hace una exaltación de la procesión de Viernes Santo, su principal acto público.

Por medio de un audiovisual, proyectado en el Museo de forma permanente, el público puede conocer y comprender la tradición y costumbres del dis-

currir de la procesión: ordenación, túnicas, músicas, exorno de los "pasos" o su forma de cargarlos tan característica.

El San Juan y La Verónica, rescatados del lugar poco adecuado e inseguro que tuvieron en la iglesia, se exponen de forma que se tenga de ellos el mayor número posible de puntos de vista y a una altura

que podríamos llamar de procesión. En especial, la escultura de San Juan goza de una posición de superioridad en la sala en la que se ubica, colocado en un lugar hegemónico a modo, salvando las distancias, del David de Miguel Ángel en la galería de la Academia, y alejado de las manos curiosas.

La Verónica aparece junto a los paños pintados con la Santa Faz: el principal es el paño, ya histórico, pintado por Domingo Valdivieso en el siglo XIX, y otros dos de la colección existente de pintores contemporáneos. Estos últimos cambian periódica y alternativamente, pero siempre el total de paños expuestos será de tres, al igual que las imágenes de Cristo que,



DETALLE DE SOLDADO. "PASO" EL PRENDIMIENTO



según la tradición, quedaron impresas en la toca de la piadosa mujer.

Con respecto a la privativa iglesia de Jesús, se pretende que cada vez se vea más como lugar de culto y menos como lugar de exposición. De esta manera, la Cofradía tendrá su centro principal, más enfocado a los actos litúrgicos (el culto a la Pasión de Cristo y a Jesús Nazareno es su fin último y primordial), sin perder por ello la posibilidad de exponer los “pasos”, de la mejor manera posible y en su lugar original. El Museo también se ve beneficiado, ya que la iglesia pasa a formar parte de la instalación museográfica como una pieza más, y de las importantes, del total de las obras expuestas.

Con todo es en la iglesia donde menos se ha intervenido con motivo de las obras de remodelación, limitándose a algunos conceptos decorativos, suntuarios y algunos retoques en la iluminación. En un futuro inmediato ésta será el objetivo de nuestras actuaciones, con el fin de que recupere, en parte, lo que el tiempo y las modas le arrebataron. No hay que olvidar que esta iglesia, además de servir de estuche a los “pasos” de Salzillo, es el santuario que acoge la imagen de Jesús Nazareno, una de las más veneradas, desde hace siglos, por el pueblo de Murcia y que fue consuelo y auxilio en las desgracias de toda la ciudad y su huerta.

Pero desde el punto de vista museográfico, lo más importante es que la iglesia es el final y cenit del recorrido del Museo, ya que es donde se puede admirar la obra maestra de Salzillo, sus “pasos” procesionales, un patrimonio universal nunca suficientemente ponderado.

El que éstos se ubiquen en la privativa iglesia de Jesús, no hace sino subrayar que es la cofradía la que ha posibilitado que este legado exista y se conserve, gracias a la confianza que tuvieron los mayordomos de Jesús, allá por el siglo XVIII, en el genio de aquel artista y el acierto de encargarle la realización de este magno vía crucis procesional, que hace de este con-

junto un caso único en el arte pasionario por la cantidad de grupos que lo componen y por su calidad y unidad narrativa y de estilo.

La historiografía tradicional del Arte, califica al siglo XVIII como un período de decadencia artística, posiblemente debido a la herencia de los criterios académicos e historicistas del siglo XIX. Sin embargo, el arte del siglo XVIII, y especialmente la escultura, brilla con luz propia en las principales escuelas españolas, con artistas de gran importancia, aunque menos conocidos que los del siglo anterior.

Aunque prácticamente todos los escultores barrocos tocaron el tema procesional y pasionario, ninguno realiza un conjunto semejante y con las dotes de genialidad que éstos poseen. Por tanto, Salzillo no es una isla en el mundo del arte de su tiempo y contaba con una competencia muy numerosa en el panorama nacional.

En la Corte tenemos numerosos ejemplos de magníficos escultores. Entre ellos se encuentran Juan de Villanueva, Juan Antonio Villabrille, los Carnicero... e incluso extranjeros como Juan Domingo Olivieri. También aparecen importantes escultores que se forman al amparo de la Academia, entre los que destaca el escultor de cámara Luis Salvador Carmona o Juan Pascual de Mena.

De Castilla podríamos destacar a la familia Sierra en Medina de Rioseco, los Tomé en Toledo y a Pedro de Ávila o a Espinabete (especializado en cabezas de santos degollados) en Valladolid, entre otros.

En Andalucía, el escultor más importante en la Sevilla del XVIII será Duque Cornejo, continuador del taller de Roldán, junto a Cristóbal Ramos y Montes de Oca, cuya obra de estos últimos es revisada en la actualidad, colocándola en un lugar preeminente dentro del rico panorama del arte barroco y pasionista sevillano.

Granada tiene en su plenitud al taller de los Mora, destacando asimismo a Risueño y a Torcuato Ruiz del Peral.



En Cataluña surge una importante escuela de escultores, aunque de corte más académico, destacando Luis Bonifás y Ramón Amadeu, especializado, este último, en la técnica belenística.

Valencia cuenta con el prolífico taller de los Vergara, que se encuentra en su mayor apogeo. Y escultores como José Ginés y José Esteve Bonet que prolongan su barroquismo, al igual que sucediera en Murcia hasta el siglo siguiente.

En las principales ciudades de España surgen escultores de diferente calidad, tendencia y suerte, que nutren la gran demanda de escultura devocional de tradición barroca que pervivirá, incluso, durante el siglo XIX, que tiene un especial resurgimiento en el XX y que hoy pervive con gran pujanza.

La obra, admirable, de todos ellos son cotas de calidad comparables a la de nuestro escultor. Pero lo que hace que el arte de Salzillo sea encumbrado

sobre el de sus contemporáneos, e incluso sobre el de sus antecesores del llamado Siglo de Oro, no es por sus imágenes de devoción creadas para iglesias, conventos u oratorios, sino por contar con un maravilloso conjunto pasionario y procesional, que es, sin duda, el más amplio y completo que se le conozca a escultor alguno. Si Salzillo no hubiera realizado los “pasos” de la Cofradía de Jesús sería considerado posiblemente como un magnífico escultor, pero la realización de éstos lo elevan a la categoría de artista de genio universal.

Por tanto, la principal presencia de la Cofradía en el Museo siempre será a través de la exposición de sus “pasos”, no sólo por ser los propietarios de tan magistrales obras, sino más aún por reconocérsele el honor y la gloria de que gracias a su iniciativa se le permitiera a Salzillo demostrar y desplegar en toda su dimensión el potencial de su genio artístico.



IGLESIA DE JESÚS



Pequeña historia de la Cofradía

Siempre la lluvia trae la tristeza a los nazarenos. Lo efímero, que es parte de nuestra belleza, hace de la lluvia un obstáculo insalvable, y aunque contamos con la seguridad de que el año venidero Nuestro Padre Jesús también contará con nosotros, un respingo de tristeza por no manifestarnos en público es inevitable.

Hacía muchos años que la procesión no salía a la calle, por eso se me hace presente y saco de mi memoria la Semana Santa de 1968. Ese año me llegó una nueva manera de servir a la Cofradía y de actuar en la procesión manifestación en la calle de nuestra fe y nuestros tesoros, que me hace recordar con agrado a aquellas personas con las que tuve una especial y nueva relación nazarena.

El Domingo de Ramos, 7 de abril, de manera oficial, fui ratificado como mayordomo estante en el cabildo de mayordomos, integrándome en esa junta particular de aquel gran presidente que fue don Emilio Díez de Revenga. Sucedió que en los últimos días de febrero, mi amigo Juan Antonio Martínez Mesequer contactó conmigo para proponer a don Emilio mi nombramiento. Cómo no servir a la Cofradía fue mi respuesta, y aunque oficialmente, reitero, fue desde el Domingo de Ramos cuando me ratificó el cabildo, ya desde el primer quinario, en la primera semana de marzo, comencé mi labor.

Este puesto me dio una visión nueva de la propia Cofradía. Recibí de Antonio Fontes una relación de los cabos de andas y mi primera actuación fue entrevistarme con todos y cada uno de ellos. Comencé con una visita al mayordomo don Antonio Mesequer, a la sazón cabo de andas de nuestro Padre Jesús Nazareno. Estaba delicado de salud y sin embargo contagia-

ba su ilusión por la Cofradía. A continuación, y por orden de salida, recuerdo al cabo de andas de *La Santa Cena*, Carmelo Barba, del que además de gobernar el trono por las calles previamente lo había adornado por ser florista. Para él, la procesión empezaba antes, ya que estaba toda la noche del Jueves Santo en la iglesia, con el arreglo de los tronos con el tiempo justo para cambiar su vestimenta por la túnica morada.

Después, por orden de procesión le tocó a *La Oración en el Huerto*. Contacté con Pedro Zamora el actual cabo de andas, empleado de banca, que había sustituido a su padre hacía poco y fue en su lugar de trabajo donde tuvimos la primera entrevista, pues a pesar de su juventud aquellos que le conocéis ahora podéis convenir conmigo que sigue igual, con la misma ilusión y dedicación por el trono.

Un recuerdo especial tengo para Juan Ferrer, heredero de una saga de cabos de andas al frente del *Prendimiento*. Su oficio era de electricista, pero un detalle de él, aparte de sus virtudes nazarenas, es que tenía un magnífico chaleco huertano de antiquísima procedencia, heredado de sus antepasados, cuyos motivos bordados al estilo de 1700 y sus zapatos de cabo de andas a juego fue durante años referencia por su tipismo y autenticidad. En *Los Azotes* he de nombrar a mi amigo Ramón Torres, que ejercía de practicante, en Puerta de Castilla, al principio de la carretera de Madrid, donde para mí era fácil, camino de Espinardo, de donde soy originario, hacer una parada para un rato de buena plática nazarena. Como veis la actividad de cada uno de los cabos de andas era variada y variopinta; sin embargo, a todos les unía la ilusión y el cariño por la Cofradía fortalecidos por años de tradición familiar.



PLAZA BELLUGA. VIERNES SANTO DE 1978

También he de recordar a Jesús Camón, cabo de andas de *La Verónica*. A Jesús lo conocía desde mi más pequeña infancia, pues al fin y al cabo, su familia estaba vinculada a nuestra Cofradía de forma perenne; sus hermanos, su padre y su madre eran algo más que empleados de la Cofradía, eran las personas de nuestra confianza. Jesús era juez en Alicante. Sin embargo, nada ni nadie hubiera impedido jamás que estuviera en Murcia la mañana de Viernes Santo.

El “paso” de *La Caída* llevaba como cabo de andas a Antonio Martínez “El Molinero”, hombre que hacía su vida en la carretera de La Alberca, en un estanco, que era su negocio familiar. En aquellos momentos estaba enfermo y su sustituto Nicasio Gallego, cuñado suyo, con quien me encontré una tarde de marzo junto a la acequia haciendo la monda, labor propia de la huerta de Murcia en esas fechas.

San Juan lo dirigía nuestro mayordomo con más tiempo en ese cargo de cabo de andas. Se llama Francisco Sánchez; hoy su hijo Jesús ocupa el puesto. Verlo fue relativamente sencillo y sabroso. Su ocupación era regir la tienda de la “Fonda Negra”, otro de los foros nazarenos de Murcia, donde entre delicados manjares siempre hay un momento para hablar de nuestra procesión. Por último recuerdo con mucho cariño a José García Marín, cabo de andas de *La Dolorosa*, hombre ya jubilado, que amablemente me recibió en su casa, donde mantuvimos una larga y exquisita conversación sobre su “paso”, la procesión y la Cofradía.

Con todos ellos y en un consenso empezamos a elaborar las primeras normas para nuestros estantes, pensando en la forma de mejorar el comportamiento durante la procesión, y ni qué decir tiene que



durante todo el tiempo que desarrollé ese cargo de mayordomo de estantes conté con toda la colaboración y el apoyo de los mismos. El 12 de abril, Viernes Santo, salimos a la calle con un ambiente un poco enrarecido, ya que el tiempo no acompañó durante toda la Semana Santa. A la hora de empezar la procesión y siguiendo los cometidos de mi cargo vi salir los primeros “pasos” con su dificultad; observé en primera fila la costumbre de los nazarenos de los “pasos” grandes de ir metiendo su cabeza bajo el trono al tiempo que pasan por el quicio de la puerta, avanzando hacia la calle. Es cierto y se sabe que es la costumbre, pero ser responsable por primera vez de los estantes no dejó de generarme cierta inquietud.

Durante el recorrido se me antojaban mayores las dificultades que como mayordomo regidor no le había prestado atención con anterioridad; decirlos que como era novato me daba la sensación que las calles se habían estrechado ese año. Continuamente me acercaba a los cabos de andas a fin de interesarme por la situación. Ellos me sorprendían con su pericia y como natural hicieron que mi trabajo fuera relativamente más fácil.

Cuando los “pasos” llamados grandes llegaban a nuestra iglesia quise ver su entrada. Era conocida la rivalidad de todos los “pasos” por demostrar qué dotación llega más fresca y por lo tanto establecer quién ha procesionado mejor. Dentro de la iglesia vi cómo los tronos eran depositados en los banquillos en la forma contraria a su marcha. Hay, pues, una maniobra dentro de la iglesia que hacen todos los tronos, conforme van entrando, y una vez dentro de la iglesia modifican su posición girando sobre sí mismos y quedan descansando en sus bancos tal y como no los encontramos al llegar por la mañana. La anécdota personal fue que al llegar *La Caída*, que es el último de los tronos grandes, y tras ver la maniobra de los cinco tronos que le anteceden, observé con sorpresa que no cambió la dirección que había llevado en la calle dentro de la iglesia. Entonces me acerqué

al cabo de andas y le pregunté por qué no daba la vuelta. Su respuesta fue corta y rotunda: “¡Cómo! ¿Es que quiere que pongamos al Señor de cara a la pared?”. Verdaderamente toda norma genera sus excepciones y hay que reconocer que cuando creemos que sabemos todo sobre algo, siempre tenemos algo más que aprender. Por eso hay que dar gracias a Dios por contar con esos nazarenos estantes, esos cabos de andas, ya que en el desempeño de su oficio ponen tanto sentimiento como conocimiento.

Todo terminó bien gracias a Dios y por ser la primera vez consideré que ya tendría alguna experiencia para el año siguiente, pero no fue ni en 1969 ni en 1970 cuando saliéramos de nuevo a la calle. Aquellos dos años tuvimos que vivir la desilusión que sufrimos el año pasado. Las tres suspensiones se parecen mucho. En 1969 y a la hora de salir llovía y el cabildo de esa misma mañana tomó la decisión de no sacar la procesión, sin esperar ningún tiempo. El día nos jugó una mala pasada y ya a las nueve y media de la mañana lucía un sol espléndido, aunque como siempre no se llegaron a secar las calles. En 1970 no tuvimos opción, pues jarreó durante todo el día.

La procesión de 1968 fue única, puesto que a Antonio Meseguer al frente de Nuestro Padre Jesús lo sustituyó Juan Torres Fontes, mayordomo más antiguo que portaba el “paso”. También hubo que nombrar dos cabos de andas por fallecimiento de Carmelo Barba, en *La Santa Cena* donde además de su sobrino se nombró un ayudante o segundo cabo de andas. Recuerdo lo difícil de la elección, pues los candidatos eran cabos de andas en la procesión de lunes y magníficos nazarenos de *La Cena*. Los candidatos fueron Antonio Sánchez conocido con el sobrenombre de “El Rojo” cabo de andas del Santísimo Cristo del Perdón, y José García, también conocido como “El Rey” cabo de andas del “paso” del *Encuentro* de la misma Cofradía. Fue sin lugar a dudas una de las elecciones más difíciles que tuvo la junta par-



PLAZA BELLUGA. VIERNES SANTO DE 1977

ricular puesto que la experiencia y en general tanto sus valores personales como nazarenos eran extensos. Salió elegido “El Rey” y la Cofradía lo ha tenido como cabo de andas durante muchos años con ese cariño tan especial que por las cosas de nuestra Cofradía siempre ha tenido que ver José.

También hubo cambios en *La Dolorosa*. José García sustituyó al anterior. Era hombre conocido en Murcia, pues dirigía el negocio más antiguo de artes gráficas, llamado Nogués, sito entonces en la Platería, que editaba esos librillos que durante años han llevado a nuestras imágenes más allá de Murcia, a casi cualquier parte del mundo.

Como mayordomo de estantes estuve diez años y en ese tiempo tuve que vivir otras circunstancias, como cargo de la junta particular más antiguo y dado que el mayordomo alférez de nuestra Cofradía don Pedro Campillo, estaba enfermo fuera de Murcia, en 1971 don Emilio Díez de Revenga presentó su dimisión y tuve que dar cuenta a la junta y al cabildo correspondiente, donde fue elegido don Diego Agui-

lar Amat y Marín Barnuevo, a quien también tengo que agradecer la confianza que depositó en mí en ese momento, siguiendo en mi puesto hasta 1973, cuando accedió a la presidencia de nuestra querida Cofradía don Antonio Gómez Jiménez de Cisneros, cuyo cabildo de elección como alférez también presidí y con el cual colaboré desde el mismo puesto. A todos ellos, caballeros y presidentes que tuvieron confianza en mí, siempre estaré agradecido por ser personas que con sentido común, y anteponiendo siempre los intereses de la Cofradía a los suyos personales, demostraron siempre agradecimiento a la labor que realizaba, sintiéndome valorado y respaldado en las actuaciones a realizar.

Se ha pasado de otros años de vida nazarena y con este relato complazco a nuestro presidente. Pero a partir del 3 de noviembre de 1978, cuando el cabildo me nombró presidente, toda mi labor y desvelos no los debo contar yo, sino que cada componente de la Cofradía los valore y siempre tendré en su opinión la mejor referencia de mi actuación.





La cruz nuestra única esperanza

Las Cofradías y Hermandades de la iglesia particular que V., como padre y pastor, preside en la caridad, impulsados por la convocatoria jubilar, han convertido hoy a Caravaca de la Cruz en el corazón de la Iglesia de Cartagena.

Ante usted, Sr. obispo, o mejor dicho, en íntima comunión con V., como cabeza, en comunión con el Romano Pontífice, más de cuatro mil hermanas y hermanos cofrades de toda la geografía de nuestra Región, desde Cartagena a Yecla y desde Águilas a Beniel.

Hoy, Sr. Obispo, con esta manifestación de amor de todo el mundo cofrade de nuestra Diócesis junto a la Sma. y Vera Cruz de Caravaca, se hace más evidente, si cabe, el cumplimiento de las palabras proféticas de Jesucristo:

“Cuando sea levantado de la tierra atraeré a todos hacia mí” (Jn. 12, 32).

La cruz ha sido para las Hermandades y Cofradías el imán que nos ha traído como peregrinos a este santuario.

Ella es expresión de lo que somos: pecadores. Pues en la cruz *eran nuestras dolencias las que Él llevaba y nuestros dolores los que soportaba* (Is. 53, 4). Enfermedades y dolencias que no advienen como accidente sobre las espaldas inocentes de Jesús o como consecuencia de factores políticos o religiosos de su tiempo. La cruz es consecuencia del pecado, de la maldad del corazón humano.

La cruz es signo del sufrimiento de Cristo, de su experiencia del desamor del hombre, de la ruptura del hombre con Dios, que, egoísta y soberbio, decide su propia adoración, convirtiéndose en rey de su propia miseria.

Las hermanas y hermanos cofrades hemos venido como peregrinos para reconocer, ante el leño sagrado de la cruz de Cristo, que somos pecadores. Y ella, la cruz, es medicina contra la amnesia de nuestras propias miserias a que nos quiere someter engañosamente la sociedad circundante con la complicidad de nuestro orgullo.

Pero además de memoria de nuestros pecados reconocemos en la cruz el castigo que nosotros hemos merecido: *Él ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas* (Is. 53, 5). La cruz es, pues, al mismo tiempo, el precio de nuestro rescate.

Por ella sabemos que Dios no se queda indiferente ante nuestras dolencias y dolores. Al contemplar la cruz constatamos que Dios se ha involucrado hasta el extremo de enviar a su propio Hijo a la muerte y muerte de cruz, a cargar con nuestros pecados. *Él soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus cardenales hemos sido curados. Todos nosotros como ovejas erramos, cada uno marchó por su camino, y Yahveh descargó sobre Él la culpa de todos nosotros* (Is. 53, 6) *...plugo a Yahveh quebrantarle con dolencias* (Is. 53, 10).

La cruz es, pues, nuestra única esperanza, *spes única*, porque expresa toda la profundidad y anchura de la misericordia de Dios, que no dudó enviar a su propio Hijo a la muerte para que todos nosotros, necesitados de reconciliación con Dios, fuésemos reconciliados por la cruz. El Padre lo entregó a sus asesinos para que fuera la salvación de ellos. Junto a Cristo hecho pecado por nosotros, el Padre le ha convertido en perdón, perdón por nuestros pecados. La presencia de estos sacerdotes por cuyo ministerio Cristo nos reconcilia con el Padre es el testimonio



más elocuente de la radical incapacidad del hombre para salvarse por sí mismo.

Las hermanas y hermanos cofrades han llegado a esta fortaleza para contemplar también en la cruz la cuna en la que han sido engendrados, pues confesamos que en la cruz nació la Iglesia como consecuencia de la donación total de Jesucristo (Is. 53, 10), que me amo y se entregó por mí. Estas hermanas y hermanos cofrades no sólo confiesan su pertenencia a la Iglesia como fieles cristianos, sino que además, como asociaciones públicas de fieles, reconocen que actúan en nombre de la Iglesia en virtud de la misión recibida de su obispo. Es por ello que como la Iglesia, nacida de la Cruz de Jesucristo, también las Cofradías y Hermandades lleven consigo la ignominia de la cruz, a la vez que, como la cruz, son un signo de esperanza.

Y, Sr. obispo, no se nos oculta la tradición de la que trae su origen la cruz de Caravaca. Fue precisamente en 1232 cuando el sacerdote Ginés Chirinos en el momento de iniciar la celebración eucarística se dio cuenta de que se habían olvidado de una cosa: una cruz, que tenía que estar sobre el altar para la celebración del sacrificio. Mientras el sacerdote trazaba con sus dedos la figura de una cruz, el rey moro le dijo lleno de asombro: “¿Es eso que está sobre el

altar?”. Y cuando el sacerdote dirigió su mirada al altar vio que estaba plantada una cruz: la Cruz de Caravaca, que de manera misteriosa se había hecho presente, de modo que entonces pudo celebrarse la sagrada liturgia. Si el leño de la cruz que venimos a besar es signo e instrumento de la salvación llevada a cabo por Jesucristo, la eucaristía, la misa que se va a celebrar es la actualización de ese misterio pascual. Sí, hemos dicho bien, en la eucaristía, junto al sacrificio redentor de Jesucristo, se actualiza el triunfo de su resurrección: el triunfo sobre los únicos auténticos y verdaderos enemigos del hombre y que el hombre no puede vencer: el pecado y la muerte. Tomad y comed, esto es mi carne; tomad y bebed esta es mi sangre. Esta invitación de Jesucristo nos habla de Cristo vivo, resucitado. No es la carne de un cadáver la que se nos da en la eucaristía, sino la carne de Aquel que en su acto redentor nos hizo palpable que Dios nos ama y cuyo obrar acabó convirtiéndose en sacramento y en actualidad permanente. Por eso, hoy nos lo cuenta a cada uno de nosotros y nos acompaña desde el ara del altar.

Sr. obispo, ¿quién se atrevería a decir, a la vista de esta gran multitud, convertida en asamblea eucarística, que la misa no es popular?



NUESTRO PADRE JESÚS ENTRANDO A LA IGLESIA DE JESÚS

La víspera

En todo presente hay un pretérito inmediato que lo anuncia y prefigura. Cada acontecer viene encadenado en la cinta invisible del tiempo por su predecesor y es el enganche para lo que llegará enseguida. La mañana de Viernes Santo tiene su preludio, obertura y prólogo en la tarde del Jueves, cuando el ánimo se va preparando para el decisivo amanecer. El canto de los auroros es el ineludible introito de la morada inundación del día siguiente y somos muchos los murcianos que si viviéramos la mañana del Viernes sin haber paladeado la tarde del Jueves, nos parecería que la procesión se nos venía encima, abrupta y sorpresiva como un estallido imprevisto.

Hace ya muchos años cambió la liturgia tradicional, que comenzaba el duelo del Señor la misma mañana del Jueves Santo. Lo recordamos de nuestra infancia, pero son los mayores quienes piensan que ese día ya no es lo que era, cuando se decía lo de los tres jueves del año que relucían más que el sol. Aún nos queda la tarde hermosa de la plaza San Agustín, con el sol envejeciendo sobre las fachadas de San Andrés y de Jesús. La luz de la primavera es por la mañana blanca y marmórea como el torso de una Venus antigua, pero por la tarde madura y se endulza con un ligero tinte otoñal.

Hay que ir en la atardecida del Jueves Santo ante la iglesia de Jesús a escuchar a los auroros, aunque el lugar no sea ya como antes. Hay ahora nuevos edificios de dimensiones desmesuradas, un jardincillo en el centro y, sobre todo, demasiado tráfico de coches, motos y autobuses, demasiado ir y venir de gentes, que apenas hacen caso a los cantores, un agresivo volteo de campanas que rompen la emoción y quie-



AUROROS

bran la cadencia. De todas maneras hay que ir, aunque sólo sea por recordar otras tardes de Jueves Santo, ya lejanos, y paladear lo que todavía permanece. Como siempre hay vencejos y golondrinas recién llegados, que dibujan volutas sobre el azul de Prusia, y, de pronto, sin que nadie se dé apenas cuenta, se forman, en medio del bullicio, los dobles coros de los auroros y arrancan su dolorosa melodía: la Salve de Pasión. Algún concurrente mira extrañado. Parece que el comienzo es inseguro y vacilante, como si las voces desafinaran, pero, enseguida, se habitúan los oídos y la tristísima salmodia se hace tan familiar y coherente que no puede ya sonar de otra manera.



Nadie en el mundo tiene un porte de huertano tan puro y arquetípico como los auroros. No se sabe si es que sus cantares sólo son asequibles a los aborígenes de purísima ejecutoria o es más bien que, al desgranar esas melodías, se les infunde un misterioso fluido ancestral que configura su aspecto exterior. Cuando un auroro canta, con la mirada perdida, abstraído con el cristalino contrapunto de la campanilla, presenta el rostro más huertano que nadie, y estoy convencido de que si un escocés, un gaucho o un esquimal, por ejemplo, fueran capaces de aprender a cantar las salves auroras, se les pondría inmediatamente cara de huertanos.

Después de oír a los auroros hay que entrar a ver los “pasos”. Da igual que los hayamos visto muchas veces y que esperemos contemplarlos en todo su esplendor a la mañana siguiente. Cuando se acude a los auroros en la tarde de Jueves Santo no es posible marcharse sin entrar a la iglesia de

Jesús y hacer el recorrido circular por delante de las hornacinas. Es la visión premonitoria del amanecer que se anuncia. Hay que preparar la pupila y el espíritu para la explosión de dolor y belleza del día siguiente. Así, en las cortas horas de sueño de la noche del Jueves, van a estar presentes en la neblina de la alcoba las miradas fieras de sayones y soldados, los ojos de amor de Jesús doliente, las límpidas pupilas del ángel, la faz lacrimosa de María, la mirada decidida de San Juan y en el oído seguirán resonando las salmodias desgarradoras de los auroros, cantando los sufrimientos del buen Jesús.

Al regreso, algunas calles, las más estrechas, están llenas de arena para igualar la altura de los bordillos, preparadas para que las esparteñas de los estantes las pisen en la difícil singladura de los “pasos”. El ocaso enciende unas nubes de oro y sangre. Se acerca la noche del amor y el sacrificio.



JUEVES SANTO. CANTO DE AUROROS



La procesión y Salzillo en 1899

El día 26 de marzo de 1899, el diario “El Liberal” de Madrid publicó en su página 2 un interesante y extenso artículo del erudito e historiador murciano Joaquín Báguena, titulado “Festejos en Murcia. Las procesiones”, dedicado en su totalidad a glosar la procesión de Viernes Santo, la significación de Francisco Salzillo y el interés y valor de sus incomparables “pasos”, realizados para la Cofradía de Nuestro Padre Jesús. Era don Joaquín Báguena Lacárcel (1866-1921) un ilustre investigador del pasado de Murcia, director de su Museo Provincial, Cronista de la Ciudad y Académico Correspondiente de la Real de la Historia. Sus estudios sobre algunos aspectos históricos de nuestra Región no han sido superados aún en algunos aspectos, como ocurre con su libro sobre “Aledo. Su descripción e historia”.

Escribe Báguena en el periódico madrileño un artículo que destaca por su interés, pero sobre todo porque lo que pretende en primer lugar es dar a conocer ante los lectores de la capital de España la ya entonces incomparable procesión de la mañana de Viernes Santo, las obras del genial Salzillo y las cualidades peculiares que distinguen nuestro desfile procesional entre otros muchos de España, con la intención de sacar del olvido y del desconocimiento a Salzillo y a su obra.

El interés del artículo hoy reside en que algunos de sus párrafos nos devuelven una Murcia lejana y una procesión quizá algo diferente de la actual. Los elogios del cronista no quitan, sin embargo, objetividad a sus afirmaciones, y sobre todo su amor y entusiasmo por Murcia no restan lo más mínimo el interés de sus palabras. Contiene además el trabajo publicado algún testimonio curioso, y poco cono-

cido, como éste, deslizado en el momento en que reivindica la calidad del escultor, destacando la labor y el mérito de algunos defensores de Salzillo: “Figura en primer término –nos dice el maestro Báguena– entre los reparadores, por su saber prodigioso y competencia universalmente reconocida, el ilustre Menéndez y Pelayo, a quien en los días que pasó en Murcia el año último tuvimos el gusto de oír juicios altamente laudatorios de Salzillo y sus obras, llamadas a ocupar más señalado lugar que hasta hoy en la historia de las artes españolas”.

Refiere sucintamente la historia de la Cofradía de Jesús, fundada en 1600, y conocedora en el siglo XVIII de “días de gloria y fama envidiables, debidos a la constancia y esmero con que cumple su principal misión, cual es organizar en la mañana de Viernes Santo una procesión cuyos “pasos”, de distintos autores al principio, cedidos luego o destruidos en el andar del tiempo, se componen desde la fecha antes citada de obras de Salzillo, a excepción hecha de la imagen de Jesús, atribuida a Juan de Rigusteza, figura lúgubre y medrosa, pero de positivo mérito y acentuadísimo carácter de época”.

Posiblemente debamos a Joaquín Báguena, y a este artículo, la mala transcripción del apellido de Juan de Aguilera, autor de la obra de Nuestro Padre Jesús, por el falso de Rigusteza, que durante muchos años fue el habitualmente utilizado por historiadores y cronistas. No conozco ninguna fuente anterior a esta de 1899 en la que aparezca el nombre de Rigusteza. Corregido debidamente el error de transcripción, no restamos méritos y entusiasmo al artículo que Báguena escribía con la sana intención de atraer a sus lectores madrileños a las procesiones de Murcia.



Describe a continuación cada uno de los “pasos”, señalando, con palabras vibrantes, aquellos aspectos que le entusiasman de cada uno de ellos. Comienza destacando las que para él son las mejores representaciones artísticas de la procesión: *La Oración en el Huerto* y *La Caída*. De la primera destaca la figura del Cristo, que “ligeramente sostenido por un ángel, aparece derribado sobre las rodillas, con los brazos caídos en señal de desaliento y zozobra”. Del ángel destaca su “arrogantísima, indefinible y severa belleza, a pesar de la morbidez y finura de sus contornos”. Le llama especialmente la atención el hecho de que sitúe el cáliz, “por un delicioso anacronismo, no en el olivo de Getsemaní, sino entre las hojas de una palmera”, para finalmente señalar que los tres apóstoles “duermen, en actitud apropiada al carácter de cada uno”, y que el grupo en su conjunto “suspende el ánimo”.

Su otro paso preferido es *La Caída*, del que destaca la figura de Jesús, “lívido, polvoriento, demacrado, todo respirando angustia y tribulación.” Recogiendo una opinión de José Pío Tejera, llama la atención sobre la habilidad de Salzillo que, con un mismo modelo real, hizo el sayón que golpea a Jesús, en *La Caída*, y el ángel de *La Oración*: “El diestro cincel del artista supo imprimir en el uno las líneas de ferocidad más repugnante, y en el otro las de idealidad más pura”.

Es muy curiosa su interpretación de *El beso de Judas*, sobre todo muy original, al hacer la comparación de los rostros de Jesús y del Iscariote, las referencias al parecido de este último: “La expresión de Cristo es notabilísima, por la dulzura y mansedumbre que respira, por la límpida y serena mirada que deja caer sobre Judas, en cuya cabeza tuvo el capricho el autor de esbozar levemente los rasgos que caracterizan la del macho cabrío; acaso pensó Salzillo simbolizar el concepto teológico de Satanás, y el de las más torpes y viles pasiones, representado por la bestia inmundada”. De San Pedro destaca su “soberbio y acabado estudio anatómico”.

No son muchos los comentarios que dedica a *La Cena*, a la que compara en su disposición con la de Leonardo de Vinci, ni al “paso” de *Los Azotes* (*Cristo en la Columna*, lo llama), pero sí elogia a *San Juan*: “Es de una belleza y elegante bizarría, digna de los mejores tiempos de la escuela italiana. Respecto a *La Verónica*, destaca únicamente su “factura clásica”, en la que “discrepa de las demás obras”.



LA ORACIÓN EN EL HUERTO

Todo los elogios finales se los lleva *La Dolorosa*: “Himno de entusiasmo, creación artística de primer orden, fruto de la unión misteriosa de la imaginación con sus visiones místicas; poema viviente que surge del cincel del artista en aquellos momentos en que el alma, abstrayéndose de cuanto le rodea, asciende en alas de la fe y de la inspiración más sublime a las regiones de la eterna belleza”.



Son interesantes, ya que representan muy bien los criterios artísticos y estéticos de la erudición en la época, sus comentarios sobre el arte de Salzillo y, sobre todo, su intención de situarlo en el marco de las corrientes estéticas de su tiempo. Destaca en principio que Salzillo “es realista”, separándose de las normas del Neoclasicismo de los primeros Borbones: “Pero en sus detalles realistas, aun aquellos que representan los más intensos dolores de la carne, lo amoratado de los golpes y cardenales o la sangre que mana de las heridas abiertas y encarnizadas, no causan terror ni asco, sino que conmueven y edifican”. Para concluir: “Realista y romántico a las veces, su arte representa, con expresión exacta, su modo de sentir el ideal religioso”.

Recomienda a los visitantes que vayan a ver las esculturas a la Iglesia de Jesús, porque una nueva instalación, “con mayor gusto y lucimiento y mayor comodidad para el contemplador”, permite que sean mejor apreciadas, debido al esfuerzo económico conseguido con el legado Elgueta, bien administrado por la “ilustre Cofradía, que tan dignamente y con tan unánime aplauso preside el señor Conde de Roche”.

Pero, claro, nada es comparable a contemplar los “pasos” en la calle la mañana de Viernes Santo: “La pureza y diafanidad del cielo en aquellas mañanas primaverales, la solemnidad del día, lo numeroso del público, que en las engalanadas calles presencia con inusitada compostura el paso de las imágenes, el lujo con que éstas van adornadas, y el acompañamiento de penitentes nazarenos, que con el rostro cubierto y

llevando cruces o cirios, ocupan con piadosa compostura los espacios entre “paso” y “paso”, hacen de esta procesión la más solemne de cuantas se verifican en Murcia”.

¡Qué tiempos!, podríamos exclamar al terminar la lectura de este artículo en el que Báguena consagra a Salzillo, ya en la temprana fecha de 1899, cuando era un auténtico desconocido en toda España, como “una gloria nacional”, sin caer –confiesa finalmente– “en las redes que junto a sus glorias regionales suele tener la vanidad local”.



LA ÚLTIMA CENA

Como podemos advertir, si nos situamos en los últimos años del siglo XIX, el aprecio de los estudiosos más respetados hacia Salzillo era total. Algunos años después, Emilio Díez de Revenga Vicente, en 1922, recordaba que uno de los asistentes habituales a la famosa “cofradía innominada” (la de los que van a ver salir la procesión a la plaza San Agustín), era justamente Joaquín Báguena, junto a Martínez Torner, Frutos Baeza o Andrés Baquero, a los que evoca cuando ya no están entre los espectadores de tan sublime momento murciano: “Otro año el sapiente Báguena faltó a la cita...”.



De paeres a hijos

*Semana Santa y'allega,
y mi paere aflegió
esfisa qu'está macoco
con muchos años cumplíos.*

*E seguir como está asina,
se tinerá que repetir
lo qu'enantes con'él hicieron
l'harán aborica en mi.*

*En la quiasa mu trempaño,
comenciá el regullicio
la maere saca la túnica
y las medias qu'ella hizo.*

*Er memento es mu jrande,
dende siempre asperao
lo vivió el yayo, er paere
y'abora a mí m'ha tocao.*

*Su paso La Dolorosa,
que Salzillo trebajó
arbullo a los murcianos
pa enseñarnos er dolor.*

*Dolor que tié una Maere,
poique ha pirdío su Zagal
sigún la liyenda muerto
ya no golverá enjamás.*

*El llugar es punta vara,
er que tengo qu'ocupar
sentir un zurrío ar paso
y' éste prencipia a andar.*

*Er pie juerte y seguro,
el'hombro bien arrimao
qu'un nazareno murciano
nunca s'ha esfisao cansao.*



MAYORDOMO DESFILANDO



María en su cuarto dolor

Jesús encuentra a su Madre en la calle de la amargura. Esto cuenta la tradición; el momento en que Jesús, una vez condenado a muerte, llevando el instrumento de suplicio, ha comenzado el primer Vía Crucis de la Historia de la Humanidad. El Hijo de Dios empieza su última etapa, para conseguir con su Muerte y Resurrección, la Redención del género humano. El Reo camina exhausto entre empujones y burlas por un pueblo sediento de sangre, y el mismo pueblo al que Él pertenece pide a gritos su muerte en cruz. El Varón de Dolores no se encuentra solo, una mujer le acompaña en su tragedia y dolor, con su mirada y corazón maternos; esta mujer es su Madre, María. Ella no puede faltar en este momento trascendental de la Humanidad. La Madre va al encuentro de su agónico Hijo y, por los vestigios de sangre que va viendo en el camino del Calvario, sabe que está allí cerca y se encuentra con Él, abrasados sus corazones y sentimientos en aquel terrible momento. Escucha toda clase de injurias y blasfemias contra el Hijo de sus entrañas; ve pasar por delante de sus ojos los instrumentos del martirio de Cristo. Se va consumando la profecía de Simeón: “Madre, una espada traspasará tu alma”.

Ve a su querido hijo cubierto de sangre y heridas, coronado de espinas, todo su cuerpo en una pura llaga, con la pesada cruz sobre sus hombros, que le hace caer con su dolor. Cuatro ojos se miran con penetrante sentimiento de amargura y amor. La maternal mirada de la Madre infunde valor a su Hijo desecho y siente en su alma maternal una terrible amargura y angustia.

Otra mujer, en este momento cruentísimo, hubiera caído desmayada sin posible consuelo; pero María le sigue con una fuerza divina hasta el Calvario, para consumir la obra por el Padre encomendada.

En el Gólgota recibe su última espada de dolor, pero Ella se ofrece en holocausto con su Hijo moribundo al Eterno Padre para la Salvación del mundo.

“Estaba la Madre Dolorosa, junto a la cruz, desgarrada, pero firme”; contemplando a su Hijo en atroz martirio.

Dolorosa de Salzillo, imagen sublime del Viernes Santo murciano, donde se unen en dolorosas lágrimas todo el sufrimiento y amor de la Madre por su Hijo en esa terrible agonía. Yo diría que en esta prodigiosa talla de nuestro inmortal Salzillo se condensa todo el dolor humano y casi divino de esa Madre que acepta con su Hijo la ofrenda al Padre por toda la Humanidad.

Todos los murcianos nos conmovemos cuando nuestra Dolorosa procesiona por las calles de Murcia en la mañana sin igual del Viernes Santo.

La belleza quiere calmar un poco el dolor inmenso de esta Madre. Salzillo supo aunar dolor y hermosura en esta Virgen, reflejo fiel de lo humano y divino, pues hasta los ángeles caen aturridos, extasiados al contemplar tanta amargura y belleza sin igual.

Que Dios nos haga sentir un poco con María Dolorosa, pecados, dolor y tragedias de esta humanidad de hoy, casi agónica y tan falta de fe.

¡Madre, María en tu dolor, acógenos como hijos amantes tuyos, ahora y en la hora de nuestra muerte!



El mayor castigo

El lenguaje del arte es silencioso, entra en el corazón recorriendo todo el cuerpo hasta llegar a las manos, instrumento del artista para poder expresar ese mundo de emociones y sensaciones que, dentro de él, ha sentido la necesidad de salir para manifestarse en obra de arte.

Estoy segura que eso fue lo que sintió Salzillo cuando, ayudado por un soplo divino, necesitó realizar en imágenes y expresar de ese modo su mundo emocional. Que eso ocurriera en Murcia ha sido probablemente una de las mayores suertes que esta tierra ha tenido. Ver desfilar esas imágenes por las calles de la ciudad en la incomparable mañana de Viernes Santo es un regalo para el espíritu y un gran honor para los que tienen la suerte de llevarlas en sus hombros; los mismos que durante la carrera no sienten dolor ni cansancio aunque a veces suden sangre, sólo piensan y desean que el "paso" entre igual que salió.

Por esa razón, el mayor castigo que un nazareno puede tener es que la procesión se suspenda por la lluvia. Todo el año esperando ese día con la incertidumbre si al siguiente estará, y de pronto, la puerta de la iglesia no se abre, es como una pesadilla, es una desazón.

En mi condición de esposa, madre, abuela y bisabuela de cabos de andas de *La Oración en el Huerto*, cargo ocupado por la familia desde 1864, numerosas vivencias han llenado mis vínculos nazarenos, pero si tengo que señalar una, me ceñiré al año 1946, que fue, o iba a ser, el del debut de mi hijo Pedro.

Aquella mañana de Viernes Santo llovía torrencialmente. Por aquel tiempo vivíamos en la pedanía de Puente Tocinos, y como el lector supondrá, los medios de locomoción eran ínfimos. Sin embargo,

nos dispusimos a trasladarnos a la ciudad en la tartana de un pariente, a la sazón, estante de nuestro "paso", José Serrano "a" Chitín. En el transcurrir del camino seguía cayendo agua a "cántaros". Los semblantes de mi marido y su pariente, serios cariacontecidos, tristes, llenos de preocupación, contrastaban con la alegría del niño de 6 años que nos acompañaba. A



AÑO 1969. PROCESIÓN SUSPENDIDA

lo lejos se oían el sonar de las caracolas que los huerfanos tocaban para avisar de que el río venía muy crecido, con peligro de riada. A pesar. A pesar de la pertinaz lluvia logramos llegar a la ciudad, no sin riesgo y bastante empapados. Por las calles aledañas a la Puerta de Orihuela veíamos a nazarenos totalmente calados, con sus paraguas intentando mojarse lo menos posible, unos andando, otros montados en



aquellas bicicletas grandes con los soportes para llevar los cántaros de leche, todos ellos en la misma dirección: la iglesia de Jesús.

Cuando llegamos, la plaza San Agustín, pese a la lluvia, estaba llena de nazarenos; ninguno se resigna a no salir, aunque en todos se reflejaba una gran preocupación y disgusto. Ninguno faltó a la cita. Todos habían atado sus almohadillas en sus sitios del “paso”. De pronto, un gran revuelo se produjo: la Cofradía iba a pronunciarse en la voz de su presidente, D. Emilio Díez de Revenga, que siempre daba la cara, y con lágrimas en los ojos comunicó que la procesión se había suspendido. En la iglesia se produjo un silencio total y a los pocos

segundos los ojos de todos se mojaban, aunque no de agua.

Siempre recordaré lo que ese niño de 6 años, al que se le truncó su debut, dijo a su padre con una entereza inusual por su edad: “Papá, no llores, a lo mejor el Señor ha querido que llueva para que se riegue la Huerta”.

Afortunadamente, pocos han sido los años que se ha suspendido la procesión después de aquél; creo recordar que fueron dos seguidos: 1969 y 1970, y por supuesto, el pasado 2002.

Pidámosle a nuestro NAZARENO que este año luzca un sol radiante para que pueda acariciar la cara de su Madre Dolorosa.



AÑO 1904. LA PROCESIÓN SE RECOGE





Viernes Santo murciano.

La esquina de Sagasta

Madrugada del Viernes Santo en Murcia. Los gallos no han roto aún a cantar. Hay escalofríos por las esquinas, a pesar de que es primavera. El silencio se quiebra con el tableteo de abrir y colocar sillas por el itinerario marcado para el paso de los Salzillos. No hacen falta despertadores. Las seis de la mañana. Es la hora de hacer la reserva de localidades. (La esquina de Sagasta, llegando a Verónicas, por lo que valga.) Dos adultos y tres niños, a veces más, la familia. Es Viernes Santo en Murcia y hay que darse un baño de arte. Va a pasar la procesión y dejará su rastro de generosidad, a manos llenas, reclamo para la gente menuda.

Una vez en la calle, encuentras caras de siempre. Raro es el año en que no hay lugar para la añoranza. Ausencias que la vida amortiza. Se busca la compañía de un primer café para entrar en calor, que el color vendrá más tarde. Pedro, el churrero, tiene abierto el quiosco para no defraudar a la clientela. Se expande el olor a chocolate caliente y a churros amasados con harina de Granada. Pasa algún que otro cofrade llevando de la mano a su retoño. Buches que revientan de caramelos, monas, habas tiernas, estampicas o la pequeña joya alusiva a la gran procesión.

Aclara la mañana. Hay presagios de sol. Se oyen a lo lejos los primeros redobles. Los balcones que dan a la carrera se abren como palcos de teatro para la gran representación. Llegan los invitados. Bajan Paco, Juan y M^a Victoria con su madre. Bolsas de plástico para la cosecha de este año que después se repartirá entre primos y amigos. Hay un ir y venir

de gente, cada vez más acelerado. El sol ya ha rebasado la línea del horizonte. Luce majestuoso como corresponde al día. (El sol es el gran aliado de la representación de la Pasión, salida de la gubia de Francisco Salzillo.) El vientecillo matutino trae de vez en cuando aromas de alhelíes. La impaciencia crece. Los sonidos de los tambores están cada vez más cerca. A lo lejos se oyen los acordes de una marcha del maestro Cebrián. Los pequeños, que como rabos de lagartijas no pueden estar quietos, se levantan, se sientan, vuelven a levantarse, hasta que empieza el desfile. La cámara fotográfica está alerta. Cruce de saludos entre conocidos, a pie de calle y en los miradores.

Se despeja la calle para que pase el cortejo. Y se renueva el milagro de cada año: la obra de Francisco Salzillo cobra vida en la calle y uno se somete gozoso a este baño de arte, en el Jordán que constituyen las calles de Murcia, riberas multitudinarias de gentes que gozan del gran legado que guarda la Cofradía de Jesús Nazareno.

Abren paso bocinas y tambores. “Tristes bocinas, sordos tambores, latido de la procesión”, escribió un día el inolvidable dibujante Baldo. Asoma un río de nazarenillos, promesas para el mañana, que auguran larga vida a la procesión. Los hay que dan a manos llenas. Otros han aprendido la lección de “dar caramelo a caramelo, que el desfile el largo”. Son como un revoloteo de pajaricos escapados del alero de la mano paterna, que les ha dejado sueltos para ir a cargar el “paso”.

La imagen del cofrade impecable, señorial y austera. Puntillas de nieve sobre la túnica morada. Zapatillas blancas, atadas en blancos lazos.



CALLE SAGASTA, SAN JUAN

Comienzan a impactar, una tras otra, las distintas escenas: *La Santa Cena*, *La Oración*, *El Prendimiento*, *Jesús en la Columna*, *La Verónica*, *La Caída*, *Nuestro Padre Jesús* y *San Juan*. La rúbrica la pone *La Dolorosa*. Qué dominio del gesto, del movimiento; qué conocimiento pleno de la anatomía humana; qué interpretación fiel de los sentimientos que del pecho pasan a la cara y se traducen a través de miradas o de leves movimientos de los labios. Dulces miradas unas, airadas otras, de dolor y perdón la del Nazareno y la Virgen Dolorosa; de búsqueda la de Juan-amigo que no encuentra, aunque sigue de cerca a Jesús entre la multitud. ¡Qué dominio del gesto y del color! Y una vez más la luz, gran aliada

de esos colores con los que Francisco Salzillo vistió a sus figuras.

Parada obligatoria es la curva de Sagasta con el Malecón al fondo, y, asomándose por un resquicio desde el Puente Viejo, la Virgen de los Peligros. Un inmenso cielo azul lo impregna todo. El pintor vive su gran día. “El Viernes Santo murciano es el día de los pintores: el aire se vuelve cantera de color, los segundos pasan como un álbum impresionante de motivos, dijo el escritor Salvador García Jiménez. Un “paso” tras otro van quedando encarados al sol primaveral murciano que les saca la vida que les inculcó su autor. La fachada de la plaza de abastos se inclina ante el espectáculo del Barroco. Se desorbitan los ojos queriendo abarcar todos los detalles de cada escena.

Entre uno y otro “paso”, largas filas de penitentes. Cruces al hombro: una, dos, cuatro o cinco, según la promesa o la culpa que expiar. Pies descalzos, doloridos ya y están en el primer tramo del largo recorrido. ¿Qué ocurrirá bajo el capuz inclinado? ¿Qué pensamientos se irán desgranando al tiempo que pasan las cuentas del rosario? ¿Acción

de gracias o arrepentimiento? Extienden el brazo y depositan su obsequio en la mano que lo demanda. Se rompen ayunos ante el lomo azucarado de las pequeñas monas, el huevo duro envuelto en papel plateado o los caramelos cargados de rimas. «¡Viva Murcia por sus “pasos”, y viva la Dolorosa!, ¡Viva por los caramelos y por otras muchas cosas!», se lee en un envoltorio, o «Me ha dicho mi nazareno que al oído te diga cosas, mejor me parece, nena, decírtelas en la boca». (Y la nena sonríe de manera coqueta al nazareno que ha depositado el mensaje desde el anonimato de su vestimenta.)

Acaba la representación. El alma está henchida de gozo. Las bolsas se desbordan de tanto cara-



melo. La gente se retira con el placer de la tradición cumplida. Rendir homenaje al escultor que dio a luz una obra única para Murcia, y desde Murcia para el mundo.

Los palcos se van vaciando. Muchos, insatisfechos, buscarán el desfile por esquinas y plazas de la ciudad o lo despedirán hasta un nuevo año a las puertas mismas de la iglesia de Jesús, este año con plaza de nuevo trazado, a tono con el Museo rehabilitado y realizado.

Y a vivir el paso de otros 365 días, para volver a tener una nueva madrugada de Viernes Santo con silencios rotos, escalofríos por las esquinas y perfume de azahar en los primeros rayos del sol.

Los hijos seguirán forjando sus sueños, los padres aferrados a la realidad del presente, el nuevo retoño creciendo en gracias y alternando bal-

buceos con sonrisas angelicales. Triste será no estar, pasado un año, en la esquina de Sagasta, o en la Glorieta, en el gran espacio de la plaza Belluga, donde todo es arte, Trapería adelante, por Gran Vía Francisco Salzillo, o en las recoletas plazas Santa Catalina y las Flores, ajustadas calles de San Nicolás o aledaños de las Agustinas.

En Murcia y en Viernes Santo, Francisco Salzillo bien merece este homenaje de reconocimiento. Y el espíritu necesita también extasiarse ante la grandeza del arte, ante el milagro de la fe, para sobrellevar el peso de la cotidianeidad, tan plagada, saturada a veces, de la mediocridad que asfixia.

A mi primer nieto, Paco García Bernal, al que espero descubrir la grandeza de Salzillo en la esquina de Sagasta.



CALLE SAGASTA. LA CAÍDA



Vivencias de las monjas agustinas con Nuestro Padre Jesús

Agradeciendo la oportunidad que la Cofradía de Nuestro Padre Jesús nos ha brindado de colaborar este año 2003 con un artículo “nuestro” para la revista “Nazarenos” y habiendo sido acogida esta iniciativa con sumo gusto por toda la comunidad, consideramos un honor el poder narrar en este espacio nuestras vivencias –sobre todo espirituales–, recuerdos, sentimientos religiosos..., que la preciosa y querida imagen de Nuestro Padre Jesús Nazareno ha despertado en el alma de esta Comunidad de Monjas Agustinas a lo largo de los casi 400 años de nuestra historia.

No podemos hablar actualmente de Nuestro Padre Jesús sin evocar una figura de los siglos pasados –de la antigüedad–, muy importante para nosotras. Se trata de la venerable madre Juana de la Encarnación (1672-1715), alma mística y de muy elevada unión con Dios, escritora de varios libros de temática espiritual y de oración, entre los que se encuentra la Pasión que le fue revelada por Nuestro Señor Jesucristo en su máximo grado de contemplación. Su vida estuvo fuertemente marcada por la Pasión y Muerte del Redentor. Siempre presente en la experiencia espiritual de esta comunidad religiosa es la visión interior

que movió a la conversión de vida a esta santa monja agustina descalza.

Fue en época en que se encontraba algo “fría en el ejercicio de la virtud”.

Y un día, mirando la imagen de Nuestro Padre Jesús –que se encontraba en el convento como era costumbre en los días antecedentes a Semana Santa–, fue tal el impacto que le causaron los ojos del Nazareno, que resplandeció en su interior una nueva luz

que le hizo ver su estado de tibieza y la movió al arrepentimiento; lo que sirvió a nuestra querida y venerable madre a renovar su vida religiosa y a llevar, desde ese momento, una más perfecta. Este episodio se repitió en otras ocasiones durante la vida de esta santa, lo que nos da una idea de lo importante que era Nuestro Padre Jesús para la comunidad de esos tiempos.

En aquella primera etapa, las monjas adornaban el trono con flores y ramilletes de tela o papel, según costumbre de la época. Entraban la imagen



NUESTRO PADRE JESÚS SALIENDO DEL CONVENTO DE LAS AGUSTINAS

de Nuestro Padre Jesús al coro bajo y le descargaban la cruz, dejándole libre durante los días de su permanencia en el convento. Con ello querían significar las monjas que, por ser sus esposas consagradas a Él, llevarían el peso de su sufrimiento para aliviarle en su dolor, mostrándole así su amor. Lavaban la ropa



interior de Jesús y lo dejaban preparado para su regreso. Durante estos días, todos los actos comunitarios se hacían en el coro, bajo la mirada de Nuestro Padre Jesús. En el ejercicio del vía crucis, algunas de las monjas tomaban la cruz. Se pasaban ratos de oración, incluso extraordinaria –es decir, personal–, fuera de las horas establecidas en la regla monástica. Se hacía también una novena. Y un detalle precioso: ninguna monja se iba a acostar por la noche sin pasar por el coro para despedirse de Nuestro Padre Jesús.

Todos estos actos y ceremonias propios de la vida claustral se han vivido a lo largo de los años y transmitido a las siguientes generaciones hasta la actualidad.

Como paréntesis podemos decir que, a primeros de los años 50, por motivo de obras o reparaciones en la iglesia de Jesús, tuvimos la gran suerte de albergar en nuestra iglesia de Agustinas todos los “pasos” de la procesión de Viernes Santo, así como otros enseres de la Cofradía, como cruces, candeleros, etc. Durante un tiempo bastante largo estuvieron custodiados por nosotras bajo la vigilancia de la Cofradía. Y también en esta ocasión Nuestro Padre Jesús siempre estuvo en el lugar de preferencia, tanto para nosotras como para quienes se acercaban a visitar y a contemplar las célebres esculturas de Salzillo.

La historia de este monasterio ha estado siempre muy vinculada y marcada por la tradición del traslado de Nuestro Padre Jesús y su estancia en los días anteriores a Miércoles Santo.

A su llegada a nuestro templo, ya desde la calle Agustinas, se ponen a tocar las campanas del convento –antes manuales, que obligaban a tres hermanas a permanecer agarradas a la cuerda, lo que les impedía ver la entrada de Nuestro Padre Jesús–. Actualmente, ya electrificadas, las campanas suenan solas y sólo paran para dar paso a la música que marca la entrada o salida de la imagen.

En el interior, mientras avanza con su paso marcado hacia donde nos encontramos la comunidad,

todas observamos y esperamos con emoción el momento en que le colocan junto a la reja del coro bajo, lugar en el que permanece todo el tiempo. La imagen ya no es introducida en el coro como antiguamente, pero permanece muy cerca de nosotras.

Y cuando se cierran las puertas de la iglesia y se marcha la multitud, ¿qué hacemos nosotras con Nuestro Padre Jesús? Pues esta es la pregunta que ha dado pie al presente artículo.

En nuestros días, las cosas han cambiado un poco, aunque no en lo importante y esencial. Ya no se hacen flores artificiales, si se encargan las monjas del arreglo del trono. La tradición continúa marcada por la vivencia espiritual. Ésta es la que predomina en las monjas. Como camareras de honor de Nuestro Padre Jesús, la comunidad, formada por 15 hermanas de edades comprendidas entre los 25 y 87 años, custodiamos la imagen durante estos días previos a la Semana Santa y apoyamos a la Cofradía con nuestra oración. Todos los actos litúrgicos se celebran en torno a la imagen, siempre conscientes de que la verdadera y real presencia de Cristo está en el sagrario, en la eucaristía. Pasamos nuestras largas horas de oración, personal y litúrgica, ante Nuestro Padre Jesús. Incluso algunas hermanas salen a la iglesia para mirar cara a cara al Señor y no verse privadas de esa mirada tan penetrante de sus ojos. Otras prefieren contemplarle de espaldas, con la cruz a cuestas. Todas gozamos con la presencia del Señor, cuya imagen siempre nos ayuda a meditar y a contemplar su sagrada Pasión.

El acto más significativo que la comunidad realiza durante estos días privadamente es la novena del año 1854 que, con una meditación para cada día, va recorriendo los distintos pasos de tormento por los que pasó nuestro Señor, y que termina con unos versos, distintos para cada consideración.

Como ejemplo transcribimos aquí los versos correspondientes al día sexto de la novena. Los dos últimos los van repitiendo las monjas todos los días:



*“Con los vaivenes que daba
la Cruz y su mucho peso,
en el hombro llegó al hueso,
y en la cabeza apretaban
las espinas, y os causaban
tormento muy superior:
“Dadme un dolor verdadero
con que os pague tanto amor”.*

Por último, llegado el Miércoles Santo y el momento de su vuelta a la iglesia de Jesús, a todas nos embarga una cierta tristeza. Es como un símbolo de que, tras unos días de descanso junto a nosotras, ahora ha llegado el momento de cumplir la voluntad del Padre: ir a su Pasión para redimirnos a todos. Incluso en labios de alguna monja escuchamos, como susurrando, la triste y verdadera exclamación: “Ya se va a padecer”. Y con su paso taciturno, triste, pero decidido, abatido por el peso de la cruz de nuestros pecados, avanza Nuestro Padre Jesús hasta que sale a la plaza y se nos escapa de la vista hasta el año siguiente. Quedamos con el consuelo de volverle a ver de nuevo, flamante y majestuoso, la mañana del

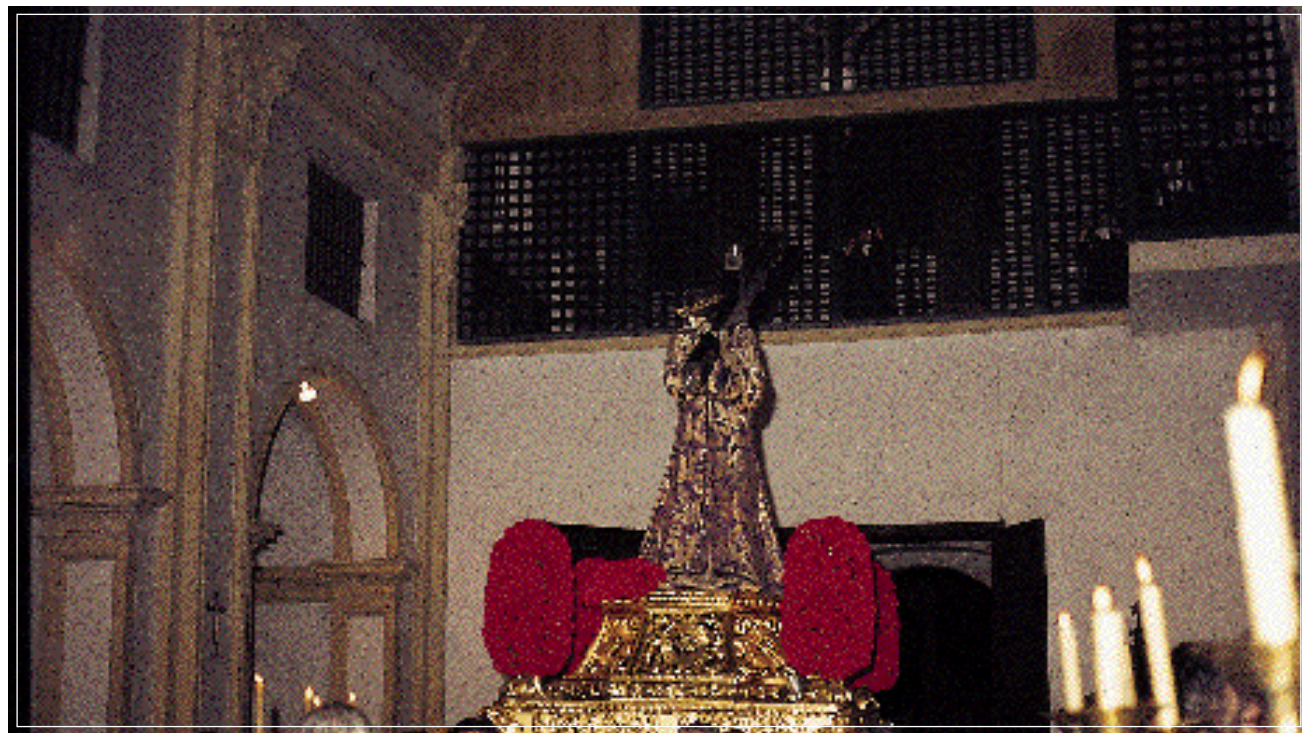
Viernes Santo, gracias al detalle de los nazarenos estantes que le paran ante la fachada del convento, con el consiguiente gozo de todas las hermanas.

Sólo una petición brota de nuestro corazón al despedirnos de Nuestro Padre Jesús: “Que hasta su vuelta el próximo año, nos conserve a todas en su amor y, si es su santa voluntad, acreciente nuestra comunidad con alguna nueva vocación religiosa”.

Y así, con mucho cariño, seguiremos recibiendo a Nuestro Padre Jesús en nuestra casa, considerando éste un regalo y una gran suerte de la que no todos pueden gozar.

Sirva este relato, salido del corazón y de la experiencia viva de las hermanas agustinas, para satisfacción de quienes nos lo han pedido y también para quienes, seguro, lo leerán.

Que Nuestro Padre Jesús nos bendiga a todos y la contemplación de su impresionante imagen nos llene el corazón de acción de gracias por todo lo que Dios ha hecho por nosotros y por el amor que infinitamente nos ha mostrado en su Hijo Jesucristo.



NUESTRO PADRE JESÚS EN EL CONVENTO DE LAS AGUSTINAS



Mujeres de morado

El **cabildo de admisión celebrado** el pasado 7 de marzo, primer viernes de la Cuaresma de 2003 y día señalado para el inicio del quinario en honor de Nuestro Padre Jesús Nazareno, pasará a la historia como aquel en el que fueron aceptadas las solicitudes de las primeras 29 mujeres mayordomos de la Real y Muy Ilustre Cofradía. Veintinueve mujeres de diversas edades, de un total de 43 nuevos mayordomos, que pasan a engrosar las filas moradas en una clase de cofrade a la que desde los tiempos fundacionales, hace más de 400 años, estaba vedado el acceso a las féminas. 29 mujeres entre las que se cuenta, y escribo con orgullo indisimulado, mi propia nieta, bisnieta del mayordomo presidente Antonio Gómez Jiménez de Cisneros, mi padre, que desde el rincón que tenga adjudicado por el Altísimo en el más allá sonreirá satisfecho al ver prolongada por una nueva generación la saga familiar de mayordomos de Jesús.

Estamos, en consecuencia, ante un hito histórico para la Cofradía, un acontecimiento que, en virtud de la entrada en vigor de las nuevas Constituciones, converge con la posibilidad de que tanto penitentes como estantes participen en adelante en el gobierno y administración de la Cofradía, tanto por medio de su presencia activa en los cabildos generales, como ejerciendo el derecho al voto cuando se produzcan, ahora con carácter regular, convocatorias electorales.

Soplan nuevos vientos, y es justo que así sea, pues no hay mejor signo de la vitalidad de nuestra querida entidad pasionaria que su adecuación a los tiempos sin necesidad de perder con ello la preciada

herencia de las esencias espirituales y tradicionales recibidas de nuestros mayores, de las que debemos ser celosos guardianes. Y uno de los signos de los tiempos que era preciso interpretar y asumir era la imparable incorporación de la mujer a todas las parcelas de la sociedad. La presencia femenina en el mundo laboral, cultural, político y social es un hecho, y no podíamos dar la espalda a una realidad incontestable.

En contra de lo que muchos piensan, la condición de mayordomo no iba aparejada tanto a la tarea de regir la procesión como a la de dirigir y administrar la Cofradía y asumir las cargas económicas que conlleva su sostenimiento. La condición de regidor de la procesión, que es la que atrae la atención de la mayoría, no era sino una consecuencia de lo anterior. Era lógico, así, que los mayordomos fueran durante siglos hombres y, además, de las clases acomodadas. Pero eso es ya historia. Historia propia, asumida como tal, pero historia al fin.

Hoy, el sostenimiento de la Cofradía recae, en mayor o menor medida, sobre todos sus integrantes, y es lógico, en virtud de ello, que todos tengan derecho a participar también de las decisiones. Hoy, la mujer trabaja y gobierna. La mujer goza, cada vez más, de plena independencia económica. Y la mujer, en virtud de un igualitarismo lógico y cabal, reivindicado por el conjunto de la sociedad, ya puede ser mayordomo en la Cofradía de Nuestro Padre Jesús. El azar ha querido que el histórico ingreso de las primeras 29 mujeres en la clase de mayordomo se haya producido la víspera del 8 de marzo, Día de la Mujer Trabajadora. Todo un símbolo.



Nuestra Madre Dolorosa

El pueblo cristiano siempre ha tenido una gran devoción a los dolores y padecimientos de la Santísima Virgen, y la Iglesia, en el transcurso del tiempo, ha fomentado y aprobado múltiples formas en las que se manifiesta esta piedad.

En honor de Nuestra Señora de los Dolores hay esparcidas por todo el orbe iglesias, ermitas, cofradías, imágenes.

Pero el dolor de la Virgen encuentra en el misterio de la cruz su primera y última significación. Se puede demostrar que Nuestra Madre sufrió mucho desde la infancia de Jesús, y así lo podemos comprobar especialmente en siete episodios o siete sucesos dolorosos. Se recuerda la subida al templo de José y María para presentar allí a Jesús a los cuarenta días de su nacimiento, con la relativa profecía del anciano Simeón: "Una espada atravesará tu alma", espada que penetrando en María le hará sufrir, espada símbolo del camino doloroso de la Virgen, que en la tradición posterior fue asumida como signo plástico de los dolores sufridos por la Madre del Redentor y representada luego en siete puñales clavados en el corazón de la Virgen.

El camino de fe de la Virgen se vio muy pronto marcado por un nuevo suceso doloroso: la huida a Egipto con Jesús y José. Y una vez más durante la infancia de Jesús, el suceso de la pérdida en Jerusalén y la búsqueda dolorida de María y José, que concluirá con el hallazgo del Hijo en el templo.

Como hecho sublime del camino de María se puede resaltar el estar presente cuando el Hijo es crucificado, y ahí es donde tiene todo su significado LA DOLOROSA y los fieles han querido inmortalizar el hecho como se ve en un díptico, la acogida en el regazo de María de Jesús bajando de la cruz, objeto de particular atención de escultores y pintores.

La Iglesia ha tenido especial interés en ponernos a María como imagen de ella y que inspire a los creyentes el deseo de estar junto a los hombres en sus infinitas cruces para poner allí aliento y presencia liberadora. Además, la Dolorosa puede recordarnos a los hombres de nuestro tiempo, inquietos, que la confrontación con la palabra de la verdad y su mani-

festación pasa ciertamente por la experiencia de la espada, que traspasa el alma, pero que abre también a una nueva misión que va más allá de la carne y de la sangre y de la voluntad del hombre, puesto que brota de Dios. Dicho todo lo anterior, ya nos encontramos en la mañana soleada de Viernes Santo y NUESTRA DOLOROSA sale por la puerta de la privativa iglesia de Jesús, con sus brazos extendidos y mirada al cielo que a hombros de sus nazarenos recorrerá las calles de Murcia pidiendo al Padre lo mejor

para todos los murcianos. Entrada la tarde y cuando los nazarenos morados hayan terminado de desfilar por nuestras calles, la Virgen volverá a su iglesia-museo para que podamos visitarla y contarle en cada visita nuestras penas y alegrías.



LA DOLOROSA



Sentimiento y amor por la Cofradía

AMOR

Reunido con sus amados discípulos, para compartir con ellos su última cena, su alma está plena de amor por los humanos. Recoge amoroso a Juan en su regazo, personificando en él a los cristianos.

Como prueba de sublime amor, sabiendo que estaba pronto el momento de unirse al Padre, bajo las especies de pan y vino, decide quedarse con nosotros para siempre, pues nunca nos faltará su amor, tutela y misericordia.

No quedamos solos ni un momento. Se ofrece Él mismo en el santísimo sacramento de la eucaristía, consuelo, luz y guía del cristiano.

ABANDONO

Cuando oraba junto a sus apóstoles en medio del silencio de la noche, dirigiendo la mirada y el corazón hacia el Padre, se sintió solo y abandonado.

Sabiendo y aceptando que debía cumplirse su voluntad, lleno de angustia por las amarguras que

debía soportar. Consciente del terrible sacrificio que tendría que sufrir, cargó al mismo tiempo con las culpas del mundo entero.

Siendo tal su sufrimiento, que llegó a pedir que si era posible pasase de Él el cáliz que debía beber. Aunque por amor deseó que se cumpliese su voluntad, aceptando su destino, para salvarnos.

SUMISIÓN

Sometido totalmente a la voluntad del Padre fue prendido por sus enemigos, como si de un peligroso malhechor se tratara.

No mostró ni el más leve gesto de oposición al sufrimiento que le aguardaba: ...y de nuestras culpas cargado, marchaste totalmente humillado, entre las gentes que vociferando te observaban.

Así llevaron preso al Cordero inocente que por nosotros se inmolaba, conociendo nuestra fragilidad y como prueba de sumisión al Padre, único medio de salvarnos a todos con su propia vida.



ILUSTRACIONES: MANUEL MUÑOZ BARBERÁN



ILUSTRACIONES: MANUEL MUÑOZ BARBERÁN

HUMILDAD

Revestido de inmensa mansedumbre y humildad, en silencio aceptó Jesús su cruel castigo, teniendo fuertemente atadas sus santas manos.

En su corazón, como fuente sublime de amor, ardía firmemente el deseo de ofrecer al Padre su dolor y darlo todo por nosotros.

Empezando pronto a brotar su santísima sangre,

por el intenso castigo a que le sometieron, redimiendo así nuestras fragilidades.

Y a pesar de verle en tan lastimoso estado, a causa de nuestras faltas, aún seguimos pecando y Él por inmensa misericordia nos sigue aceptando como hijos.

AYUDA

Movida por fe, devoción y solidaridad hacia Cristo, entre la multitud que le contemplaba, se abrió camino una santa mujer.

Sin miedo a represalias y castigos quiso enjugar el rostro de Jesús con el lienzo que portaba entre sus manos.

Al llegar junto a Él limpió el sudor y la sangre que derramaba, entregándole además la pureza de su alma. Y quedó grabada para siempre la imagen en el lienzo.

Su gesto aviva en nuestros corazones los deseos de aliviar las penas de nuestros hermanos. Seguros de que la Santa Verónica aún nos sigue haciendo falta como ejemplo.

RESIGNACIÓN

Señor, después de mirarte caído en la tierra, por la gran amargura y dolor que soportabas, no puedo apartar de mí tu dulce mirada por lo mucho que nos amas.

Se nos graba tu rostro en nuestra alma, viendo a Dios y también al hombre que al mismo tiempo se inmolaba por nosotros.

Por tercera vez caído, extenuado y casi moribundo, seguías dispuesto a dar más y más por nuestras almas. Seguro de que tan sublime sacrificio abriría el Cielo para siempre, ofreciéndonos la Gloria por Ti tan bien ganada.

CARGA

No te canses, Señor, de cargar con la cruz, que voluntariamente aceptaste por amor a nosotros.



Sigue recorriendo con lentitud tu camino lleno de amargura, por nuestros muchos pecados sigues esperando nuestra conversión.

Nos amas tanto, que todo lo dejaste como prueba y único medio de salvarnos con tu propia vida. ¡Cómo debió pesar la cruz con el añadido peso de nuestras culpas!

Seguros estamos de que entonces y ahora, para aliviar tan descomunal peso, debemos aceptar nuestras pequeñas cruces diarias, que nuestras pobres vidas deben aceptar y ofrecerlas por nuestra salvación.

SEGUIMIENTO

El discípulo amado simboliza la pureza del alma, la constancia, fe y eterna lozanía del amor a Dios. Seguimiento ilusionado de sus pasos, su mirada, su palabra, la grandeza de su amor.

Un amor sin condiciones en cada momento de su vida, ansioso por beber en la fuente santa. En Él nos simbolizó a todos, dejándonos bajo la protección y cuidado amoroso de su Madre.

San Juan nos indica el camino de verdad y vida, que sin duda debemos conseguir, para llegar a Jesús a través del inmenso amor de María.

Seamos fieles como Él y mantengamos lozano y fresco nuestro amor para alcanzar la gloria prometida y gozar de la presencia de Jesús y María.

DOLOR INFINITO

No hay pena que se pueda comparar con la pena de María, por el inmenso dolor que le produjo el ver morir ante sus santos ojos, con infinito desconsuelo, a su amado Hijo, tras la dura y larga crucifixión en el Calvario.

Lo amó infinitamente desde su nacimiento, viéndolo crecer en bondad y sabiduría. Conociendo la firme decisión de su entrega voluntaria al sacrificio de la cruz.

Con su rostro dolorido y brazos abiertos mira al



ILUSTRACIONES: MANUEL MUÑOZ BARBERÁN

Cielo y siempre pide a Dios misericordia y piedad por nuestros pecados, abriéndonos camino hacia la salvación.

En ella plasmó Salzillo la escultura más hermosa que refleja el infinito dolor de nuestra Madre ante el inmenso sacrificio que Jesús hizo por nosotros.



La calle más larga

Desde pequeño oía hablar a mi padre de anécdotas e historias nazarenas que tenían lugar en esta calle. Calle angosta, larga y polvorienta en la mañana de Viernes Santo, que sin duda nos recuerda las distintas calles por las que Jesús anduvo con la cruz auestas camino del Gólgota, la “Vía Dolorosa”. Desde luego, me refiero a la entrañable calle San Nicolás. Estos pasajes nazarenos relatados por mi progenitor y por otros nazarenos amigos fueron germinando mi condición de estante de Jesús y con el transcurrir del tiempo he tenido la inmensa fortuna de poder vivirlos y sufrirlos en primera persona.

Digamos que la calle San Nicolás, por sus características propias: el desnivel producido por la aceras sobre el asfalto, la longitud de la misma y el polvo del ambiente levantado por el paso de los penitentes sobre la arena, y por las cualidades añadidas de la procesión, es decir, el largo recorrido ya efectuado por el desfile hasta llegar allí, así como el calor propio de una mañana primaveral en Murcia, es un trayecto un

tanto difícil y comprometido para los “pasos” más grandes y pesados de nuestra Cofradía.

Comienza con el “afortunadamente” recuperado giro de Lencería a San Nicolás, para encarar el “paso” a la ligera pendiente del comienzo de la calle. Lentamente, el “paso” va adentrándose en esta “Vía Dolorosa Murciana” y a medida que el trono

avanza, nuestros rostros, los rostros de los nazarenos estantes, van sufriendo una lenta transformación.

La cara del nazareno estante que soporta peso, calor, sed, cansancio y dolor, se transforma en un gesto de esfuerzo generoso, que traspasa a muchos de los espectadores del desfile, y admirados por la belleza de las imágenes, también quedan atónitos por la entrega de los hombres que portan los “pasos”. Para algunos de estos, no pasa desapercibido éste esfuerzo y alientan con sus palabras de ánimo el afanado caminar de los estantes soportando el



DESFILANDO POR LA CALLE SAN NICOLÁS

peso del trono. Los estantes de la “tarima” y “tronco” meten el hombro con el ímpetu de un adolescente, extremando la precaución de no pisar a los cercanos



espectadores; al unísono, los “punta-vara” traseros hacen moverse el “paso”, a la vez que dirigen el rumbo, como si de una nave se tratara, para que los “punta-varas” delanteros, recostándose sobre su vara, mantengan centrado el trono, al mismo tiempo que aguantan el empuje de sus compañeros y mantienen la “velocidad de crucero” establecida para estos menesteres, es decir, un ritmo lento, firme y seguro.

A la altura de la iglesia de San Nicolás, la calle alcanza su ecuador y puede parecer que se atisba el final de la misma, pero no es verdad, como dice Pedro Zamora: “¡Esta calle parece que no se acaba nunca!”.

Me parece “heroico” que en los años setenta, un Viernes Santo, sumando todos los ingredientes anteriormente enumerados, hubiera que bajar al brazo el “paso” de *La Oración en el Huerto* (es decir, posar el trono en el brazo de los estantes, para luego volver a

subirlo al hombro), porque un cable cruzado impedía su paso, debido a la altura de la palmera.

Mientras tanto, continúa el lento andar de los “pasos”, y al mismo tiempo, como si de un gesto de nobleza se tratara, las gentes que en esta vía se han dado cita se incorporan de sus respectivas sillas, facilitando así la maniobra de deslizar el “paso” en la estrecha calle.

Al llegar la ligera curva a la derecha, a la altura de La Milagrosa, comienza el principio del fin, se llega a Santa Teresa, y con un costoso y cerrado giro a la izquierda, encaramos el “paso” en la misma.

Es el final del recorrido de cualquiera de los “pasos” de la Cofradía de Jesús por la emblemática y popular calle San Nicolás, una calle que sin duda despierta en los estantes un sinfín de sentimientos contrapuestos, entrega, resquemor, cariño, aversión, pasión.

Es el final de la calle más larga...



LA ORACIÓN EN EL HUERTO



Carmelo toda bondad

Un año más me asomo a esta revista para expresar mis sentimientos nazarenos. Se trata de una ocasión muy emotiva para mí: el fallecimiento de mi padre el 12 de abril de este año ha cambiado radicalmente el contenido de mi artículo.

Estas letras están dedicadas en toda su extensión a Carmelo López García. Él fue quien me metió dentro el gusanillo y el amor por la cofradía de Jesús. “Jefe, va por ti”.

En octubre de 2001, yo le propuse a mi padre escribir un artículo para la revista “Nazarenos” del pasado año. Al principio se mostró un poco reticente, argumentando no tener cosas importantes que contar. Tras su negativa, finalmente logré vencerlo. Una vez publicado su artículo se sintió muy orgulloso del resultado final. Iba dedicado a su amigo Antonio Ochando, que desgraciadamente murió unos meses después.

Pretender contar en dos páginas lo que durante más de treinta años he aprendido de mi padre es prácticamente imposible: anécdotas, consejos, tertulias, etc.

Tras su retirada del “paso” de *La Cena* en la procesión de 1990 fue Chiqui quien salió en su lugar al año siguiente. Mi padre le concedió a mi hermano el privilegio de cargar por primera y única vez *La Santa Cena*. Chiqui vivía en México y no podía viajar a

Murcia todos los años por el mes de abril. La mejor herencia que he recibido de mi padre me fue concedida en el año 1992. Recuerdo aquel día que llegué a casa y me dijo: “Carlos, mañana tenemos que ir al cabo de andas para decirle que tú serás mi sustituto”.

Aquella noche no pude pegar ojo; mi sueño se estaba haciendo realidad. El Viernes Santo del 92 no se me olvidará en la vida; fue un año maravilloso.



CARMELO LÓPEZ GARCÍA EN LA GLORIETA

La procesión de Domingo de Ramos del año pasado se me hizo interminable. Era la primera vez en treinta años que mi padre y yo no la veíamos juntos. Él ya no se encontraba con fuerzas y me dijo que prefería descansar para escuchar a los aurores el Jueves Santo en la plaza San Agustín; pero tampoco pudo ser, ya que su deterioro físico iba cada día a más.

Mi padre se sintió muy orgulloso toda su vida de ser estante de *La Cena* pero su condición de reserva a pesar de treinta y cinco años de antigüedad en el trono fue una espina que tuvo clavada hasta el día de su muerte.

El hecho de no poder disfrutar nunca de ser titular es un lastre que le pesó toda la vida.

Yo espero este año, si la lluvia no lo impide y con el permiso del cabo de andas, poder sacar el “paso” a la calle, aunque sólo sea hasta el dintel de la puerta y hacerlo en la punta vara que el destino siempre le negó.



CARMELO LÓPEZ GARCÍA SACANDO EL "PASO" DE LA CENA. 1990

"Jefe, escucha desde el cielo estas palabras: puedes estar seguro que este Viernes Santo, cuando el cabo ordene levantar el trono de sus bancos te estaré rezando y te dedicaré toda la procesión".

Quiero finalizar mi artículo con la poesía que Frasquito Fernández Egea dedicó a mi padre días después de su muerte desde los micrófonos de Radio Murcia. Gracias, Frasquito; gracias, amigo.

Carmelo toda bondad

*La Cena no estaba completa, un discípulo le faltaba, que
Salzillo, con paciencia, a Carmelo esperaba.*

*Para esculpir su figura, junto a Jesús y San Pedro, ya
siempre estará con ellos. Con tristeza, yo me alegro.*

*La punta vara sabe que lo hacías por amor, el sudor que
has entregado sin sentir ningún dolor.*

*Siempre has llevado La Cena, desde tiempo inmemorial.
Ahora disfrutarás con ella en la gloria celestial.*

*Viernes Santos venideros, el "paso" no será el mismo,
pues Carmelo irá arriba, pero sentado con Cristo.*

*Como figura invisible a los ojos de los murcianos, pero
serás perceptible a las personas que te amamos.*

*Carmelo siempre estará en el monte de su nombre, donde
Jesús sufrió pasión padeciéndola como hombre.*

*Miles de llaves has hecho, pero una te has guardado para
estar con San Pedro, la que Él te ha ordenado.*

*Es el dueño de la puerta, así pensamos los creyentes, en
la gloria descansarás por tu humanidad presente.*



Tres sillas vacías

Estamos en Jueves Santo, son las siete de la tarde. Lentamente me voy aproximando a la plaza San Agustín; oigo repicar las campanas de San Andrés.

Como cada año, los auroros cantan sus salves de Pasión, mientras los nazarenos de *La Oración* arreglan su palmera con total dedicación. Voy a poner todo de mi parte para que este Jueves Santo sea como el de años anteriores, pero sé que la emoción por las tres personas que no están me lo va a impedir.

Voy acompañado de mi mujer y de mi hijo; para ellos también se trata de un Jueves Santo muy especial. Para Guillermo ha sido un golpe muy duro el haber perdido a sus dos abuelos y a su abuela materna en tan poco espacio de tiempo. Pero estamos en Jueves Santo y hay que levantar el ánimo.

Hoy he venido a Jesús más emocionado que en otras ocasiones; motivos tengo, pero a su vez estoy más tranquilo. Este año mis hermanos y yo no vamos a repartir caramelos. Tan sólo llevaremos unos recordatorios en memoria de nuestros tres difuntos.

Son las ocho de la tarde y un empleado del Museo Salzillo ordena a todo el público salir de la iglesia.



JUAN Y JOAQUINA ESPERANDO LA PROCESIÓN

Por megafonía nos agradecen la visita y nos invitan a salir poco a poco del templo.

Son las once de la noche, estamos en Trapería. Mi mujer me ha convencido para ver la Procesión del Silencio a pesar del madrugón del día siguiente. Me vuelvo a emocionar al ver al Cristo del Refugio acercarse desde lo lejos. Este año hay tres personas a las que voy a echar mucho de menos. Ya es tarde, mi mujer y yo nos vamos a casa, mañana espera un largo día.

Mientras intento conciliar el sueño, propósito difícil en la víspera de un Viernes Santo, me viene el recuerdo de mi suegro. Juan nos esperaba cada Viernes Santo de madrugada en el balcón de su casa para ayudar a vestirnos de nazarenos. Nos colocaba las esparteñas, ajustaba las enaguas y llenaba nuestros senos de caramelos, monas y huevos; mientras, Joaquina se iba a guardar sillas a la puerta de la confitería Máiquez, en la calle García Alix. Siempre reservaba un mínimo de ocho, ya que surgían compromisos de última hora.

Para mí siempre ha sido muy emotivo ver cada Viernes Santo a mi padre y a mis suegros ocupando su silla delante de Máiquez.

Este año, las puertas de la privativa de Jesús se abrirán, el “paso” de *Los Azotes* saldrá a la calle, daremos la vuelta, como es tradición, a la plaza San Agustín y tomaremos la calle García Alix. Miraré a la izquierda como he hecho siempre y buscaré entre la multitud a Carmelo, Juan y Joaquina sentados en primera fila, pero tristemente encontraré tres sillas vacías.

Sé que desde algún lugar ellos me estarán viendo y disfrutarán junto a todos nosotros de la mañana más hermosa que Dios nos regala cada año a todos los murcianos. La mañana de Viernes Santo.





Anécdotas históricas de la procesión del Viernes Santo en Murcia

Según Díaz Cassou (1897), la primera vez que salía esta procesión era en 1603, por lo que este año cumple su cuarto centenario. El orden de salida a fines del siglo XIX, con nueve “pasos”, era: *Cena* (terminado en 1763 y restaurado en 1896); *Oración en el huerto* (trono realizado en 1893); *Prendimiento* (realizado en 1736 y restaurado en 1896); *Azotes en la columna* (estrenado en 1777); *La Verónica* (sobre trono de 1870); *La Caída*; *Nuestro Padre Jesús* (con un origen en 1600); *San Juan Evangelista* y *La Dolorosa*.

Comenta Díaz Cassou que en el siglo XVIII eran los gremios quienes sacaban los “pasos”. Así, los sastres llevaban *La Cena*, en tanto que los hortelanos sacaban *La Oración del Huerto*. Por parte de los pañeros reagrupaban *El Prendimiento* y los tejedores de lienzo, *La Verónica*. Los carpinteros sacaban *La Caída* y los zapateros se ocupaban de *San Juan*. Los alfareros y roperos sacaban *La Dolorosa* (antes Nuestra Señora de las Angustias).

Más prolijo en relatar el ambiente que rodeaba a la procesión fue el viajero Hoskins, que en 1852 publicaba en París su visita a Murcia y la procesión del Viernes Santo. Para él, los murcianos superan a todos los españoles por su cariño a las procesiones.

El Viernes Santo, las mujeres, muy bellas, iban arregladas con la mantilla, que realizaba sus propios encantos, en tanto que los hombres, serios, pese al calor iban con su capa. Otro estrato social era el de aquellas mujeres con vistosos pañuelos y sayas de todos los colores, en tanto que los hombres iban envueltos con mantas de colores rojos y azules, con borlas grandes y pantalones blancos, medias de algodón, toscas sandalias y vivos pañuelos en la cabeza.

La procesión iba encabezada por soldados, niños con vestiduras moradas y grandes caperuzas, adultos con volantes y puños de ricos encajes. Tras

ellos, una banda de música y una multitud de nazarenos con los pies descalzos y cara cubierta, con una serie de trompeteros. Tras ellos, los “pasos”, alternados con alguna banda de música, soldados con armadura y lanza, unos 1500 penitentes, sacerdotes. Para nuestro viajero, ni en Roma había presenciado tan magnífico cortejo.

En 1911 será otro viajero, un tal A. Calvert, quien

publicaba en Londres sus impresiones al respecto. Comenta que a las seis de la mañana las calles están “abarrotadas de forasteros” para ver la procesión, que abre un cuerpo de policía montada y un estandarte. Muchas flores, tambores, bocinas, cornetas,



SAN JUAN, 1907



repiquetear de campanas, nubes de velas y los “pasos” bellamente ornamentados.

Los “pasos” vistos por los fotógrafos también nos aportan algunos datos. Ya en febrero de 1879, Juan Almagro realizaba una serie de fotografías de las imágenes de Salzillo para regalarlas a la Real Sociedad de Amigos del País, a cambio de ser nombrado fotógrafo oficial de dicha corporación. Las que mostramos en este artículo son del 29 de marzo de 1907 y fueron realizadas por el viajero y fotógrafo aficionado de Cartagena Rafael Vidal Abarca al paso de la procesión por la plaza Santa Catalina. La prensa evidentemente se hacía eco de esta procesión.

El día 29 de marzo, en las páginas de “El Liberal” José Tolosa Hernández le dedicaba un artículo al “paso” de *La Dolorosa*. Según él existía una leyenda que contaba el sufrimiento y desasosiego de Salzillo, que no encontraba una expresión digna y de sufrimiento al tiempo. Ante esta situación permaneció encerrado en su taller noches y días, encontrando la solución en proporcionarle un disgusto intencionado a Juana Vallejos, su esposa, logrando un excelso rostro con expresión de angustia. En el mismo periódico veía la luz un poema escrito en torno a 1880 de J.A. Soriano Hernández dedicado a la procesión del Viernes Santo. Algunos de los versos decían así:

...Tranquilo duerme el murciano,
pero el estridente son
de bocinas y trompetas
le quita el torpe sopor
y le recuerda que, en breve,
va a salir la procesión...
...sobre el muro de la Iglesia
se apoyan con profusión
cruces que los penitentes
han de abrazar con amor...

Al día siguiente, el mismo periódico, en un artículo firmado por José Martínez Tornel, describía

la procesión y cada “paso” como una escena, si bien se quejaba de que el día estuvo sin sol, amenazando lluvia.



NUESTRO PADRE JESÚS, 1907

Fuentes y bibliografía:

Fuentes manuscritas:

Actas del archivo de la Cofradía de 1907.

Fuentes impresas:

“El Liberal”, 28, 29 y 30 de marzo de 1907.

Bibliografía:

Anónimo. 1927. *Reseña histórica de la R.S.E.A.P. de la ciudad de Murcia (1878-1925)*. Tipografía Sucesores de Nogués. Murcia. 242 págs.

Díaz Cassou. 1897. “Pasionaria Murciana. La Cuaresma y la Semana Santa en Murcia”. *Biblioteca Murciana de Bolsillo*, nº 20. Ed. Real Acad. Alfonso X el Sabio. Murcia, 282+13 págs. (Reedición de 1980).

Torres F. Suárez, C. 1996. *Viajes de extranjeros por el Reino de Murcia*. Ed. Asamblea Regional de Murcia y Real Acad. Alfonso X el Sabio. Murcia. 3 vols.



Salzillo, Juan Antonio Sierra y el primer “paso” del Prendimiento de la Cofradía de Jesús

En 1735, Francisco Salzillo suscribió el siguiente documento: "He recibido del señor don Francisco Macián de Molina, como apoderado de mi señora, doña Antonia Macián, viuda del señor don Juan Antonio de Sierra, receptor que fue del Santo Oficio de la Inquisición de esta ciudad (Murcia), cincuenta y dos pesos de a ocho reales plata cada uno, los mismos que dicho señor don Juan Antonio me tenía ofrecidos para ayuda de las hechuras del paso del Prendimiento de Nuestro Padre Jesús Nazareno que se está haciendo, y para que conste doy este (recibo) que firmo en Murcia, a siete de agosto de mil setecientos treinta y cinco años. Son 52 pesos de a 8 reales plata. Francisco Salzillo (firma)".

Este documento tiene, a pesar de su brevedad, un gran valor informativo. La Cofradía de Jesús tuvo este “paso” a su disposición en 1736 (le costó 6.992 reales y 32 maravedís, según don Francisco Molina Sreeano) y el gremio de tejedores de paños se comprometió a sacarlo en procesión al año siguiente, en 1737, pero uno

de los que financiaron su realización fue don Juan Antonio Sierra Vidal.

No sé si en 1734 fue mayordomo de la Cofradía de Jesús, aunque si no fue mayordomo sí debió ser cofrade. Don Juan Antonio era hijo de don Antonio Sierra y falleció el 25 de mayo de 1734. Por su testamento dejó un tercio de su herencia, en concreto mil ducados en una finca de Alguazas, a su sobrino don Andrés Rodríguez de Sierra, familiar del Santo Oficio, casado con doña

Ángela Irles; otro tercio a su madre, doña Dominga Francisca Vidal, y el otro a su mujer. Nombró por albacea a don Francisco Macián de Poveda, inquisidor apostólico del Santo Oficio, maestro escuela de la Santa Iglesia Catedral de Jaén. Don Juan Antonio Sierra, como podemos ver, era un oficial del Santo Oficio con familiares en esta institución. Fueron también oficiales del Santo Oficio los mayordomos de la Cofradía de Jesús don José Navarro Carreño,



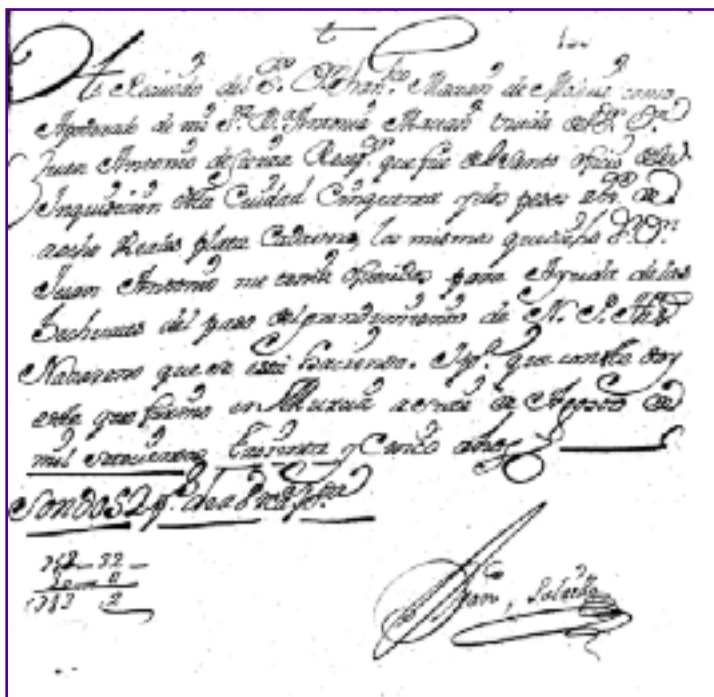
IGLESIA DE JESÚS. EL PRENDIMIENTO



secretario del Juzgado de Bienes Confiniscados del Santo Oficio de la Inquisición de Murcia (1688); don José García Ventura, secretario del Santo Oficio de la Inquisición de Murcia (1737), como lo fue don Juan Antonio de Sierra, y el propio Francisco Salzillo, que fue familiar del Santo Oficio.

El recibo expedido por Francisco Salzillo es, por otra

parte, una buena muestra del sistema que utilizó el escultor para la realización de los “pasos” de la Cofradía de Jesús: el encargo y adelanto de dinero por algún mayordomo cofrade. Lo usó ya en 1734 don Juan Antonio Sierra y lo emplearía años más tarde don Joaquín Riquelme y Togores a partir de 1752. El encargo verbal evitaba el costo de la escritura notarial, lo cual es comprensible sobre todo para 1734-1735, años de penuria para la ciudad de Murcia a causa de las dificultades del abastecimiento alimenticio, agravado aún más por la entrada de Felipe V, entonces rey de España, en la Guerra de Sucesión de Polonia, de la que obtendría (tan anhelado por él y por Isabel de Farnesio, su mujer) para su hijo Carlos (futuro Carlos III de España) el Reino de las Dos Sicilias (Nápoles y Sicilia, pues anteriormente, cuando Nicolás Salzillo, padre



REPRODUCCIÓN DE RECIBO

de Francisco, vino de Nápoles, esta ciudad era la capital de un Virreinato, el del Reino de Nápoles, distinto del de Sicilia), y años en que la Cofradía de Jesús tenía determinados problemas: se estaba endeudando por el pleito con los agustinos: según don Francisco Molina Serrano, en el cabildo de 1 de octubre de 1733 se había tomado el acuerdo de poner

demanda contra el Convento de Nuestra Señora de la Arrixaca ante los tribunales eclesiásticos, y la propuesta de Andrés Martínez y Jaime Otón de sacar un “paso” de armados, “sin que por ello se les diera cosa alguna”, recibida en el cabildo de 29 de abril de 1731, no prosperó, “respecto de que los dichos Andrés Martínez y Jaime Otón se ausentaron de esta ciudad sin saberse su paradero”.



EL PRENDIMIENTO



Vigor y belleza

La Semana Santa de Murcia es una excelente muestra de recogimiento y devoción, mezclada con la riqueza y la expresividad de nuestros “pasos” y las figuras que sacamos en procesión.

La Semana Santa tiene la vertiente particular que cada uno le otorga en cada lugar donde se celebra, y la nuestra, la de Murcia, es muy singular. Al pensar en ella y recordarla, se nos aparece el Viernes Santo por la mañana impresionante por su vigor y su belleza, en la que el sentimiento religioso comparte espacio con el arte escultórico.

La explosión de los sentidos en la vida mediterránea tiene una singular adaptación en Murcia, en la que el barroquismo de nuestra imagería religiosa y de la Pasión de Cristo es buena prueba de ello. Nuestra Cofradía de Nuestro Padre Jesús, con las impresionantes tallas de Salzillo, dota a la procesión de un simbolismo y espiritualidad únicos. Los nazarenos vivimos los preparativos de la procesión con un enorme cariño y devoción a Nuestro Padre Jesús, a quien veneramos en el altar mayor de la iglesia de Jesús a lo largo del año.

En mi condición de concejal y de mayordomo de Nuestro Padre Jesús Nazareno, es un verdadero placer compartir estas calles con vosotros y conocer los rincones que recorren los “pasos”, cargados de fe, de significado, en esta ocasión de una manera muy especial, con el anhelo de poder contemplar a nuestros Salzillos en la calle, ya que las inclemencias del tiempo nos lo impidieron el pasado año.

Nuestros corazones ansían la llegada del Viernes Santo para aliviar la pena que experimentamos el

año pasado por no poder sacar a la calle las joyas barrocas de nuestra Cofradía. Porque no hay actos más profundos ni que resalten más nuestra identidad que la mezcla de lo religioso con el pueblo, con las costumbres, con el fervor y la oración.

Nuestra Cofradía, que debe su origen a la hermandad religiosa de devotos cristianos que se reunieron en 1600 para sacar a la calle una procesión de penitentes, ha agrupado a lo largo de los siglos a los gremios que sacaban a hombros los tronos hasta que la familia Riquelme encarga al escultor Salzillo las escenas de la Pasión como *La Cena*, *La Oración del Huerto*, *El Prendimiento* o *San Juan...*

La Semana Santa adquiere en Murcia un rostro especial, que se desplaza por calles y plazas durante unos intensos días. Lo de veras importante es ese ambiente que se saborea en todos los rincones de Murcia para disfrute de todos los vecinos y de quienes se desplacen hasta aquí, invitados por nuestro fervor religioso.

Os agradezco hoy vuestra generosidad y que sepáis descubrir en estos días un mundo en el que sólo podemos ver con la mirada del espíritu. Quienes os habéis entregado a la organización de las procesiones constituís un modelo a seguir para muchos jóvenes, que ven en vuestro trabajo la mejor de las guías por lo que habéis aportado a la esencia misma de nuestras costumbres y, en definitiva, de nuestra cultura.

Este mayordomo quiere ser el primero en aplaudiros por vuestro trabajo y testimoniaros el agradecimiento de los vecinos por haber enriquecido nuestra tradición con vuestras aportaciones.





La restauración del Niño de Pasión

Esta delicada representación del S. XVIII se enmarca en la temática infantil. El “Alma enamorada” exalta con inocencia y dulzura el sentimiento de amor y entrega a la voluntad de Dios.

La imagen del Niño de Pasión (60 x 20,5 x 29 cm) fue restaurada en los meses previos a la inauguración del nuevo Museo Salzillo y, actualmente, se encuentra expuesta sobre el baldaquino.

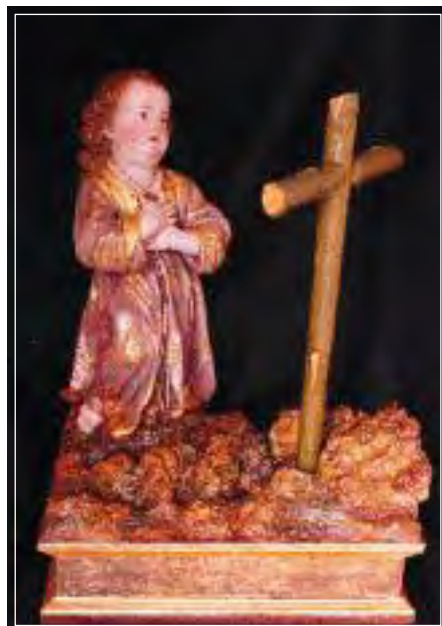
A pesar de haber estado durante años en las dependencias no visitables del Museo llegó hasta nuestros días presentando diversas alteraciones en su estado de conservación. La diferente naturaleza y comportamiento de sus materiales constitutivos (corcho, madera, adhesivos orgánicos, papel, pigmentos...) favoreció la aparición de deterioros. El soporte de madera mostraba fisuras puntuales en la cara y la túnica. Las grietas estructurales de la base



FACHADA DE LA IGLESIA DE JESÚS Y MUSEO SALZILLO



DETALLE. TRATAMIENTO DE GRIETAS Y FISURAS



FOTOGRAFÍA FINAL



FOTO INICIAL. DETALLE

se habían ocasionado por cambios de volumen en la madera, favorecidos por las variaciones de la humedad y la temperatura ambiental.

A causa de estos movimientos en la estructura, la policromía se levantó y desprendió puntualmente, mostrando gran inestabilidad junto a grietas y fisuras.

La capa de policromía estaba cubierta de suciedad superficial, polución ambiental, manchas puntuales de lacas oxidadas y restos de cera.

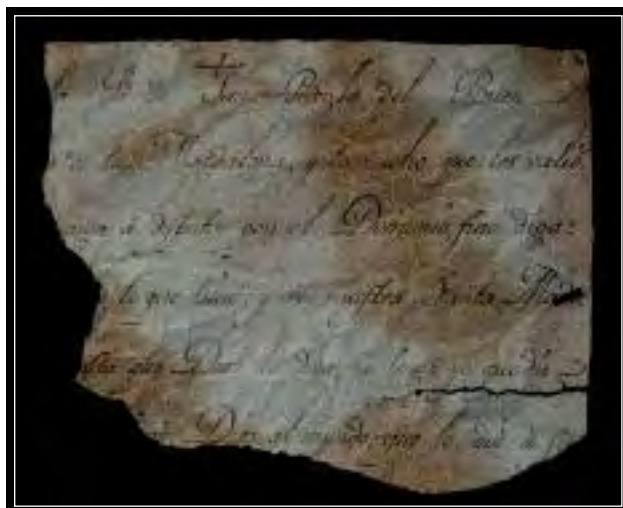
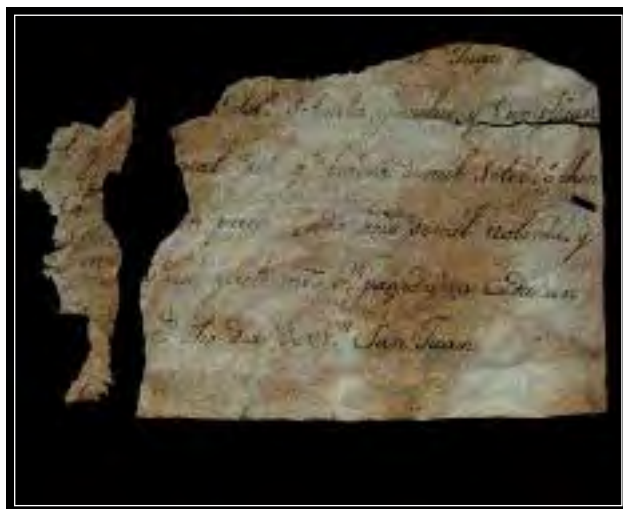
Nuestro tratamiento tuvo como fin la consolidación material y la conservación estética del conjunto, realizándose bajo criterio de absoluto respeto a los distintos originales.

Los levantamientos de policromía se corrigieron mediante su sentado y fijación al soporte, a través de la aplicación de un adhesivo orgánico, simultaneada con calor y presión controlada.

La limpieza de polvo, suciedad superficial y restos de distinta naturaleza, permitió la recuperación estética de la obra, que mostró la luminosidad y transparencia de los colores originales.



FOTOGRAFÍA FINAL



FRAGMENTOS DE PAPEL ENCONTRADOS EN LAS UNIONES DE PIEZAS DE LA BASE

Tras el proceso de estucado de faltas, la reintegración cromática se realizó mediante sistema diferenciado del original. Por último, la pieza recibió una capa de protección.

Durante la intervención, coincidiendo con las uniones de piezas de la base, se apreció la existencia de numerosos fragmentos de papel, retirándose parcialmente. Estos habían sido empleados por el maestro escultor para rellenar huecos y, en otras ocasiones, para reforzar y anclar algunos de los elementos que acompañan al Niño, como la Cruz.

El interés de estos documentos radica en la valiosa información que aportan, acercándonos al entorno social y cronológico de la obra.



Murcia: mañana de Viernes Santo de 2002

Como cada año, el nazareno de la mañana de Viernes Santo se levanta de madrugada, con la ayuda de la esposa, la madre o la hija se viste la túnica de estante, de cofrade o de mayordomo. Se llena la *sená* y se dirige a la iglesia de Jesús. Este año la procesión, aunque sale a las seis horas solares, son las siete de la mañana y no las ocho como todos los años. El cielo está gris. Las previsiones meteorológicas anuncian lluvias en el Mediterráneo. La duda está en la mente de los nazarenos. ¿Podremos salir?

Como si no pasara nada, como si hiciera el tiempo de tan sólo hace unos días, como si las previsiones meteorológicas fueran de un sol radiante y de un calor veraniego, los nazarenos de Jesús se dirigen, nos dirigimos, a la iglesia; unos andando, otros en coche. Los hay que van solos, otros en grupo y alguno va acompañado por sus familiares que quieren ver salir la procesión. Son las siete menos veinte cuando llego a la iglesia de Jesús. El tiempo está amenazante de lluvia y empiezan a caer algunas gotas. Las calles están mojadas de la lluvia de la noche anterior. No sabemos si saldrá la procesión.

A las siete menos cinco se convoca un

cabildo extraordinario. Un cabildo de emergencia para decidir si la procesión sale o no sale. Nos reunimos en las instalaciones no acabadas del Museo. En la sala del Belén. Allí vamos entrando los mayordomos. De pie, formando un corro cada vez más apretado. El secretario da lectura a un pasaje evangélico, se reza un padrenuestro y se comienza el cabildo. El mayordomo-presidente se dirige a todos los convocados. El comisario de la procesión expone la situación y comunica el parte de los cabos de andas y tras su informe se procede a la votación. Son dos las propuestas: que la procesión retrase su salida hasta las ocho, si deja de llover, o que se decida directamente su no salida. Tras la votación, 57 mayordomos votan la no salida en estas circunstancias y 42 que se espere hasta las ocho. La opción es clara: se suspende la procesión. Es mucha la responsabilidad



VIERNES SANTO. VISITA A LOS "PASOS" DE LA COFRADÍA



de sacar las imágenes de Salzillo por las calles mojadas, con el suelo resbaladizo y con el peligro de que un “paso” se vaya al suelo y pueda provocar accidentes humanos y roturas de imágenes de valor incalculable, porque la Cofradía de Jesús saca a la calle sus tesoros. Son tesoros de la Cofradía, de los murcianos, de los españoles y de la Humanidad.

Hasta aquí, un breve relato de los acontecimientos. La procesión una vez suspendida da paso a otra procesión. La que cada uno lleva por dentro.

Cada nazareno, estante, cofrade o mayordomo tiene su corazón, su corazón nazareno. Cada uno lleva en su interior el recuerdo de sus familiares fallecidos, su penitencia, su amor nazareno, y es ahora cuando empieza a aflorar. Lágrimas, tristeza, dolor y sobre todo rabia, porque apenas dos horas después, a las nueve de la mañana, salió un sol furioso, queriendo acompañar a los nazarenos en su pesar, prestándole su apoyo.

Pero junto a la procesión personal de cada cofrade de Jesús apareció otra procesión, la de la familia nazarena que esperaba la salida. Gracias a una decisión importante de la Cofradía comienza el desfile nazareno. No de los cofrades de Jesús, sino de la familia nazarena que empezó a desfilar por



INTERIOR DE LA IGLESIA DE JESÚS

delante de los “pasos”. Las puertas de la iglesia de Jesús se abren de par en par para que todos puedan entrar y ver los “pasos” engalanados. Es como un encuentro con Salzillo. Es como un encuentro con Jesús. Es como un encuentro con los hermanos cofrades que, aunque pocos, quedaron vestidos de nazarenos vaciando sus *senás*, dando caramelos a los niños que con sus padres acudían a ver las imágenes, a explicarles *La Cena, el Beso, El Prendimiento, La Oración...* Era la una y media cuando me marché de la iglesia de Jesús y la cola daba la vuelta a la plaza San Agustín. Se había

anunciado que se cerrarían las puertas a las doce horas, pero era imposible.

Yo estuve allí. Estuve en el cabildo extraordinario. Vi desfilar a miles y miles de nazarenos en su visita a la Cofradía de Jesús. Pude fotografiar las filas interminables de nazarenos esperando su entrada en Jesús. Pude fotografiar, como cientos de nazarenos fotógrafos, las imágenes de Salzillo. Fui testigo de un día extraordinario. Pude comprobar que los nazarenos de silla son algo más que ciudadanos que ven pasar la procesión esperando que les den caramelos. Pude oír conversaciones emocionadas. Yo puedo decir que la procesión en Murcia en la mañana de Viernes Santo de 2002 fue de las más hermosas que recuerdo.



Memoria necesaria

Tal vez, una ansiedad legítima a la vez que estéril sea buscar explicaciones a lo que sentimos. Nos creemos deudores al no hallar la justificación precisa a lo que nos desborda, a lo que momentánea o perennemente nos rescata, a lo que, como acto de hermosa

voluntad, accedemos. Es probable que ignoremos que la definición, la verbalización de lo sensorial, puede llegar a limitarlo, a detenerlo.

Sin embargo, obviando algo lo anterior, cada vez que una fecha se aproxima aparecen las imágenes fijas, deseadas y queridas que han llegado a erigirse en punto referencial, en un determinante que se establece en alegría e inmensidad previa y en languidez y tristeza una vez que ha concluido.

La Semana Santa es un viaje al interior de nuestro ser. Todo lo que aparentemente duerme a lo largo de diez u once meses, se nos presenta ofreciendo su particular tarjeta con las correspondientes invitaciones para, temporalmente, vivir de otra forma y reimprimir lo que nos constituye: infancia, ruidos de enaguas, manos y caricias de los abuelos, casas ya perdidas.

Malecón, olor a armario y naftalina, la inmensa luz de esta tierra, canto de auroras y sonidos de tambor, dolores diversos (hombro del trono y pies de espartaña), noches de huerta y pasteles de carne, caras nazarenas y música de Mozart.

Es una suerte regalar estos estímulos a nuestra sensibilidad. Sentir de manera diferente, pero solida-



DETALLE DE LA CÁIDA

ria, un mundo con amplia cabida, plagado de ofrecimientos y buenos gestos; aparcas por un tiempo corto lo que nos obliga para acceder a la magia de lo deseado. Se han constituido en huellas estables que conservan sin merma ni erosión la esencia luminosa y pura que algunos se atreven a llamar alma.

Las fuentes que enriquecen y protegen este trozo de memoria se repiten indefectiblemente con el mismo semblante, con idéntica emoción, sin menoscabo del nerviosismo, orgullo y honor que ya dejaron de ser piel para tornarse en fibra.

Entrega sin reservas, rostros sin máscara, poesía pura y propia recorriendo al unísono la mente y las venas; claridad permanente y despierta que se enriquece y agranda con la luz de las velas; tiempo abierto y sin cota; memoria desfilando; protagonismo inmanente y propio; elevación de tu historia y conciencia de contornos abiertos, ofreciendo y recibiendo todo lo que se manifiesta, en esa línea vital, duradera y limpia que, más que nada, se libera y sujeta a la única narración que nos tiene a nosotros mismos como seres creados para un íntimo momento.

Uno es consciente de que este acto voluntarioso de aproximación satisface fundamentalmente al que lo escribe, sobre todo si se hace desde lo subjetivamente vivido. No obstante, todo esfuerzo es parcial. Para llegar a la exactitud y parafraseando a Juan Ramón Jiménez, "aún no está hecha mi palabra".



¿Dónde está el Cireneo?

Hace unos meses, con motivo de la inauguración oficial del remozado Museo Salzillo, tuvimos la dicha de compartir unos instantes con S.A.R. la Infanta D^a Cristina de Borbón. Al saludarla e identificarme como rector de la iglesia de Jesús, y consiliario de la Cofradía del mismo nombre, me sorprendió gratamente su observación: “Debe ser un gozo celebrar rodeado de tanta maravilla”; expresión que asumo y certifico en toda su totalidad, a la que sin embargo quiero darle pleno contenido.

Ciertamente es una maravilla el conjunto escultórico que contemplan mis ojos durante cada celebración eucarística dominical, obra de arte salida de las manos de un genio, pero de un genio enamorado de aquel a quien intenta representar; porque es imposible expresar lo que el rostro de Cristo transmite en cada uno de los “pasos” salzillescos –angustia, dolor, desesperación, soledad, dignidad, terror, amistad, dulzura, aceptación, perdón, amor– si el corazón de su autor no está inundado de la plenitud de todo un Dios que se ha encarnado por amor a su criatura el hombre y por ella entrega su vida; es imposible expresar el sereno dolor de María, la mirada compasiva de la mujer Verónica o la audacia juvenil de Juan si uno no ha experimentado la cercanía de Dios en los acontecimientos de la vida, dolorosos o gozosos, y tiene en sí el memorial de una vivencia de vida eterna.

Así como los sacramentos son realidad visible, sensible, que hacen presente una realidad invisible que nos trasciende, así los “pasos” procesionales de Salzillo, circundando en sus capillas a ese rostro enigmático del Nazareno, lleno de profundo pate-

tismo, con la mirada perdida en el horizonte como queriendo encontrarnos a su lado en esta vía dolorosa, *se convierten en sacramento del Amor inmenso y fiel de Dios a la humanidad, del Amor esponsal de Cristo a la Iglesia, del Espíritu de Amor derramado en el árbol de la cruz.* Y ésta, mis queridos hermanos que “perdéis” unos minutos en la lectura de estas líneas, es la auténtica maravilla a la que su alteza, quizás sin intuirlo, se refería. La obra de arte humana no es sino reflejo del creador, luz reflejada, no propia, como la de la luna respecto al sol. Salzillo fue un instrumento de Dios para dejarnos una melodía de amor perfectamente armonizada: a través de las imágenes es Dios mismo, quien se nos hace el encontradizo para decirnos, casi susurrando al oído, un “te quiero” que transforma nuestro corazón y lo enciende de amor.

Se me ocurre, no obstante, un pero, una falta, y confío en que se me permita el atrevimiento: *no he encontrado al Cireneo. ¿Alguien me puede indicar dónde está Simón de Cirene?* Quizás más de uno esté pensando en que pido un décimo “paso” en la Cofradía, y nada más lejos de mi pensamiento; lo que quisiera en este momento de mi colaboración en la revista nazarena es plantearos una profunda reflexión: ¿Realmente falta el Cireneo? ¿No será más bien que Jesucristo, en cada uno de sus rostros y sus miradas, está mendigando de tí o de mí que dejemos de mirar extasiados y paralizados la belleza artística y pasemos a mirar, compadecer, rescatar de la fealdad, del vacío y de la angustia a tanto hermano que está a nuestro lado –imagen viva de Cristo– y con el cual Él mismo se identificó? (cf. Mt 25, 31-46).



LA CAÍDA

Meditaba y pensaba yo en todo esto al leer el mensaje del Santo Padre Juan Pablo II para la Cuaresma de este año, del cual os transcribo unas frases: “Al hombre de hoy, a menudo insatisfecho por una existencia vacía y fugaz, y en búsqueda de la alegría y el amor auténticos, Cristo le propone su propio ejemplo, invitándolo a seguirlo. Pide a quien le escucha que desgaste su vida por los hermanos. De tal dedicación surge la realización plena de sí mismo y el gozo, como lo demuestra el ejemplo elocuente de aquellos hombres y mujeres que, dejando sus seguridades, no han titubeado en poner en juego la propia vida como misioneros en muchas partes del mundo. Lo atestigua la decisión de aquellos jóvenes que, animados por la fe, han abrazado la vocación sacerdotal o religiosa para ponerse al servicio de la “salvación

de Dios”. Lo verifica el creciente número de voluntarios, que con inmediata disponibilidad se dedican a los pobres, a los ancianos, a los enfermos y a cuantos viven en situación de necesidad”.

Con profundo agradecimiento a Dios por el don que supone para mi vida personal contemplar las maravillas de Salzillo con tanta asiduidad, le pido humildemente que me conceda experimentar cada día su Amor Misericordioso, que, asumiendo mis miserias y debilidades y potenciando mis limitaciones, me regale poder gozar perpetuamente, sin renuncias ni temores, del servicio desinteresado a los demás, del don de perder la vida, de desgastarme, por aquel hombre que triste, sin esperanza, hundido o maltrecho por la vida, camine junto a mí con su cruz y necesite un Cireneo que le preste ayuda.





Otros “Salzillos”: San Roque

En la redacción final de un libro, que suele coincidir con su publicación, quedan pendientes de incluir en el texto una serie de datos, citas, consideraciones que son sacrificados en aras de una exposición coherente, ajustada a la sistemática inicial, que por muy fluida que se concibiera, siempre es necesario reestructurar. En la publicación del último libro publicado, en esta ocasión con la colaboración de Santiago Laborda Peñalver, quedaron diversas consideraciones sobre temas concretos, especialmente sobre determinadas esculturas de Salzillo, que aun siendo interesantes era aconsejable dejar para mejor ocasión.

Este fue el caso de una imagen de San Roque, cuya trayectoria desde que salió del taller de Salzillo hasta su instalación en la iglesia de San Andrés de Murcia conseguimos reconstruir. Tal vez, la Cofradía de Nuestro Padre Jesús tenga un cierto sentimiento de superioridad y pueda con justicia presumir de tener en el modernizado Museo de Salzillo y en la antigua ermita de Jesús, ambas en el antiguo barrio de la Arrixaca, las dos colecciones más amplias de este escultor: la Colección Riquelme, o Belén, que con la totalidad de sus piezas –1.500– se muestra en el nuevo museo, y los “pasos” que desfilan en la mañana del Viernes Santo por la ciudad de Murcia. Estas dos colecciones monográficas constituyen uno de los mejores y más importantes conjuntos del Nacimiento, Pasión y Muerte de Jesucristo.

Además de estas dos colecciones existen otros Salzillos tan sugerentes como los mencionados; uno de ellos, San Roque, cuya trayectoria podemos reconstruir desde 1575, cuando el gremio de alparga-

teros, integrado en la Cofradía de San Roque, encargó al maestro escultor don Francisco Salzillo una imagen de San Roque, estofada y con su peana todo en talla, por la cantidad de 4.236 reales, detalle que recoge Sánchez Moreno, el cual narra cómo los hermanos mayordomos de esta Cofradía pagaron 1.264 reales con las limosnas recogidas para la imagen del santo y el importe de haber vendido la plata vieja que sobró. Estos datos, encontrados por Sánchez Moreno entre unos papeles y legajos, se guardaban revueltos con otros recibos de la Cofradía y objetos de altar dentro de un arca, de mediano tamaño, en el desván de la parroquia de San Andrés de Murcia que copió a finales del año 1935 y cuyos originales desaparecieron durante la Guerra Civil –1936-1939–.

Esta imagen de San Roque procede del convento de San Diego, regido por los franciscanos descalzos –conocidos por los diegos o alcantarinos, al regirse por las Observancias de San Pedro Alcántara– se establecieron en la ciudad de Murcia en una pequeña ermita de tablas, que inicialmente sólo tuvo en su interior un altar y una campana. El 1 de mayo de 1598 es el día que esta orden considera como el de su primera fundación en la ciudad de Murcia y es descrito por fray Antonio Panes de forma un tanto milagrosa.

Los descalzos recibieron la aprobación para instalarse del obispo Sancho Dávila Toledo y sobre un trozo de tierra moreal que les había donado el canónigo Juan Orozco levantaron esta primera ermita de tablas, colgaron una campana y levantaron un modesto altar, en el que se celebró la santa misa el día de su primera posesión: 1 de mayo de 1598.



Sin embargo, cuando los padres observantes del convento de San Francisco de Murcia y los recoletos de Santa Catalina del Monte, extramuros de la ciudad, tuvieron conocimiento de este hecho, consiguieron anular la primera fundación, pese a estar aprobada por el obispo Sancho Dávila. La segunda y definitiva posesión de los diegos o alcantarinos se produjo el 9 de enero de 1600, en la ermita de San Roque. En ambas ocasiones, los descalzos recibieron ayudas y favores de la ciudad de Murcia y del obispo, que al cederles la ermita de San Lázaro, situada junto a la de San Roque, les permitió construir el convento de San Diego y San Lázaro.

La inundación de San Calixto –14 octubre de 1651– no respetó ni casas ni iglesias, destruyó el convento de San Agustín, salvándose milagrosamente el convento de San Diego. Sucesivas inundaciones afectaron a toda la zona de huerta de los barrios de San Andrés y San Antón y sus consecuencias afectaron al convento de San Diego, que se hundió en 1820, siendo derribado en 1836. Sus escombros fueron utilizados para reparar parte de las murallas de la ciudad, ya que el convento estaba situado junto a la Puerta de Molina, destruida en el año 1725, desde la cual se iniciaba el camino que conducía a la villa de Molina. En el solar que ocupó el convento de San Diego, se construyó en 1868 la Fábrica de la Seda, Mayor o Grande, que estuvo abierta hasta 1968.

En la ermita de San Roque, en su único altar, se daba culto a este santo, que además de ser abogado contra la peste, era venerado por los pastores trashuantes y proclamado patrón del gremio de alpargateros y cordoneros de cáñamo de la ciudad de Murcia. El día de su festividad –16 de agosto– era llevado en procesión desde su ermita a la primitiva iglesia de San Andrés, dedicándole solemnes fiestas que duraban todo el día, siendo famoso el sermón que durante la santa misa pronunciaba uno de los oradores sagrados más destacados del momento. Sus fieles

le llevaban ofrendas de frutos, animales y dinero, y al llegar la tarde regresaban los romeros a sus casas y San Roque a su ermita.

Al hundirse en 1820 la ermita, la Cofradía de San Diego y el gremio de alpargateros, se trasladaron a la primitiva iglesia de San Andrés, instalando el santo en la capilla sexta, o primera de la derecha, según se entraba a la iglesia. Según Fuentes y Ponte la Cofradía de San Roque, cuando se produjo este traslado, contaba con ciento quince cofrades que disfrutaban de ciertos sufragios por el mero hecho de pertenecer a la Cofradía; esta imagen participaba en la Procesión del Corpus de Murcia.

El 30 de noviembre de 1887 fueron trasladadas las imágenes de San Roque, San Andrés, Purísima Concepción, San Diego, San Pedro de Alcántara, San Francisco de Asís y Santo Domingo de Guzmán desde la primitiva iglesia de San Andrés a la actual que lleva este nombre –antes de San Agustín–. Antes, el obispo de la Diócesis de Cartagena, Bryan Livermore, tuvo que vencer la oposición de una parte de los feligreses que se negaban a este traslado.

Eran las cuatro y media de la tarde de ese día y había llovido con intensidad desde la noche anterior, cuando se inició la procesión, abriendo marcha Enrique Clavijo, portando el estandarte; la presidencia fue ocupada por el párroco de San Andrés, José Cánovas, ante la insistencia del obispo, el cual, con un cirio en la mano, caminó detrás del último de los sacerdotes, pisando el barro de la calle y recibiendo la lluvia sin ninguna protección. Asistieron al traslado el Ayuntamiento de la ciudad, abundante clero, numeroso público y las dos bandas de música de los maestros Mirete y Raya, que tocaron durante toda la procesión.

Un periódico murciano publicó en esas fechas una imaginaria conversación entre San Agustín y San Andrés, en la cual éste pregunta al primero: “Pero y mi amigo San Roque, ¿dónde lo vamos a colocar? ¿Cabrará aquí el modesto gremio de los alpar-



gateros, con las muy ilustres cofradías y asociaciones de la Virgen del Amor Hermoso y del Santísimo?" San Agustín le contestó: "No tengas cuidado, Andrés; entendiéndose tu sacristán y el mío, la paz del Señor será con nosotros". San Andrés aceptó la propuesta, siendo consciente que uno de los dos sacristanes cesaría, confiando en que lo arreglase Nuestra Señora de la Arrixaca, porque si ella no puede, Dios no lo arregla.

Según Torres Fontes, esta talla de San Roque es de tamaño menor del natural, pues, incluida la peana, sólo mide 1,335 m. y lleva los atributos y símbolos del santo peregrino abogado contra la peste. Viste túnica sencilla con esclavina, amplio sombrero caído sobre sus espaldas, largo manto y sandalias con polainas que dejan al descubierto la parte superior de sus pies, sosteniendo en su mano izquierda el bordón de peregrino del que cuelga una pequeña calabaza vinatera. Un ángel en su lado derecho levanta la túnica para descubrir la llaga de apestado y en el suelo, un pequeño perro sostiene un pan en su boca.

Es producto de los años de madurez artística de Salzillo y presenta una imagen de ajustadas proporciones y apuesta figura, cabeza un poco inclinada hacia la derecha y abajo, brazos abiertos y cuerpo en actitud de movimiento, que contrasta con su pie izquierdo levantado, que apoya ligeramente sobre una peña, soportando el pie derecho el peso del cuerpo. Cuidada talla, primoroso modelado y acabado policromado. Sin poderla considerar como una de las obras más sobresalientes de Salzillo, reúne una serie de aciertos que desde sus acabadas líneas y representación anatómica, hechuras de su rostro, manos y pies, y movimiento de ropas, permite califi-

carla como obra de calidad y segura creación de Salzillo.

Esta talla no es la que originalmente presidiera el altar de la modesta ermita de madera, sino la encargada por el gremio de alpargateros a Salzillo, el mejor escultor de la época en 1757. La imagen de San Roque formó parte de la exposición de 1953 y en una

exposición antológica en la iglesia de San Andrés en 1973.

Terminamos este comentario celebrando un hecho trascendente para la Cofradía en este año 2003. El cabildo extraordinario del 7 de marzo ha aprobado la admisión de las peticiones de nuevos mayordomos, 45 en total, de los cuales, 31 son mujeres y 14 hombres, rompiendo una vieja tradición de cuatrocientos años, que tantos problemas planteó en numerosas familias cuyas hijas o nietas, queriendo participar como mayordomos en la Cofradía, se veían sistemáticamente apartadas

por su condición de mujer.

Bibliografía:

Fuentes y Ponte, J. *España Mariana, Provincia de Murcia, Parte primera*, Lérida, 1880. / Panes, Fray Antonio. *Crónica de la provincia de San Juan Bautista, de religiosos menores descalzos de la regular observancia de Ntro. Seráfico padre San Francisco*. Dedicada al Sacro, Supremo y Real Consejo de Aragón, Palencia, 1665. / Pérez Crespo A. y Laborda Peñalver S. *Un Huerto Árabe en la Arrixaca*, Murcia, 2002. / Sánchez Moreno, J. *Vida y obra de Francisco Salzillo*, Murcia, 1945. / Sánchez Jara, D. y Ayuso Vicente, L. *Salzillo*, Murcia, 1951. / Torres Fontes, J. *La imagen de San Roque, obra de Salzillo*, Murcia, 1961. / AA.VV. *Salzillo (1707-1783)*, exposición antológica, Murcia, 1973.



DETALLE DE ANGELOTE DE SAN ROQUE



La otra procesión

En contra de lo que muchos pudieran pensar, Nuestro Padre Jesús salió a la calle la Semana Santa de 2002. Salió, por supuesto, la mañana del Miércoles Santo, desde el convento de las Agustinas hasta la iglesia de Jesús, acompañado de numerosos cofrades y fieles que acudieron puntuales a esta entrañable, y desconocida por muchos murcianos, cita anual. Muchos de los que allí estábamos no pudimos contener una lágrima de emoción al aplaudir su entrada en el templo mientras sonaban los acordes del himno nacional y rezábamos un Padrenuestro. ¿Podría salir el Viernes la procesión?

El tiempo se predecía malo para el Viernes y los temores fueron tomando forma desgraciadamente cuando, en la fría y ventosa noche de Jueves Santo, empezaba a llover en la huerta y en la ciudad de Murcia después de que el Cristo del Refugio se recogiera en San Lorenzo.

Cuántos no pudimos conciliar apenas el sueño esa noche.

Amaneció nublado, pero sin lluvia, y como cada año mis padres me ayudaron a vestirme de nazareno. Pese a la amenaza del tiempo, el ritual se repitió con exactitud y a las seis y media, cuando empezaban a caer las primeras lágrimas de lluvia del cielo, ya estaba en la calle junto a Ignacio Riquelme y Santiago López camino de la iglesia de Jesús. A medida que nos acercábamos llovía más y temiendo la suspensión nos reunimos con Pedro Vidal en la esquina del Museo de Salzillo.

Los penitentes de *La Cena* y *La Oración en el Huerto* ya tenían sus cruces, pero nadie sabía lo que finalmente ocurriría. Las miradas al cielo y a los charcos eran constantes; la preocupación se reflejaba en los rostros; el desconcierto aparecía en el nazareno que se vestía por primera vez... Pero a pesar de todo, los cofrades queríamos mantener la esperanza.

Sin saberlo, la otra procesión había comenzado a las siete en punto, las seis hora solar, como rezan las Constituciones de nuestra Cofradía. Desde ese instante nos cargamos con una cruz no deseada por nadie, invisible, pero mucho más pesada y dolorosa



DETALLE DE SAN PEDRO. "PASO" DEL PRENDIMIENTO

que las que se apilaban en perfecta formación en el lateral de la calle Doctor Jesús Quesada esperando a ser cargadas.

Eran las siete y media cuando un mayordomo de barba blanca se acercó a comunicarnos la noticia. El suelo estaba muy resbaladizo y era arriesgado sacar los "pasos" a la calle, por lo que se había tomado la



decisión de suspender la procesión. La emoción contenida y el dolor se notaban en cada palabra de su voz, firme y, sin embargo, a punto de quebrarse. Todos escuchábamos atentos, formando un círculo en torno a él con un nudo en la garganta. A medida que avanzaba la procesión, la cruz se hacía más pesada en el corazón.

Nadie quería irse. Una multitud morada continuaba en la calle, bajo el cielo nublado, mientras nuestro Titular y los “pasos” de Salzillo permanecían en el templo para ser visitados por cuantos murciaños quisieran. La procesión seguía en la mañana del Viernes Santo.

La mañana más hermosa y la más triste de la Semana Santa continuaba. Los “moraos” desfilábamos silenciosos por las calles desiertas y aún moja-

das camino de nuestros hogares. Desconcertados, cabizbajos, tristes, como los discípulos del Nazareno hace casi dos mil años, pero orgullosos de haber acudido a nuestra cita de siglos con Nuestro Padre Jesús.

¿Quién no derramó una lágrima aquella mañana? Al saludar a los que en casa esperaban conociendo la noticia, al ver caer al suelo los caramelos, al despojarse de la túnica en la habitación, al darle a la novia un pin de la cofradía y ver cómo se lo ponía en su pecho...

Y el sol empezó a brillar, y Jesús no estuvo solo aquella mañana, porque la otra procesión salió, y la vivimos con tanta intensidad y emoción como en siglos anteriores se hizo y como nosotros y los que ocupen nuestro lugar vivirán en los venideros si Dios quiere.



LA CENA ENTRANDO EN LA PLAZA BELLUGA



Cuento de Semana Santa

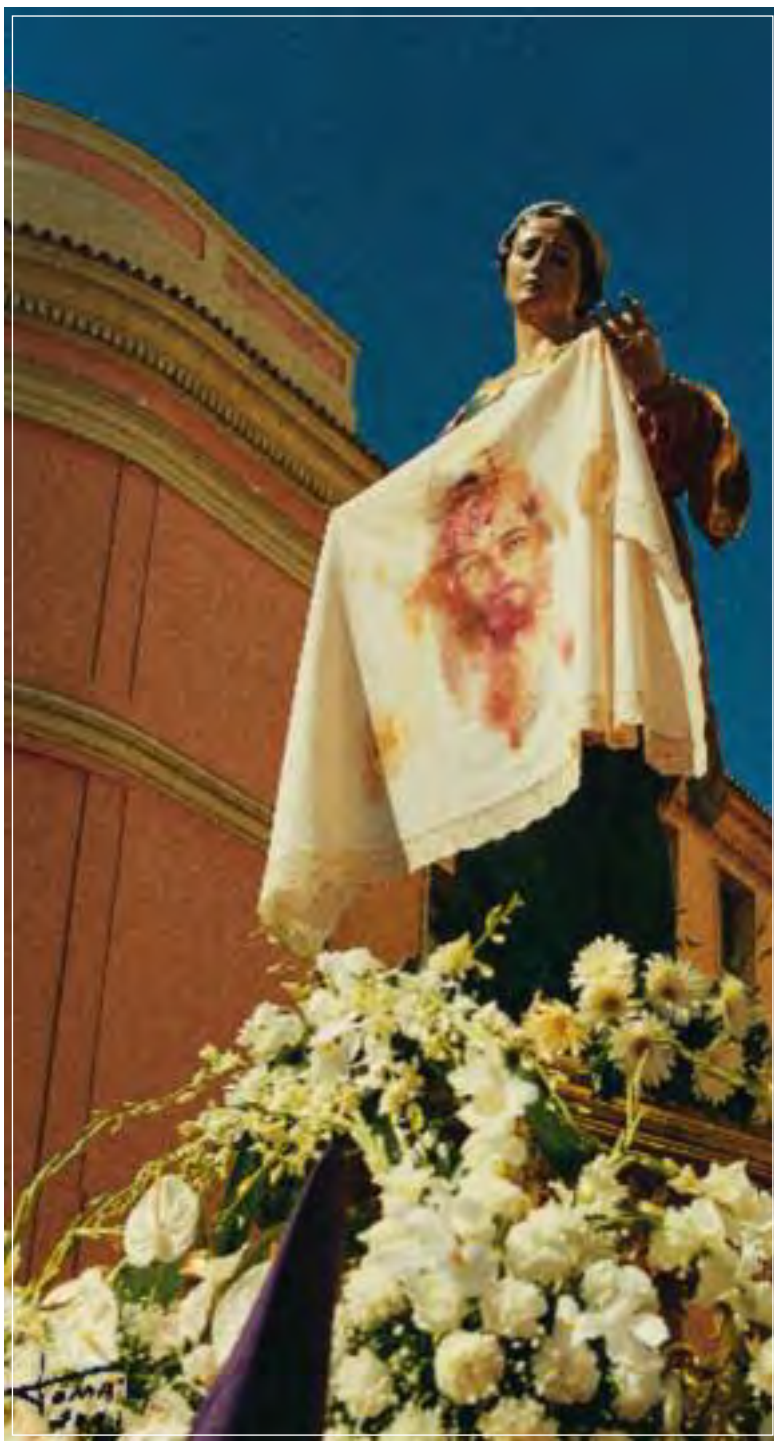
Venía yo de limpiar mis instrumentos en el río tras haber concluido mi trabajo en la cantera. Había sido un día cansado y duro para mí y me moría de ganas de regresar a casa. Ya se me hacía la boca agua con sólo pensar en la rica cena que mi mujer habría preparado.

A todo esto, a mitad del camino me encontré con la fila de condenados que periódicamente atravesaba la ciudad camino de su encuentro con la justicia.

Como aún faltaba tiempo para la hora de cenar quise distraerme un poco antes de volver, a pesar del cansancio; por ello decidí quedarme junto con otros muchos ciudadanos a formar un corredor humano a ambos lados del camino.

Todo estaba en silencio. A pesar de que mucha gente abucheaba y gritaba y se burlaba de los condenados, la sensación era de que todo quedaba en silencio. Los que no gritaban, entre los que me incluyo, miraban fija y cruelmente a los condenados, como si de esa manera pudieran demostrar a esos criminales su odio, condena y desaprobación hacia ellos, y es que estaban de verdad indignados con unos individuos, en teoría de su comunidad, que habían osado romper sus leyes y provocar el mal en los demás.

Como yo también lo estaba participaba de las miradas indignadas y del resto de actos silenciosos de desapropa-



LA VERÓNICA



ción. Entonces se oyó proveniente de mi izquierda un alboroto entre los ciudadanos, alboroto que se acercaba y era cada vez mayor.

La raíz de esto la pude ver cuando dobló el recodo del camino y se apareció a nuestros ojos, a lo lejos; venía a ser un condenado que causaba especial expectación entre el público; vestía una túnica morada y sus verdugos le habían colocado una corona de espinas en la cabeza; pude apreciar por sus múltiples heridas y manchas de sangre que había sido azotado de una forma inusual, como pocas veces se había hecho; tanto era así, que apenas podía sostenerse en pie, y los soldados no habían tenido más remedio que disponer de un aldeano para que le ayudara a transportar la pesada cruz que llevaba sobre los hombros.

Ante el estruendo que formaba la gente a su paso pensé que se trataría de un criminal de la peor calaña o quizá alguien que había tenido un juicio injusto y una injusta condena. Por suerte, esta duda se esfumó cuando por casualidad escuché un fragmento de la conversación que mantenían un par de campesinos que se encontraban a mi lado. Tras esto me decanté por la primera posibilidad. Decían que se trataba de un hereje y un sacrílego, y además de los peores, puesto que no sólo afirmaba ser el hijo de Dios, sino que inducía a las personas a incumplir normas que llevábamos practicando desde los tiempos de Moisés. Las autoridades romanas y los sacerdotes no gustaban de esto, y sinceramente pensé que cuando esto era así, por algo sería, algún motivo tendrían; después de todo, no hay humo sin fuego.

De pronto, ante el asombro mudo y de grandes ojos por parte de todos los que allí estábamos, una joven muchacha esquivó a los guardias y secó con un paño el sudor del rostro de este polémico condenado. Inmediatamente, un soldado, agarrando su lanza con las dos manos, empujó a la muchacha con la madera del arma y la tiró al suelo, donde quedó

arrodillada y llorando en mitad del camino. De forma casi inexplicable, absolutamente todo el público quedó mirando al soldado y a cómo intentaba solucionar un pequeño desajuste que había sufrido el pilum con el golpe. De modo que fui la única persona que vio cómo la muchacha miraba con cara de infinito asombro el paño que sostenía entre las manos. Tras fijarme más descubrí que esto se debía a que en el paño había quedado impreso de alguna forma milagrosa el rostro del condenado justo en el momento en que fue limpiado. Asombrado yo también miré al condenado y advertí que él a su vez me miraba, para después señalarme con la mirada el paño. Entonces, una voz que nunca había oído, una voz cálida, serena, profunda resonó en mi interior: "Ésta es mi Verdadera Imagen". Después, cuando pasó frente a mí, me habló con estas palabras: "¿Comprendes ahora?", y resultó ser la misma voz que yo había oído en mi mente. Ante la ruptura de la norma, y quiebra del silencio, un verdugo le asestó un latigazo en pleno rostro que le hizo un corte inclinado. Y sólo yo vi cómo, mientras el condenado me miraba, la sangre que manaba de su herida volvía a entrar y el corte se cerraba. Y volví a oír su voz en mi cabeza: "Sígueme". Tras ello se alejó y desapareció tras un recodo del camino, y no lo vi nunca más, aunque su fin fácilmente lo podemos adivinar. A partir de ese día, yo y mi familia, en secreto, hemos cumplido lo que nos pidió y lo hemos seguido, a él y a su fe y espero que esto siga así durante el resto de generaciones venideras.

Aún recuerdo a la perfección, después de todos estos años, cómo, después de este episodio y cuando todo el mundo se había marchado, me acerqué a la muchacha, a la que fue responsable de todo el posterior desarrollo de mi fe, que bajaba llorando la colina, llanto que yo compartía prudentemente sólo en mis adentros. Recuerdo que le pregunté su nombre, y que ella me contestó sencillamente, con una voz dulce y clara: "Verónica".





El “otro” Salzillo

Quisiera echar la vista atrás e incrustado en el pasado vivir con la persona que me inculcó el espíritu nazareno, sus viejas reliquias del ayer, aquellos recuerdos que permanecen en sus crines blancas ya caducas, a sus casi noventa años, repletos de vivencias, transportarme a aquellos días de hambre, donde las desventuras del estómago eran tales que la Semana Santa era algo más que una religión, una promesa para las vacantes despensas que bostezaban famélicas allá por tiempos de guerra, tantas historias lejanas o del ayer más reciente, que en su boca se hacen realidad.

Tengo tantas anécdotas de mi viejo rey, que serían muy largas de contar... La de aquella pista de patinaje desde la Glorieta hasta la plaza Belluga, el año de la lluvia, cuando los estantes a su mando estábamos dispuestos a llegar a la Catedral de rodillas; la ovación de las “cuatro esquinas”, cuando pasamos los obstáculos casi insalvables de una Murcia, como casi nunca en obras... Pero hay una que me van a permitir que lo haga, porque entre las líneas habla de él, de su vocación nazarena, de su orgullo de murciano y sobre todo por su “Cena”... Corría un día cualquiera del otoño murciano, mi suegro, jubilado ya, andaba por las calles de su Murcia, cuando a golpe de “Mercedes” se le acerca un coche a la acera. Dentro un matrimonio alemán, en busca de carnaza para su máquina de fotos.... “¿Tú saber dónde está Salzillo?” Mi suegro, que “domina” el alemán a la perfección, ni corto ni perezoso, y en vista de su caduco saber direccional, se subió al coche y, señores, dirección al Museo de Jesús. Llegada, aparcamiento y mi viejo rey de guía turístico.

Les contó toda la historia desde que el cuestionado Salzillo andaba a gatas con su padre, Nicolás, hasta que Paco Rabal le sustituyó en su rol televisivo... Les explicó desde las venas en los músculos de San Pedro, las miradas de Cristo, el ángel de *La Oración*, pasando por los angelillos de *La Dolorosa*, por la pantagruélica comida de *La Cena*, con cordero melenudo de piel, ensaladilla de merluza, higos chumbos, melones de Torre Pacheco, limones conejales, tomates de Mazarrón, copas mágicas donde el vino permanece todo el trasiego de las calles murcianas, lechugas, fresas, piña y otros enseres, los capullos de seda del trono de *Nuestro Padre Jesús*, los dátiles de *La Oración*, la melena del Cristo de *La Caída*, las lágrimas de *La Dolorosa*, hasta el sexo de *San Juan*. Tal fue la gratitud de los alemanes por la labor del embajador, que le invitaron a comer al entonces Rincón de Pepe. Mi suegra de los nervios, a punto de llamar a Paco Lobatón, en busca del desaparecido viejo, con la olla gitana en la mesa y sin aparecer; antes no existían móviles, ni creo que mi viejo Rey los hubiera utilizado.

Eran las cuatro cuando yo salía a trabajar y veo bajar al viejo de un “Mercedes”. Hablaban como si les pasara algo en la boca, un español alemanizado y un panochista murciano. A veces pienso el idioma en el que debieron hablar las cuatro horas que estuvieron juntos... Se bajó del coche y no se cuántas veces le agradecieron desde la ventanilla. Parecía el Mesías para aquellos “guiris” tan gratamente recompensados. Recuerdo que cada Navidad recibe una postal de aquellos alemanes, desde hace casi 22 años, y son de los “pasos” de Jesús. Se



llevaron medio Museo en recuerdos, y para ellos Murcia es Salzillo, sus figuras de Semana de Santa y su Belén.

Recorrer su hogar es casi pasear por un pequeño museo de la Semana Santa murciana. Se respira el aroma de azahar de la primavera, el susurro de tambores, el olor a monas recién hechas, a caramelos, se huele al malva de Nuestro Padre Jesús, en sus títu-

los, en sus fotografías, en esas paredes que hablan de un pasado que duerme callado para los que quieren escuchar su particular ayer... Ese que se viste de mañanas de Viernes Santo, de tantas y tantas anécdotas, y recuerdos que cuenta a quien le aprecia, a quien siente igual, a quien guarda un hueco en su corazón para ese Jesús hecho vida de las manos de Salzillo que recorre cada Viernes Santo las calles de





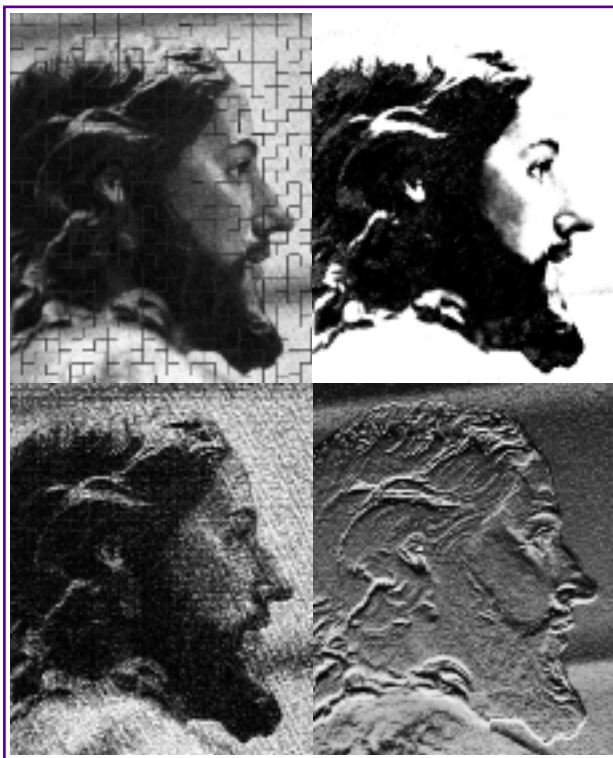
Murcia... En su sombra se erige su figura apasionada por esa "su procesión".

En ocasiones habla mi viejo rey de su amigo Paco Rabal. Seguro que lo estará esperando allí arriba para acompañarlo en su manifiesto de murcianía, para convertir el cielo en las calles de Murcia... Y veremos sino un día muy lejano oímos los tambores repicar y el estandarte de Jesús caminando entre las nubes, *La Cena* andando entre las angostas avenidas de algodón y Paco colocando la datilera de *La Oración* dirigiendo el "paso", ordenando en las varas a los estantes que portan "sus figuras". Esas que con tanto sentimiento esculpió a golpe de fotograma. Llegará un día, que ojalá tarde mucho, que anden de relato en relato, de historia en historia, sentados bajo la luna, a la sombra de las estrellas, que se hundan en su Murcia y que sus bocas se llenen de pasado, historias del ayer, que nunca olvidarán.

A veces, leyendo el viejo Cebolleta, recuerdo y añoro esas estampas de la Murcia antigua, la de blanco y negro, la del esparto y huertas, la de carros y carretas por la Gran Vía, la de las habas y huevos en el buche, las de la guerra, las de las mañanas lluviosas, tantas y tantas... que con gracioso desparpajo cuenta, las de cincuenta y ocho años vistiendo la túnica morada (salió como estante en el año 1933 y tras la interrupción de la guerra volvió a salir a partir de 1939, y desde 1967 hasta 1991 como cabo de andas, año en que yo cogí su testigo hasta la fecha actual), él me inculcó su amor a esta

procesión, me dio una experiencia inolvidable, que creo he sabido llevar a la práctica durante estos casi cuarenta y dos años a mis espaldas, me ha hecho sentir como un poco mío este legado de Salzillo, como hermanos a todos mis estantes, involucrarme en una historia que me era ajena y que ahora siento en mi interior como otro pequeño "salzillo", poniendo un minúsculo grano de arena, que durante todo el año alimento para que cada Viernes Santo no sea uno más, sino un sentimiento, ese que te obliga a llorar de impotencia, cuando en ocasiones, como el año pasado, la lluvia impidió poner en la calle la procesión. Era increíble, ver la situación de congojo, de humilde serenidad, de señores como templos, con los ojos enrojecidos, al ver que su ilusión de un año entero se veía rota por las circunstancias meteorológicas, o la sonrisa en sus rostros cuando al terminar recogen en su interior la recompensa del trabajo bien hecho, dejando en cada vara un trozo de su esfuerzo. Eso es SENTIMIENTO NAZARENO, el sueño de todo cofrade, que lleva

incrustado en su corazón un trozo de esta su procesión. Por esto, a ellos, a los nazarenos con mayúsculas, como mi suegro, como todos los estantes que sienten en cada uno de los poros de su piel, el color morado, va dedicado este artículo, porque ellos son los otros "Salzillos" quienes esculpimos cada Semana Santa a golpe de pasión, por las calles murcianas, ese SENTIMIENTO NAZARENO. A todos ellos, gracias de todo corazón.





A los sones del “Abuelo”

La procesión avanza como un reguero morado que serpentea por calles y plazas salpicándolas del arte de Salzillo. Han salido, como por arte de magia, de la Iglesia de Jesús, los “pasos” de *La Cena*, *La Oración en el Huerto*, *El Prendimiento*, *Los Azotes*, *La Verónica*, *La Caída*... En el interior del templo aguardan su turno *San Juan* y *La Dolorosa*. Nuestro Padre Jesús se asoma al dintel del templo, recibiendo el impacto dorado de la luz esplendente del Viernes Santo murciano. Suena un golpe de estante. Los mayordomos se aprestan bajo el trono. Ya está en la plaza San Agustín. Suenan las notas inconfundibles de la más popular entre las marchas pasionarias: “Nuestro Padre Jesús”.

Seguro que muchos espectadores y no pocos cofrades están convencidos de que esta hermosa y pegadiza composición del maestro Emilio Cebrián es una especie de himno compuesto para acompañar al imponente Nazareno por las calles de Murcia. Pero no es así.

Emilio Cebrián Ruiz nació en Toledo el 1 de octubre de 1900 y murió prematuramente en Llíria, Valencia, el 3 de octubre de 1943. Inició los estudios de Música en su ciudad natal y siendo aún muy joven ingresó en la Banda de Música de la Academia de Infantería de Toledo. A los 24 años ganó por oposición la plaza de director de la Banda Municipal de Talavera de la Reina y a los 32, la dirección de la de Jaén. Ese mismo año compuso la música del Canto a Jaén, adoptado en 1935, por acuerdo del Ayuntamiento, como Himno de Jaén.

Entre otras muchas composiciones, de carácter popular, es autor de cuatro grandes marchas proce-

sionales: “El Abuelo” (más conocida como Nuestro Padre Jesús), de 1935, que es objeto de este trabajo; “Cristo de la Sangre”, de 1941, dedicada a la imagen de igual denominación de la localidad toledana de Torrijos; “Macarena”, de 1943, dedicada a la popular Virgen sevillana, y “Jesús Preso”, compuesta también el mismo año de su fallecimiento, y dedicada a la imagen jiennense de igual nombre.

“El Abuelo”, verdadero nombre de la marcha de procesión a la que llamamos “Nuestro Padre Jesús”, fue estrenada por la Banda Municipal de Jaén en un concierto ofrecido en la plaza de la Constitución (o Santa María) el día 10 de noviembre de 1935, lo que quiere decir que dentro de dos años cumplirá 70. En el mismo concierto se estrenaron “María”, marcha religiosa; “El Rápido”, pasodoble andaluz, y “García Gómez”, pasodoble militar.

Según los expertos es “obra clásica e imprescindible en cualquier antología de marchas procesionales. Destacan en esta pieza su solemnidad, el fuerte de bajos y el trío, donde se incluyen compases del Himno a Jaén, obra del mismo autor”.

La marcha está dedicada a la imagen de Nuestro Padre Jesús Nazareno de Jaén, llamado “El Abuelo”, titular de la Antigua, Insigne y Real Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno y Nuestra Señora de los Dolores. La venerada imagen es de desconocido autor, y se data en el tramo final del siglo XVI. Es talla completa, con todo el cuerpo desnudo presentando las huellas de la flagelación, pero preparada para ser vestida, por lo que brazos y hombros son articulados. Lleva una corta cabellera tallada debajo de la peluca, luce una túnica de terciopelo ricamente bordada y carga con una enorme cruz que le ayuda



a transportar una imagen de Simón de Cirene. La procesión sale de la Catedral en la madrugada del Viernes Santo, todavía de noche, y realiza un largo recorrido por el casco viejo de la localidad, con los “pasos” de *Jesús Nazareno*, *La Virgen de los Dolores*, *San Juan* y *Santa Marcela* (nombre que dan los jienenses a la Verónica).

La Cofradía de Jesús Nazareno fue fundada en el convento de San José, de carmelitas descalzos, en el siglo XVI. La primera constancia documental de su existencia data del año 1594, si bien no contó con

estatutos formalmente reconocidos hasta el año 1704. Reside en la Catedral de Jaén desde el año 1970. Los nazarenos visten túnica, capuz y guantes negros y cingulo amarillo.

Confío en que estos datos resulten de utilidad para conocer algo de una de las Cofradías de Jesús Nazareno más populares de España y, en especial, para ilustrar a los cofrades sobre el origen y dedicación de esa preciosa marcha procesional que acompaña al Señor en su piadoso itinerar por Murcia de la mañana del Viernes Santo.



NUESTRO PADRE JESÚS FRENTE A LA CATEDRAL



Canto a los ojos

Puertas francas sin cerrojos,
quien quisiera conocer
el espíritu de un ser
que busque el alma en los ojos.

¿Y cómo no puede ser
si todo un poema infinito
guardan para el hombre escrito
los ojos de una mujer?

¿A qué alma enamorada
o a qué corazón violento
o a qué muerto sentimiento
no dio vida una mirada?

Plega el párpado su broche
cual su cáliz plega umbría
la flor al dormirse el día
en los brazos de la noche.

Si se cubre en su capuz
la mirada que se esconde
luego al abrirlos... ¿De dónde
cobran los ojos la luz?

¡Del alma! y es natural
que así en su mirar profundo
hayan los ojos del mundo
a la mansión celestial.

Los negros cuánta tristeza
dan a quien rinden tributo
con tal color pintó el luto
o siempre la naturaleza.

Los azules con qué anhelo
miran y en su mirada
nos reflejan la azulada
inmensidad de ese cielo.

O de las olas imitan
el misterioso color...
Esos matan por amor
y por amor resucitan.

Los pardos con su artificio
ya te atraen, ora te alejan
y alternativos reflejan
que trastornan tu juicio.

Pues no sea tu pena mucha
ni te asusten sus manejos
porque esos son los espejos
de un espíritu que lucha.

En tres colores que ofrecen:
ojos azules que matan
ojos pardos que arrebatan
ojos negros que entristecen.

Ojos que me dan consuelo
pero un consuelo que aterra
que al mirarlos en la tierra
me siento elevar al cielo.

Y pues que causan dolores
y nos hieren como abrojos
la mirada de los ojos
opto por los tres colores.

Que en la herida entre el dolor
vienen a un tiempo a ofrecer
una vida de placer
o casto e infinito amor.

De azules cuando sucumba
miradas mil de consuelo
pero de negros de duelo
miradas quiero en mi tumba.

Los unos para gozar
los otros para sentir
y mirarlos al reír
pero no verlos llorar.





La música y las demás bellas artes

Puede asegurarse, sin temor a error, que la música es la única de las bellas artes consideradas clásicas, esto es, junto a la pintura, arquitectura y escultura, que tiene conexión directa con todas ellas, así como, también, con las que, mucho después, se incorporaron a las reales academias: teatro, cinematografía y sus derivadas. Esta propiedad de la música puede que le venga dada por su carácter temporal, y por lo tanto evanescente e intangible, frente al espacial de las clásicas y al mixto de teatro y cine.

La circunstancia de que el fluido sonoro, musical, llegue a hemisferio del cerebro distinto del que recibe a las artes de percepción visual puede ser la causa que posibilite la perfecta armonización de una y otras de tal manera que la música potencie la emoción –más o menos intensa– que siempre se experimenta ante la contemplación de la obra de arte percibida por el sentido de la vista.

En los estudios de museología debiera incluirse los de introducción de la música, debidamente seleccionada y regulada en su volumen, en todos los museos y así, además, se conseguiría el silencio del público asistente. Pero habría de ser una música

específica que huyera del pintoresquismo programático. Que no tratara de describir sonoramente figuras, paisajes o situaciones y que, en cambio, contribuyera a establecer un paralelismo sensorial entre las impresiones visuales y auditivas de forma que elevara el goce estético que las personas sensibles perciben ante la contemplación de la obra de arte.

La música, pues, es, y siempre debe ser, aliada de

las artes espaciales y tiene la misión de estimular sensaciones ante el fenómeno artístico. De ahí que esta misión deba extenderse fuera de los museos hacia la obra arquitectónica. Puede imaginarse el saludable efecto que produciría la contemplación del magnífico Palacio de Comunicaciones, en la madrileña plaza de la Cibeles, con abstracción de ruidos, escuchando la *Sinfonía* de César Franck, por ejemplo. O el Palacio de

Oriente con el poema “Así hablaba Zaratustra”, de Ricardo Strauss, al fondo. Pero es mayor aún en el campo de la pintura, en el museo, donde la música puede ser elemento de suma importancia excitativa.

Piénsese que la enigmática mueca de la famosa *Gioconda* se comprendería mejor escuchando, póngase por caso, el segundo tiempo de la “Sonata en sol menor”, para piano, de Roberto Schumann, y hasta



“CONCIERTO BARROCO” DE ÁNGEL HERNANSÁEZ



sería posible justificar e incluso descubrir el misterioso gesto. En el mismo sentido podría imaginarse el encanto que ante las pinturas de Velázquez lograría la música de Vivaldi o de Corelli, o corales de Bach, mirando y admirando tablas flamencas del siglo XVI. Más hacia tiempos próximos, las marinas de luz cegadora que creara Sorolla adquirirían hasta una nueva *dimensión* escuchando cualquier música rica en matices como pudiera ser el nocturno “Sirenas”, de Debussy, pero considerando que con tal música no debiera nunca tratarse de describir detalle pictórico alguno, sino, más bien, la sensación que en el ser humano experimenta la contemplación de la naturaleza idealizada por el artista.

A propósito de Debussy y tratándose de pintura, bueno será recordar que el gran músico francés, enamorado, por cierto, de España, casó música y pintura iniciando así un movimiento en la manera de concebir la creación de músicas que le alejaba casi totalmente del clasicismo tonal y hasta formal, extendido, incluso, a los límites del romanticismo, para liberarse de toda ligadura normativa que impidiera la absoluta libertad de expresión; libertad de conceptos que en la pintura tuvo su reflejo en el famoso cuadro de Claude Monet “Salida del sol” y que subtítulo “Impresión”, con cuyo cuadro y subtítulo se inició todo un importantísimo movimiento artístico, el Impresionismo, que, por lo que a la música se refiere, puede asegurarse que contiene todos los resortes necesarios para creaciones absolutamente liberadas y que por lo tanto permiten aglutinaciones sonoras simultáneas libres y sin compromiso resolutivo, con lo que adquieren la máxima capacidad expresiva. Después de esta, que pudiera



TAMBORES

denominarse, trascendente evolución, nada nuevo, estimable, ha acontecido.

En cuanto a la escultura, y dado el destino de este trabajo, parece obligada especial atención a la imaginaria religiosa, pero sin olvidar que cuanto queda escrito respecto de la pintura es extrapolable a la escultura de museo.

La música es esencial en los desfiles procesionales. Pudiera decirse que adquiere una dimensión especial, difícilmente alcanzable en otras ocasiones. En las procesiones nocturnas sirve de monótono contrapunto a la elegíaca melodía de la marcha –siempre en modo menor– el tintineo de los cristalinos prismas, golpeando entre sí y contra las tulipas luminarias de los “pasos” del Crucificado, principalmente, y que parecen semejar *gotas sonoras* que acariciarán el rostro muerto de Jesús.

Puede asegurarse que la música alcanza su cenit en los cantos corales al Cristo del Refugio, en la Procesión del Silencio. Cantos de perenne y sutil eco en la noche del Jueves Santo, cercano o presente el plenilunio que platea con su luz las piedras del bellísimo imafrente de la Catedral.



Por el contrario, en la luminosa mañana del Viernes Santo “los salzillos”, convierten en itinerante museo casi la ciudad entera. La música se transforma por momentos en desgarrado grito que surge de las bocinas, acompañadas siempre de peculiares toques de tambor.

La bocina, que no es sino una especie de larga trompeta de tubo cónico y que termina en ancho pabellón, produce sonidos claros agudos y penetrantes. Aunque en las procesiones murcianas viene utilizándose desde el siglo XVIII era instrumento cono-

cido en la Edad Media, si atendemos a que en la famosa “Canción de Rolando” se hace mención al sonido de *claras bocinas*.

Equivocadamente se ha achacado a los toques de bocinas la equiparación a la burla de sayones y populacho a Jesucristo en su Pasión, cuando solamente tienen significado de llamada o convocatoria.

José Verdú, en su “Cancionero Popular”, incluye los toques de llamada y marcha. Los armoniza a dos voces, en la tonalidad de sol mayor, pero la realidad

es que los tres o cuatro bocineros que intervienen, seguramente por deficiente formación técnica, producen en toda la monodia un disonante *semitonado*, merced al cual suenan simultáneamente ambos modos, en cuya imprecisión modal puede residir su original encanto. Los tambores *ofician* de estribillo y son golpeados por palillos de dura madera que consiguen opacos sonidos del instrumento, cubierto de tela, alternados con rítmicas percusiones de un palillo contra el otro, consiguiendo un sonido parecido al de la *caja china*.

Preciso es poner fin a este modesto ensayo, un tanto imaginativo, pero nada elucubrate, resumiendo y polarizando cuanto aquí se ha escrito en el magnífico cuadro de Ángel Hernansáez “Concierto barroco”, en el que el genial pintor murciano expresa, magistralmente, la aglutinación de música y pintura en la que el pincel se *hace* sonido y la música, presentida, se convierte en bellísima imagen.

Toques de bocinas
de las Procesiones de la Semana Santa
Llamada o convocatoria

31

Losco y Verdú

José Verdú



Las luces de Viernes Santo

Viene el anterior título a glosar las diferentes luces que son dadas a contemplar la mañana de nuestro Viernes Santo murciano.

La primera que vamos a vislumbrar, ya que por su intensidad tan baja es todavía un conato de luz y al mismo tiempo un presagio del día que se avecina, con su color dominante, es el morado del amanecer en la primavera murciana cuando el sol es una promesa, no una realidad en la mañana y al levantarnos lo primero que hacemos es mirar hacia levante para calibrar qué tiempo nos va a hacer en un día tan señalado, tanto que para muchos de los que integramos la Cofradía es el DÍA.

Tenemos luego otro matiz de luz que sería el gris que es el que se enseño de la ciudad, cuando vamos camino de nuestra iglesia con la ilusión renovada de años para formar nuestro desfile. Este gris podríamos decir que es el que sigue al anterior morado, ya que el día todavía no ha eclosionado en toda su panoplia de colores y los rayos del astro rey no despuntan lo suficiente.

Vemos ya un azul incipiente cuando ya está parte de nuestra procesión en la plaza San Agustín, con su estandarte mayor a mediados de ella y *La Cena* esperando el paso de su hermandad de penitentes, para incorporarse el río morado que discurre por las calles de la vieja Murcia hasta bien pasado el mediodía.

Otro azul ya casi pleno lo advertimos mediada la salida; dicho azul pasa a ser una realidad cuando los rayos de sol penetran en la iglesia silueteando la imagen o grupo de ellas que esperen en la puerta. Aunque la tradición manda que sea *La Dolorosa*, no

siempre sucede así, formando dicha luz al entrar uno de los efectos más emotivos para mí al mezclarse con el polvo en suspensión y el murmullo de los ya pocos mayordomos y estantes que quedan dentro junto con el ruido seco de las muletas en el suelo al sacar los “pasos” de sus carrillos a la orden del estante mayor o cabo de andas, juntándose todo ello con los destellos que forman los rayos de sol al incidir en la lámpara situada en el centro de la iglesia.

El azul cenital, se consigue al paso de la procesión por la plaza Cardenal Belluga con su retablo maravilla de propios y foráneos que es la fachada barroca de nuestra Catedral rematada por su torre, proporcionando uno de los momentos de mayor impacto visual de nuestra Semana Santa al conjugar el azul del cielo, el ocre y granito de la Catedral, el almagra del Palacio Episcopal y el morado de nuestras túnicas con la policromía de las imágenes salidas de la mente y mano del genial Salzilla, que con un toque justo y elegante de arreglos florales emborrachan nuestra vista.

Pasamos por un azul más desvaído al atravesar Trapería y Platería, ya que la luz no tiene la intensidad que por la hora del día debiera tener, al ser unas calles estrechas, pero que sirven de anuncio a la explosión de luz, matices, sonidos, aromas y por qué no sabores, en las calles Sagasta y San Nicolás producidos por la ingestión accidental del fino polvillo producido al pisar en la arena que por nuestra seguridad vierte el Excmo. Ayuntamiento, que se produce en estas calles y en las plazas anteriores Santa Catalina y de las Flores y configuran la Murcia señorial de los siglos anteriores al XX, una de las tribunas



privilegiadas, junto con el tramo comentado en el anterior párrafo, para la observancia detenida del desfile.

Llegamos al final y nos queda quizás la más oscura de todas las luces y no por ello lúgubre, y es la que reina al llegar a Jesús, dentro de la iglesia con su penumbra gratificante que nos hace descansar y estar satisfechos del deber cumplido otro año haciéndonos anhelar el inicio del ciclo descrito al principio

de estas letras, esperando que pase otro año con la brevedad de los que esperan cosas buenas y no desesperan en ello.

Como es natural, estas imágenes que han pasado por mi vista y he intentado plasmar en unas letras están referidas a uno de esos días impolutos de la primavera murciana, ya que escribir de los grises y lluviosos, que también los hemos tenido, sería tema de una próxima redacción.



"PASO" DE LA CAÍDA. PLAZA DE LAS FLORES



Sentimiento por la Cofradía

Con motivo de la transformación del Batallón de Instrucción Paracaidista el 1 de enero de 2003, en la unidad de formación paracaidista dependiente de la Academia de Infantería, en su misma ubicación y con los mismos cometidos, he querido aprovechar la ocasión que nos brinda nuestra revista para redactar estas líneas y dar a conocer una parte de nuestra procesión, cual es la participación de los paracaidistas en la misma.

La llegada de la Brigada Paracaidista a estas tierras se produce en el año 1960, al crearse la Tercera Bandera "Ortiz de Zárate" que pasa a ubicarse en el acuartelamiento "Jaime I El Conquistador", en la calle Cartagena de nuestra ciudad, permaneciendo aquí hasta finales de 1964.

Sobre la base de una de las compañías de dicha bandera se crea la unidad de depósito e instrucción en el mismo lugar, con un pequeño destacamento en el Campamento "Santa Bárbara" junto a la pedanía murciana de Javalí Nuevo, y es el 19 de julio de 1971 cuando se transforma dicha unidad en el Batallón de Instrucción Paracaidista.



BRIGADA PARACAIDISTA PORTANDO A NUESTRO PADRE JESÚS

El 1 de enero de 2003, la Tercera Bandera de la Brigada Paracaidista se trasladó desde Alcalá de Henares a Javalí Nuevo, regresando así al lugar donde tuvo su origen, compartiendo actualmente el acuartelamiento "Santa Bárbara" con la unidad de formación paracaidista y una unidad de servicios.

Ya desde su presencia en Murcia la Brigada Paracaidista participó en la procesión del Viernes Santo en alguna ocasión, motivado porque la misma la presidía el jefe del estado, en su representación el gobernador civil, y siempre asistía

una unidad militar para rendirle los honores correspondientes y desfilar.

El año 1983 fueron nombrados mayordomo de honor y cofrade de honor de la Cofradía de Nuestro Padre Jesús el general jefe de la Brigada Paracaidista y el Batallón de Instrucción Paracaidista, respectivamente. A partir de dicho año, el Batallón de Instrucción Paracaidista ha participado ininterrumpidamente en la procesión de la mañana del Viernes Santo con escuadra de gastadores, banda y piquete y a partir del año 1993, sus oficiales y suboficiales, junto con su teniente coronel jefe como cabo de



varas, recibieron el alto honor de ser los encargados de realizar “el traslado” de Nuestro Padre Jesús a la iglesia de las Agustinas.

Todos los paracaidistas que han participado en dichos actos, se han sentido muy orgullosos de poder portar al titular de la Cofradía y comprobar año tras año el cariño que las gentes de Murcia les profesan a su paso por las calles de la ciudad, exteriorizado en los aplausos que reciben, pues además del esplendor que supone sacar los “pasos” en la mañana del Viernes Santo, parecería que le falta algo a la procesión si como colofón no vinieran los para-

caidistas cerrando la misma y contribuyendo con su participación a engrandecer más si cabe dicho acontecimiento.

Este año, la Tercera Bandera “Ortiz de Zárate” toma el testigo del Batallón de Instrucción Paracaidista. Con su presencia continuará con esta tradición, sus hombres apreciarán desde el primer momento el gran honor que supone poder participar en dichos eventos, sintiéndose totalmente integrados como parte de la Cofradía y observando que las gentes, al pasar el último nazareno, seguirán en sus asientos esperando con expectación la llegada de los paracaidistas.



DESFILANDO POR LAS CALLES DE MURCIA

Décimas para el belén de Salzillo

(De un proyecto de libro poético)

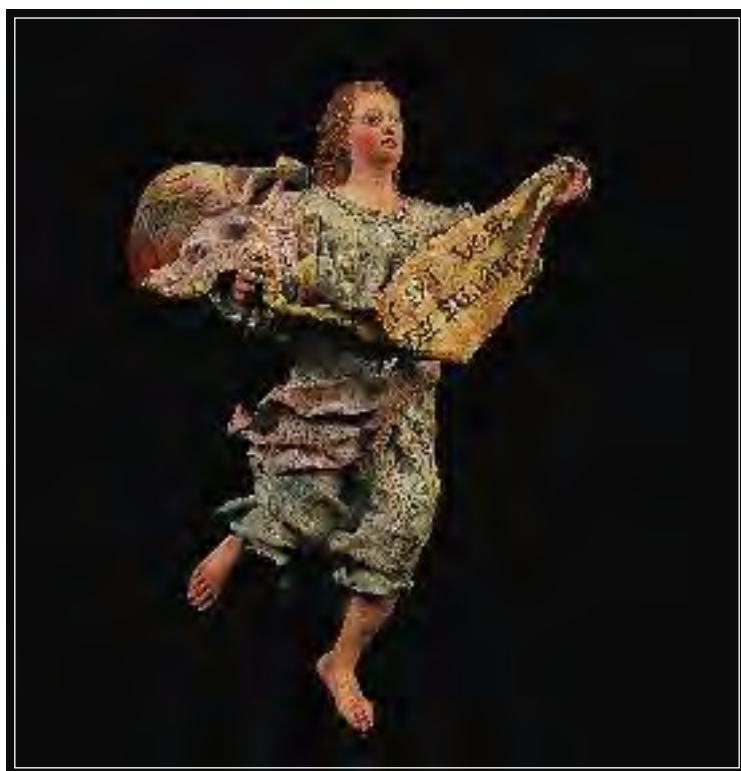


FIGURA DEL BELÉN DE SALZILLO

II

Ángeles adoradores
dan al Niño entre pañales
con unas dulzuras tales
que entre pétalos de flores
no tendría más amores.
No quiso a su Dios de arcilla
y con madera sencilla,
llevándolo en su bolsillo,
talló su Jesús Salzillo,
haciendo esta maravilla.

V

Están la mula y el buey
alegres por ver la cuna,
porque belleza ninguna
es comparable a este Rey
que tiene el amor por ley.
Salzillo los ve animales,
mas los modela carnales
al saber que dan al Niño
tanto calor y cariño
cual si fueran inmortales.

VII

Un ángel anunciador,
glorioso en sus resplandores,
comunica a unos pastores
que ha nacido el Redentor
derrochando paz y amor.
Salzillo sueña la escena
y en una labor serena
la plasma en bellas figuras
tan vivas como criaturas
en noche de luna llena.



El cronista José Valverde Madrid y sus escritos murcianos

En el pasado congreso que celebramos en Murcia tuvimos la satisfacción de ofrecer un pequeño homenaje a nuestro presidente honorario, Excmo. Sr. D. José Valverde Madrid, al que los cronistas queríamos mostrar nuestra admiración y nuestro afecto por tantos años y tantos esfuerzos al frente de la asociación. Su delicado estado de salud impidió que nos acompañase, pero su representación no pudo ser más acertada, pues tuvimos el honor y la alegría de contar con la asistencia de su hija doña Mercedes Valverde Candil, directora de los Museos de Córdoba, a la que agradecemos sinceramente su presencia.

Innecesario nos parece repetir las intervenciones de aquel día, pero sí queremos destacar brevemente la personalidad y el enorme bagaje cultural de nuestro ilustre compañero en el Derecho y en la Crónica.

Breve referencia bibliográfica

Hacer una referencia biográfica de D. José Valverde en pocas líneas es muy fácil al tener que limitarnos, por razones de espacio que no de afectos, a recordar los momentos más destacados de su enorme actividad vital.

Nuestro amigo nació en Madrid, el 1 de agosto de 1913, y muy joven, en 1934, se licenció en Derecho por la Universidad Central, ganando las oposiciones de notaría en noviembre de 1942, ocupando sucesivamente los destinos de Alhama de Granada, Fonsagrada, Fuente Ovejuna, Fernán-Núñez, Écija, Murcia, Linares, Córdoba y Madrid, ciudades en las que fue dejando excelente recuerdo por su actividad profesional y por sus cualidades personales.

Por lo que se refiere a nuestra asociación, de la que ha sido presidente tantos años, hay que decir que fue nombrado Cronista Oficial de Fernán-Núñez el 3 de octubre de 1958, para pasar a serlo también de la ciudad de Córdoba el día 5 de mayo del 67.

Pertenece a casi una docena de academias, entre las que se encuentran la de Nobles Letras y Bellas Artes de Córdoba, Santa Isabel de Hungría de Sevilla, la Hispanoamericana de Cádiz, San Carlos de Valencia, etc. Además es miembro de otro par de decenas de entidades culturales, como el Instituto de Estudios giennenses, en el que coincidimos, y tantas otras.

Está en posesión de varias condecoraciones, entre las que destaca la Medalla de Andalucía, habiendo obtenido diversos premios y galardones.

Por lo que respecta a su actividad como escritor e investigador es imposible reseñar la totalidad de sus publicaciones, ya que pasan del millar los títulos de artículos y trabajos que componen su bibliografía. De ella y por lo que se refiere a estudios sobre la Región de Murcia, que es lo que queremos destacar en esta ocasión, hacemos referencia a las tres siguientes:

1. Señalado con el número 316 en el ensayo bibliográfico que publicó su hijo Antonio en 1997. "La musa de Salzilla (algunos datos inéditos)". *Diario Ideal de Murcia*, 2 de septiembre de 1968. Murcia.

2. El señalado con el número 328: "Una talla del pintor cuatrocentista Pedro Fernández, en el Museo Salzilla". *Diario Ideal de Murcia*, jueves 6 de marzo de 1969. Murcia.



3. El número 495: "En el centenario de Inocencio Medina Vera". *Revista de Arte Goya*, mayo-junio de 1977, n.º 138. Fundación Lázaro Galdiano. Madrid.

Con respecto a los citados artículos hemos de decir que las referencias de los dos primeros están equivocadas y que en nuestras investigaciones en el Archivo Provincial de Murcia solamente conseguimos localizar al primero de ellos, que reproducimos íntegro, y que se encontraba publicado en la "Hoja del Lunes", en cuyo periódico debió publicarse el segundo, el cual a pesar de la búsqueda realizada no apareció. En concreto, el artículo sobre la esposa de Salzillo se publicó en la *Hoja del Lunes* de Murcia, año XXV, n.º 1683, del lunes 2 de septiembre de 1968.

La musa de Salzillo

(algunos datos inéditos).

Por José Valverde Madrid.

El día del Señor de 11 de octubre de 1745, muere doña Isabel Alcaraz, la madre de Fco. Salzillo. Recordemos que éste con menos de 20 años se encontró al morir su padre de jefe de un taller de imaginería y sostén único de una numerosa familia. Así se explica que no pudiera seguir su vocación sacerdotal y que lo único que hiciera toda su vida fuera trabajar para los suyos. Éstos le ayudan. Es como el padre de todos. El preferido: Patricio, que se quedó huérfano de padre con 7 años. Luego se hace éste sacerdote y su mejor amigo es otro joven clérigo, José Vallejos. Por ahí vino el conocimiento de la hermana de éste, de Juanita Vallejos, aquel día de Navidad de 1745.

Salzillo tiene cerca de 40 años y pretende a Juanita, que tiene poco más de 20; ésta accede a ser su esposa y se casan el día 13 de febrero de 1746¹. La boda se celebra en la parroquia de San Andrés y los casa Patricio Salzillo.



ESTANDARTE EN PROCESIÓN

Era Juana Vallejos natural de Murcia e hija de un jurado del Ayuntamiento, don Bernabé Vallejos Taibilla; su madre, María Martínez, tenía posesiones en la huerta. Cuando murió el padre, la familia no quedó bien. Hubo que vender de prisa y corriendo el



cargo de jurado, el día 21 de febrero de 1744 ante el escribano Espinosa² y luego hipotecan los demás bienes ante el mismo escribano el 11 de agosto de 1743³. Tiene Salzillo que defender a su esposa en el pleito familiar, para lo que dio poder para ante el fedatario antes citado el día 30 de septiembre de 1746⁴ y son tristes estos primeros años de matrimonio. Además, no llega la anhelada descendencia y este dolor mudo de la musa de Salzillo asoma en sus Dolorosas. Mas en el año 1752 todo cambia. Juanita se ha quedado embarazada. Da a luz a su única hija, María Fulgencia, el día 16 de enero de 1753⁵. Pero la madre no quedó bien. Empieza su larga enfermedad. Un día de 1760, el 10 de abril⁶, llaman al escribano López Mesas y dan los esposos poder para testar uno al otro y a los dos cuñados sacerdotes. El día 20 de noviembre de 1763 muere Juana Vallejos⁷ y otra vez se encuentra Salzillo solo dedicado únicamente a su taller, pero ya hay alguien que alegra su triste vida, la pequeña Fulgencia, que, en aquel hogar de solterones, pone una nota alegre de felicidad. El entierro de la esposa de Salzillo nos lo describe galanamente el escribano don Alejandro López Mesas en un documento notarial guardado en el tomo marcado con el número 3.342 del Archivo Histórico de Murcia, que literalmente vamos a copiar por su interés para la biografía del más genial imaginero que diera esta ciudad. Dice textualmente:

“En la ciudad de Murcia a catorce días del mes de marzo de mil setecientos sesenta y cuatro años, ante mi, el escribano público y testigos parecieron don Francisco Salzillo Alcaraz, don Joseph Vallejos y Taibilla y don Patricio Salzillo y Alcaraz, ambos presbíteros, su cuñado y hermano del primero, vecinos de esta ciudad y dijeron que por cuanto el diez de abril del año pasado de mil setecientos sesenta por ante mi, el escribano, doña Juana Vallejos y Taibilla, vecina que fue de ella, mujer legítima del dicho don Francisco Salzillo y hermana y cuñada de los demás otorgantes les dio poder para

que juntos e insólidum ordenasen su testamento y última voluntad y respecto de haber fallecido dejó dicha disposición y hallarse dentro del término permitido por derecho para poderlo ejecutar, mandó de dicho poder que para validación de este instrumento se inserta copia legal de el, signada y firmada por mi el escribano, el cual es del tenor siguiente –aquí el poder– y del dicho poder mandó practicar el testamento de la dicha doña Juana Vallejos y Taibilla esposa que fue del dicho don Francisco Salzillo Alcaraz en el que declaran falleció el día 19 de noviembre del año próximo pasado y el siguiente su cuerpo fue enterrado en la iglesia del convento de religiosas de Madres Capuchinas de esta ciudad, cubierto con el hábito de dicha religión y en ataúd de madera forrado de negro y le acompañaban la Santa Cruz, cura y sacristán de la iglesia parroquial de San Pedro Apóstol de ella donde era feligresa, sus clérigos y otros diferentes que concurrieron de convite y llevaron su cuerpo a enterrar cuatro religiosos del convento de San Juan de Dios de esta ciudad y concurrieron a dicho entierro los hermanos del Santísimo Sacramento y Ánimas Benditas de la iglesia de Santa Catalina Mártir, de ella, y dieciocho pobres con sus hachas encendidas y también asistió a dicho convento y iglesia de dichas Madres Capuchinas al recibo y entierro de la dicha doña Juana Vallejos y Taibilla la Santa Cruz, cura y sacristán de la iglesia parroquial de San Miguel Arcángel de esta ciudad y clérigos de ella, todo lo cual se efectuó en cumplimiento de su voluntad y que se pagara su limosna regular de sus bienes.

Fue la voluntad de la referida doña Juana Vallejos y Taibilla que el día de su entierro se dijera, como se dijo, por su alma, una misa cantada de réquiem con diácono y subdiácono, responso y vigilia a la que asistió y concurrió la comunidad y convento de religiosos de nuestro seráfico padre San Francisco de esta ciudad y se absolvió sobre su cuerpo y





sepultura y que se pagase su limosna acostumbrada de bienes.

Fue la voluntad de doña Juana Vallejos y Taibilla se celebraran por su alma 450 misas rezadas y que se pagara su limosna de sus bienes. Fue la voluntad de la mencionada doña Juana Vallejos y Taibilla se dijieran por las almas de don Bernabé Vallejos y Taibilla, jurado que fue de esta ciudad y de doña María Martínez su mujer, sus padres, las de sus abuelos paternos y maternos y demás difuntos de su obligación y por las ánimas benditas del purgatorio, penitencias mal cumplidas y cargos de conciencia, cincuenta misas rezadas y que se pagara su limosna regular de sus bienes.

Fue la voluntad de la referida que todas las dichas misas expresadas, sacado el tercio que legítimamente tocaba a la mencionada iglesia parroquial de el Sr. San Pedro Apóstol de dicha ciudad, de donde era feligresa, las demás se dijieran en la parte y lugar que pareciera a sus albaceas.

Fue la voluntad de la susodicha se diera limosna a los Santos Lugares de Jerusalén y redención de cautivos, dos reales de vellón por una vez, los que se repartieran por mitad. Fue la voluntad de la dicha doña Juana Vallejos y Taibilla declarar como en su nombre declaran que la referida fue casada según orden de nuestra Santa Madre Iglesia con el expresado Francisco Salzillo y Alcaraz, otorgante, su esposo, de cuyo matrimonio tuvieron y quedó por su hija legítima y única a doña María Fulgencia Salzillo y Vallejos y Taibilla que actualmente es de edad de once años y al tiempo cuando lo efectuaron llevaron a el por capital, el dicho don Francisco Salzillo y Alcaraz, lo que le tocó por herencia de don Nicolás Salzillo y doña Isabel Alcaraz, sus padres, en la partición que entre sus bienes se hizo entre todos sus herederos, la que pasó ante José Antonio Villaescusa, escribano que fue de este número, que únicamente lo que le tocó por ella fue una casa grande de morada en la población de esta ciudad, parroquia de Santa

Catalina Mártir a espalda del convento de religiosas de la Señora Santa Isabel y después compró el susodicho, por si mismo, dos casas de morada en esta población, parroquia del Sr. San Lorenzo y de las tres expresadas fundó patronato a favor del dicho don Patricio Salzillo y Alcaraz, su hermano, para que se pudiese ordenar, como se ordenó de sacerdote con las calidades circunstancias y reservas que constan en la escritura que dicho patronato otorgó ante dicho José Antonio de Villaescusa, como de ella parece y la mencionada doña Juana Vallejos y Taibilla llevó a dicho matrimonio y a poder del precitado don Francisco Salzillo y Alcaraz su esposo, por dote y caudal suyo, todos los bienes y efectos que le tocaron y pertenecieron por herencia de los dichos don Bernabé Vallejos y doña María Martínez, su mujer, sus padres, en la partición que también se hizo de sus bienes entre todos sus herederos la que pasó ante Francisco Espinosa de los Monteros, escribano que fue de este número y durante dicho matrimonio han



DETALLE DE LA ORACIÓN EN EL HUERTO

tenido diferentes gananciales y comprado algunos bienes raíces y así lo declaran para los efectos que haya lugar y que en todo tiempo conste. Fue la voluntad de dicha doña Juana Vallejos y Taibilla el nombrar como nombró, por sus albaceas testamentarios y meros ejecutores de su testamento a los tres otorgantes juntos e insólidum, en cuya virtud se dan por nombrados para su cumplimiento con el poder que se requiere según y como se los dio por el preinserto citado.

En remanente que quedare y fincare de todos bienes, derechos, acciones, futuras y transversales sucesiones que en cualquier manera tocasen y pertenciesen a dicha doña Juana Vallejos y Taibilla, fue su voluntad el elegir y nombrar, como desde luego los otorgantes nombran, por su única, legítima y universal heredera de todos ellos a la referida doña María Fulgencia Salzillo Vallejos y Taibilla, su hija única y del dicho don Francisco Salzillo y Alcaraz, su esposo, para que los haya, lleve, goce y herede libremente a todas pasadas, por haber sido así la específica voluntad de la susodicha como consta del dicho poder preinserto citado.

Y desde luego como revocan y anulan y dan por ningunos y de ningún valor ni efecto todos los testamentos, codicilos, poderes para testar y otras últimas disposiciones que hubiese hecho y otorgado la dicha

doña Juana Vallejos y Taibilla por escrito de palabra o en otra forma para que no valga ni hagan fe en juicio ni fuera de el, porque solo fue su voluntad se guardase este testamento y poder citado que así les dio en cuya virtud lo otorgare y todo lo contenido en el lo ejecutan en la mejor forma que pueden y de derecho ha lugar, en cuyo testimonio así lo otorgaron y firmaron siendo testigos don José Díaz, presbítero de esta ciudad, don José López Navarro y don Gregorio Llorente Sancho, vecinos de ella y a los otorgantes, yo el escribano doy fe conozco. José Vallejos Taibilla, Francisco Salzillo, Alejandro López Mesas, don Patricio Salzillo. Rubricadas”.

En la vida de Salzillo, tan dilatada que pasa de 76 años de edad cuando muere en el año 1783, estos 17 años de matrimonio han supuesto mucho, así como para la historia del Arte español. Utilizaba a Juanita Vallejos como modelo no solamente para sus incomparables Dolorosas, sino también para figuras de jóvenes y ángeles, el de *La Oración en el Huerto* es ella, y en todas estas imágenes podemos admirar aquella belleza “sui generis” de Juana Vallejos Taibilla, la musa del mejor escultor del siglo XVIII, Francisco Salzillo y Alcaraz.

Comentario de despedida

La lectura del magnífico artículo anterior, en el que nuestro presidente da cumplidas muestras de su labor investigadora aportando documentación inédita hasta entonces, sobre el impresionante escultor murciano, nos impulsa a no terminar nuestro breve trabajo sin hacer algunas, ciertamente apresuradas, consideraciones sobre el mismo.

En primer lugar, nos parece de indudable actualidad, pues, aunque apareciera en 1968, no creemos que sea muy conocido, ya que en la bibliografía sobre Salzillo que hemos manejado no se cita.

Naturalmente, y por razones obvias, no aparece en “Vida y Obra de Francisco Salzillo (Una escuela de escultura en Murcia)” de José Sánchez Moreno



DETALLE DE LA CENA



(Murcia, imprenta Ses. de Nogués, 1945. Prólogo de Enrique Lafuente Ferrari), pero tampoco lo hemos visto en el actual y bellissimo libro “Francisco Salzillo. La plenitud de la escultura”, texto de Cristóbal Belda Navarro y fotografías de Carlos Moisés (CajaMurcia, sin fecha), salvo error nuestro.

En la página 39, el Sr. Belda escribe: “Entre 1760 y 1783 expresó Francisco Salzillo su testamento y última voluntad en tres ocasiones”, y en su cita 36 aclara: “D. Andrés Baquero... dio cuenta de los tres testamentos de Salzillo protocolizados ante Alejandro López Mesas el 16 de julio de 1760, el primero; ante el mismo escribano el segundo (25 de diciembre de 1765) y el tercero, poco antes de morir, el 20 de febrero de 1783”. Por tanto, no se hace referencia a este documento aportado por Valverde Candil que en realidad es el testamento de Juana Vallejos realizado “insólidum” por su esposo, su hermano y su cuñado. Sin embargo, en la página 56, Belda indica que “por el testamento redactado en 1764 conocemos parte de su patrimonio y sus intenciones fundacionales”, y en nota 65 refiere los trabajos de Sánchez-Rojas (Estudio sobre la iglesia de San Juan de Dios de Murcia, 1971-72) y el reciente de Agüera Ros de 1998. ¿Se refiere al testamento publicado por nuestro compañero o es una errata por el de 1765?

Tampoco hemos encontrado referencias que aludan a la afirmación de nuestro homenajeado de que el rostro de las Dolorosas, y lo que es más curioso, del Ángel de *La Oración en el Huerto* son el de la esposa de Salzillo.

La Oración en el Huerto es un encargo de 1754, y destaca por la “belleza asexuada del Ángel”, esa hermosa figura de “leve inmaterialidad”, ese “Ángel, luminoso, etéreo (que) ayuda y reconforta a Cristo”, en el decir de Belda (págs. 142-143). La Dolorosa modelo es del año siguiente. Muchas cosas dice de ella el autor que citamos, como por ejemplo: “Con la Dolorosa de Viernes Santo, Salzillo alcanzó a plasmar el modelo de Dolorosa barroca levantina

por excelencia... Esta versión alcanzó un éxito extraordinario, teniendo que repetir el escultor esta modalidad para todos los templos de la entonces amplia Diócesis de Cartagena hasta los momentos finales de su vida, siendo el modelo inconfundible de la Dolorosa murciana que terminó por imponerse” (pág. 144).

¿Es la cara de Juana Vallejos? La tradición popular así lo afirma, refiriéndose anécdotas más o menos creíbles. Por razones de tiempo nos parece indudable que fuera su modelo, ya que son los años de plenitud del artista y de felicidad del hombre. Pensamos, como nuestro presidente honorario, que solamente el amor de Salzillo por su esposa y su arraigada religiosidad pudieron esculpir un homenaje tan profundo y bello a la mujer murciana, en el que el escultor supo elevar sobre la belleza “sui generis” de su mujer un monumento al dolor humano mostrando la tristeza infinita de la amargura matizada por la dulzura maternal más divina.

Vaya, con nuestro afecto, el recuerdo de los cronistas hacia nuestro compañero Excmo. Sr. D. José Valverde Madrid, en este redescubrimiento de su trabajo realizado en estas tierras de Murcia en los años en que desarrolló su labor como Notario.

1. Archivo de la parroquia de Santa Catalina. Folio 45 del Libro 3 de Desposorios.
2. Archivo Histórico de Murcia. Tomo 2.780.
3. Archivo Histórico de Murcia. Tomo 2.781.
4. Archivo Histórico de Murcia. Tomo 2.781.
5. Archivo de la parroquia de San Pedro. Folio 303 del Libro de Bautismos.
6. Archivo Histórico de Murcia. Tomo 3.342.
7. Archivo de la parroquia de San Pedro. Folio 123 del Libro 2 de Difuntos.

“Hoja del Lunes” de Murcia. Año XXV. N: 1.683. Lunes, 2 de septiembre de 1968.

D. José Valverde falleció el 7 de julio de 2002 (D.E.P.).



La imagen de Jesús Nazareno

Sesenta años vinculado al trono de *Nuestro Padre Jesús Nazareno* como portapasos o cabo de andas por una devoción que no cesa, aunque sea ya a distancia, su imagen perdura y la tengo siempre presente en diversidad de ocasiones. Ahora, la inclusión en “Nazarenos” de las cuentas de la Cofradía del año 1601, que no conocía, su examen me ofrece perspectivas muy diversas y con ellas interrogaciones nacidas por la apetencia de nuevos conocimientos, de propuestas o apreciaciones que, al ser dudosas, necesitan contestación para saber si estas interpretaciones son certeras o al contrario, al ser negativas cambiar de rumbo o abandonar el camino seguido.

Esta formulación de preguntas por lo que conozco en aspectos semejantes, la incógnita por lo general se mantuvo sin respuesta. Me refiero a las que hacía Andrés Baquero de varia lección. Muchas de ellas no tuvieron contestación, algunas fueron incompletas y otras salieron por los cerros de Úbeda. A mí me ha sucedido lo mismo. No me desanimo.

Hay una primera que tiene doble alcance. Desde el conde de Roche y merced a su consulta de las actas de la Cofradía de Jesús se dio a conocer cómo en las cuentas del año 1601 se anotaban facturas de todo orden y entre ellas la cantidad pagada por la hechura de brazos y piernas de Jesús

Nazareno por la que se abonaba al entallador Juan de Rigustera cincuenta reales. Apellido que en posteriores ocasiones se transformó en Juan de Rigusteza, confundiendo a muchos que así lo aceptaron al no consultar directamente dichas actas. A ello se añade que desde entonces y hasta ahora nadie sabe quién fue Juan de Rigustera. La lectura de estas actas nos dicen claramente que el apellido no es Rigustera, sino Aguilera, lo que se confirma con su cotejo con la inicial del pintor Antonio Vernar que en ellas se

menciona o con la frase “desde que se fundó, que fue por Agosto de seiscientos”. Lo que nos da también la fecha de la Constitución de la Cofradía. En caso de duda para algunos que consulte a un buen paleógrafo. Pero en lo fundamental la interroga-



NUESTRO PADRE JESÚS CON LA “TÚNICA DEL BAILLO”



ción sigue abierta: ¿Quién fue Juan de Aguilera? Ahí queda.

Hay una segunda más problemática. Resulta extraña la ordenación de cuentas y sus respectivas cuantías en las diversas partidas relativas a la imagen de Jesús Nazareno, aunque sólo fuera por la fecha de su abono. La primera es el pago de ciento diecisiete reales al pintor Melchor de Medina “por encarnar el Christo y corona, andas y zetros y orquillas”. A ella sigue los treinta y tres reales pagados al pintor Antonio Vernar “porque aiudo al dicho Medina en pintar la cruz y andas”. Tras otros pagos muy diversos, la siguiente que más nos importa son los ochenta y ocho reales abonados por la “hechura de Christo en madera para la dicha Cofradía”. Después, otra de tres reales en “cosas por menudo para la corona de Christo”. A continuación, cinco reales y medio “por unos tornillos para el Christo”. La sexta son cincuenta reales al entallador Juan de Aguilera “por echura de los brazos y piernas de Christo y ponerle en las andas”. Le siguen los ciento y treinta y nueve reales y veinticuatro maravedís por “las vestiduras de Christo de seda y baieta morada y echura”. Octava es el gasto de cincuenta y dos reales por las “hechuras de las andas quando se saca en procesion el Viernes Santo”, y la última de las que por ahora nos interesan es el pago de ocho reales “de la manga de tafetan morada para la cruz que se concertó en treinta reales”.

De estas cuentas surge una primera llamada de atención. Es que se otorga más importancia –al indicarse sus nombres– a los trabajos de Melchor de Medina “por encarnar el Christo” y de su ayudante Antonio Vernar por la pintura de la cruz y andas, que cobraron, respectivamente, ciento diecisiete y treinta y cinco reales, así como los cincuenta del entallador Juan de Aguilera, respecto al anónimo autor de la cabeza de Cristo en madera. De ser así, imposibilitados Melchor de Medina, Antonio Vernar y Juan de Aguilera, de éstos que nadie sabe quiénes fueron:

¿Quién fue el autor de la cabeza de Cristo en madera, la parte más importante de la efigie de Cristo?

Entramos en el camino de la hipótesis a tenor de esta aparente disonancia que, sin llegar a la lucubración y sí en mi intento de dilucidar esta incógnita, la conjunción de una serie de datos pudieran proporcionar un mejor resultado a esta aparente unicidad. Primero es la mención que se hace en el pleito agustinos-Cofradía, argumentado por ellos, y que no pudieron demostrar documentalmente, que la cabeza de Cristo procedía de Italia y traída por el P. Butrón en fecha indeterminada. Argumento rebatido por la parte actora y con ella asumida por el fiscal general del Obispado, decididamente favorable a la Cofradía, se añade una realidad histórica incontrovertible. En el culto a Jesús Nazareno fue totalmente decisiva la actividad de los agustinos, tal como ha puesto de manifiesto Vicente Montojo, pues ellos fueron quienes iniciaron a los cofrades en su devoción, impulsaron su pública manifestación procesional y ellos fueron también quienes impusieron su total autoridad, tal como se refleja en las Constituciones de la naciente Cofradía, por lo que toda esta “obra” de Jesús Nazareno en estos años iniciales se debe a los agustinos. Y sigue.

La documentación dada a conocer por Muñoz Barberán nos dice que en el pequeño recinto que Ayuntamiento y Obispado exigieron a los agustinos entregaran a los congregantes de San Sebastián, hace mención de la capilla del Crucifijo con la nave que salía al patio de la Arrixica y que en este recinto abrieron portal donde figuraba la imagen de San Sebastián. En esta supuesta “conversión” de los cofrades de San Sebastián a la imagen de Jesús Nazareno, ¿pudo adaptarse la cabeza del Crucifijo allí existente y con ella la “hechura” de una nueva imagen de Jesús Nazareno procesional? Hay base para ello.

En mi prolongada estancia en la iglesia de Jesús como director del Museo Salzillo y al tanto de sus



NUESTRO PADRE JESÚS

vivencias internas, presencié en distintas ocasiones a Carlos y Pepe Carrión en su cuidada labor en el desvestir y vestir de imágenes: Dolorosa, varias de Cristo y la de Jesús Nazareno. En éste pude observar, en el quitar y poner la peluca que cubre su cabeza, que estaba totalmente tallado su pelo e incluso toscamente cortada su parte descendente, lo cual todo queda cubierto con la peluca, de pelo natural, que se renueva con frecuencia.

Ahora, al conjugar lo que dicen los documentos con el recuerdo de cuanto pude ver en el Museo, surge nueva hipótesis. La Cofradía de Jesús se constituye en 1600 y en ella era fundamental la devoción a Jesús y consiguiente procesión en Viernes Santo, tal como así se efectuó el inmediato año 1601 según nos dicen las cuentas. Corto espacio de tiempo 1600-1601 para esculpir una imagen procesional. La

solución sería la adaptación de una cabeza de Cristo por un anónimo "tallista", posiblemente un carpintero, más la participación de Melchor de Medina para su adecuada encarnación; encargo a Juan de Aguilera en la hechura de brazos y piernas "adecuadas" a un nazareno, ya que si procedían las anteriores de un crucifijo no eran válidas, así como los demás accesorios, tal como se especifican en las susodichas cuentas.

Y de todo ello la siguiente interrogación: ¿Era verdad cuanto afirmaban los agustinos respecto al P. Butrón y su traslado desde Italia tiempo antes, puesto que fueron ellos quienes realmente organizaron todo: Cofradía, devoción y procesión?

Y termino con otra interrogación: ¿Se mantuvo la Cofradía de San Sebastián en el mismo lugar o se trasladó a otra parte?





Mis dos familias

Tengo la suerte de poseer dos familias: la mía propia y la nazarena. Desde que tengo uso de razón, las dos han ido de la mano en el transcurrir de mi vida y le han dado sentido a la misma.

Ya os podéis imaginar lo que puede significar mi familia, pero me gustaría explicaros mis sentimientos con la otra, la nazarena.

Vengo de la más antigua de las familias que aún pertenecen a la Real y Muy Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno. Soy la 6ª generación de "Zamorras" que ostentan el cargo de cabos de andas del "paso" de *La Oración en el Huerto*. La primera vez que me vestí de "morao" fue en 1971, cuando sólo contaba con 18 meses. Desde entonces, mi vida siempre ha estado marcada por ese amor que siento hacia la Cofradía y en particular a mi "paso".

Recuerdo que desde bien pequeño, cuando se acercaba la Semana Santa, en mi casa se vivía un ambiente especial; mi padre empezaba a ponerse nervioso, que si no encontraba dátiles para la palmera, que si tenía bajas para el "paso"...

Más tarde, mi padre reunía a esas personas tan importantes para él, y luego también para mí, como son los nazarenos estantes de *La Oración*, para dar-

les las instrucciones a seguir durante la procesión del Viernes Santo. Esas reuniones las recuerdo con gran cariño. No podía comprender cómo personas que se veían pocas veces al cabo del año tenían una unión y camaradería sin igual, hablaban de sus vivencias nazarenas, de las cuales yo escuchaba atentamente y aprendía. Me acuerdo de la solemnidad de los bautizos de los nuevos hombres que formaban parte de nuestro trono. Este acto consistía en



COFRADES DESFILANDO

lo siguiente: el nuevo estante elegía un padrino, la mayoría de las veces su padre, y éste le derramaba en la cabeza cava, mientras le recitaba una serie de palabras conforme le salían del corazón. Una de las frases que aún ahora al recordarlo me ponen los pelos de punta, era la que recitó un antiguo nazareno a su relevo: "Hijo, sólo espero que lleves en el



corazón a *La Oración* con el mismo amor y orgullo que lo hicieron tu abuelo y tu padre, y que seas digno de ella”.

Jueves Santo, qué día tan emocionante. Ya bien temprano, me iba con mi padre a un palmeral que hay en Santiago y Zairaiche, para cortar las palmas y dátiles, con los que más tarde arreglaríamos la palmera de *La Oración en el Huerto*. Una vez habíamos terminado, nos reuníamos con nuestros nazarenos para celebrar lo que nosotros llamamos “las migas”. Esta celebración no era otra cosa más que un momento agradable en el que nos juntábamos los “estantes” para comer y, cómo no, para hablar de la procesión presente y pasada. A media tarde, nos íbamos a la iglesia de Jesús, recogíamos el tronco y mi padre, con gran maestría, como se lo enseñó a él mi abuelo, arreglaba la palmera. Una vez arreglada y en el “paso”, volvíamos a casa, con la impaciencia que era para mí, tener que esperar a que pasara la noche y llegara el gran día.

Viernes Santo, qué día tan maravilloso, qué recuerdo tan entrañable tengo de ese momento en el que, aún en sueños, oía a mi padre decirme: “Vamos, Pedrín, levántate que tenemos que vestirnos de nazarenos”. No recuerdo otro día del año que me levantara de la cama más rápido. Mi madre, siempre nerviosa, nos vestía a mi padre, a mí, y más tarde a mi hermano Manolo (hasta que se fue con el Ángel de *La Oración*) y a mi hermano Óscar.

Una vez vestido nos conducíamos andando a la iglesia de Jesús.

Recuerdo la cara de felicidad de los nazarenos en la iglesia “amarrando” las almohadillas al trono, esas caras desenchajadas por el esfuerzo que realizaban portando el “paso” por las calles de Murcia, y sobre todo la satisfacción del deber cumplido una vez acabada la procesión.

Todo esto se viene repitiendo año tras año. Ahora veo a mi hijo y sólo pienso en la gran suerte que ha tenido de nacer en el seno de estas dos familias: la suya propia y la nazarena.



FAMILIA ZAMORA



¿Amor a la Cofradía o... a uno mismo?

Últimamente se han prodigado muchas frases como, “Por amor a la Cofradía”, “Lo hago porque quiero a la Cofradía”, “Yo sí quiero a la Cofradía”, etc. Todo esto está muy bien, aunque normalmente amar y amarse van muy unidos. Amar es servicio, es por y para, y nunca servirse de, por y para. Aunque pueda parecer un simple juego de palabras, tiene un sentido irrefutable e irrefutable.

En los últimos tiempos, por cierto bastante tempestuosos para nuestra Cofradía, han aparecido de pronto muchos amantes de la misma, que en vez de ofrecer su corazón desinteresado y sin condiciones, se aprovecharon de su condición narcisista, se valieron de la bondad de algunos para provecho propio.

Amar a la Cofradía es, estar siempre presto a la llamada de la misma, en silencio, anónimamente, desinteresadamente, no esperando ninguna recompensa, colaborando en cualquier actividad que se proponga, para mayor gloria de la misma.

Asistiendo y participando en los actos que se celebran, aportando cada uno el “talento” que el Padre nos regaló. Donando incluso, con gran esfuerzo, diferentes joyas para nuestros “pasos”, ampliando el legado patrimonial.

Aceptar sin trabas el compromiso de dedicación y trabajo, aun a costa de ser criti-



LA ORACIÓN EN EL HUERTO



cado, y a veces calumniado, recibiendo sólo incompreensión por parte de algunos hermanos, cuando no el rencor, por creer que se les ha privado de ciertos poderes que creyeron obtener en su día empleando subterfugios, o a la confianza depositada en ellos y traicionada después.

¿Cómo se puede presumir de amar a la Cofradía si a cada momento se la está mancillando? Verdaderamente es difícil de entender.

Que se simpatice más o menos con otros hermanos Cofrades, incluso que no se tenga el mismo punto de vista, no es motivo suficiente para que se le “borre de la lista”. O se está con ellos o contra ellos... “EL QUE HICIERA DAÑO A UNO DE ESTOS, ME LO HACE A MÍ.”

¿Amar a la Cofradía? Cuando entre hermanos nos lanzamos insultos e improperios unos a otros, incluso en público. “AMAOS LOS UNOS A LOS OTROS COMO YO...”

¿Amar a la Cofradía? Cuando nos aprovechamos de los cargos u oficios para expoliar a la misma. ¿Dónde están los archivos de 400 años? Y tantas otras cosas.

Es difícil creer que tanto amor nos lleve a poseer parte de la misma, seguramente para “adorarla”. Aunque cueste creerlo, han desaparecido los archivos, es decir, la historia de la Cofradía desde su fundación hasta nuestros días. Y todavía presumimos por ahí de amarla profundamente. Increíble.

¿Amar a la Cofradía? No es estar emboscado. Esperar el fallo del hermano para señalarlo. Actuar

siempre entre bastidores, no dando la cara, enviando siempre a otros (¡qué pena que se presten a ello!) para que lo hagan por ellos.

Amarla es estar siempre en primera fila, en primera línea para defenderla de cualquier ataque, aunque ello conlleve críticas y censuras. Amar es también atender y escuchar a todos y cada uno de

los integrantes de la misma, sin condición de ser mayordomo, cofrade, estante o empleado.

Amar a la Cofradía es tomar decisiones límites sin opciones de “pasar la moviola”, en el mismo instante, en directo, dando el tipo, hasta cuando hay que comunicar la suspensión de la procesión,

teniendo que aguantar la avalancha de protestas de todo el mundo.

¿Amar a la Cofradía? Es reunirse en torno a una sartén de “migas” un Jueves Santo o compartir una convivencia en El Valle. “...CUANDO OS REUNÁIS EN MI NOMBRE, ALLÍ ESTARÉ CON VOSOTROS.”

Amar a la Cofradía es estar en contacto con ella todo el año, no solamente cuando está cerca la Semana Santa, y concretamente el Viernes Santo.

Espero y confío que todo ello halla sido una prueba puesta por Nuestro Padre Jesús, y que nos lleve a una profunda reflexión, que seamos capaces de rectificar nuestro comportamiento, volviendo a la unidad y al amor entre nosotros.

Somos Cofradía, somos hermanos. Acordaros:

“....PERDONA NUESTRAS OFENSAS, COMO TAMBIÉN NOSOTROS PERDONAMOS A LOS QUE NOS OFENDEN...”



“PASO” DE LA CENA



NAZARENOS · nº 6 · Año 2003

EDITA: Real y Muy Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno.

CONSEJO EDITOR: Rafael Cebrián, María Alcázar, Fernando Asensio y José Alarcón.

FOTOGRAFÍAS: Carlos Moisés García (págs. 3, 5, 8, 17, 21, 28, 40, 48, 57, 61, 63, 71, 72, 75, 85, 92, 97, 99, 106, 109, 110 y 111), José Cabañas (págs. 10, 13, 23, 30, 44, 60, y 69), José Luis Montero (pág. 95), José Alarcón (págs. 31, 32, 46, 87, 103 y 105), Fco. Javier Aliaga (págs. 11 y 12), Archivo Histórico (págs. 58 y 59), José Buendía (pág. 15), Antonio Cebrián (pág. 19), Esteban de la Peña (págs. 25 y 27), María Dolores García (págs. 38 y 39), Paco García (págs. 42 y 43), Antonio Jiménez (págs. 52 y 53), J. José López (pág. 56), Carlos López (págs. 54 y 55), Tomás Lorente (págs. 7, 18, 77, 78 y 89), Amparo Muñoz (págs. 64, 65 y 66), Andrés Nortés (págs. 67 y 68), José Ros (págs. 82 y 83), Javier Salinas (lámina), José Sánchez (págs. 93 y 94), Luis Suárez (pág. 36), Pedro Zamora (págs. 107 y 108) y Archivo Cofradía.

PORTADA: Carlos Moisés García.

LÁMINA: "La Verónica de Salzillo", de Ramón Gaya. Fondo Museo Ramón Gaya.

DISEÑO Y COORDINACIÓN EDITORIAL: Ediciones BJ.

IMPRIME: A.G. Novograf, S.A. • DEPÓSITO LEGAL: MU-597-1998 • ISSN: 1579-2269

© TEXTOS: Real y Muy Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno y autores • © FOTOGRAFÍAS: Los autores.

AGRADECIMIENTOS: AYUNTAMIENTO DE MURCIA, CAJAMURCIA Y MUSEO RAMÓN GAYA.

Los textos de esta publicación pueden reproducirse en todo o en parte y transmitirse por cualquier medio siempre y cuando se cite su origen y sin autorización del editor. Las fotografías son propiedad de los autores y quedan sujetas a lo que la Ley de la Propiedad Intelectual establece para su reproducción y transmisión.

Con la colaboración de:



AYUNTAMIENTO DE MURCIA
Concejalía de Cultura y Festejos



**FUNDACIÓN
CAJAMURCIA**

